

LOS MARXISTAS Y LOS SINDICATOS

Marx
Engels
Rosa Luxemburg
III Internacional
Lenin
Trotsky
IV Internacional



Edicions internacionals Sedov



Cuadernos de formación marxista

Índice

Marx: 6. Sociedades obreras (Trade's Unions), su pasado, presente y porvenir	4
a) Su pasado	4
b) Su presente.....	4
c) Su porvenir.....	4
Marx, de <i>Trabajo asalariado y capital</i>	5
Marx sobre la 'comunidad de intereses' entre el obrero y el capitalista	5
7. Las asociaciones obreras.....	6
8. Aspecto positivo del asalariado.....	6
Marx, de <i>Salario precio y ganancia</i> ("XIV. La lucha entre el capital y el trabajo, y sus resultados").....	8
Engels, de <i>La situación de la clase obrera en Inglaterra</i>	12
Engels, <i>Un salario justo por una jornada justa</i>	16
Engels, <i>El sistema de trabajo asalariado</i>	18
Engels, <i>Las tradeuniones</i>	20
Engels, organización retrógrada de los viejos sindicatos	24
Engels, contra la limitación del papel de los sindicatos	25
Engels, <i>Un partido de obreros</i>	26
Engels, <i>Clases sociales necesarias y superfluas</i>	28
Rosa Luxemburg, de <i>Reforma o revolución</i>	30
Rosa Luxemburg, de <i>Huelga de masas, partido y sindicatos</i>	33
Lenin, <i>Huelgas económicas y huelgas políticas</i>	36
Lenin, del Informe al Segundo Congreso de los sindicatos de Rusia	40
Lenin, partido y sindicatos.....	43
Lenin, "democracia de la producción"	44
Lenin, de <i>La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo</i>	45
Tercera Internacional: <i>El movimiento sindical, los comités de fábrica y de empresas</i>	49
Trotsky, <i>Los sindicatos ante la embestida económica de la contrarrevolución</i>	54
Trotsky, <i>El ILP y la nueva internacional</i>	56
Trotsky, de <i>¿Ni un estado obrero, ni un estado burgués?</i>	59
Trotsky, del <i>Programa de Transición</i>	61
Los sindicatos en el período de transición	61
Comités de fábrica.....	62
Trotsky. Discusiones sobre el Programa de Transición	63
Trotsky, <i>Las tareas del movimiento sindical en América Latina</i>	68
Trotsky, <i>¡Al pozo! (Sobre el último congreso de la CGT)</i>	70
Trotsky, <i>La industria nacionalizada y la administración obrera</i>	72
Trotsky, <i>Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista (borrador inconcluso)</i>	74
La fusión de las organizaciones sindicales con el poder estatal	74
Consignas por la independencia de los sindicatos	75
Necesidad del trabajo en los sindicatos	75
En los países "atrasados"	76
El capitalismo monopolista y los sindicatos	76
En los países coloniales o semicoloniales	76
En Inglaterra.....	77
En Francia	77
En los Estados Unidos	77
En España	77
En Holanda.....	77
En México.....	78
El anarquismo	78

En 1993 **Les cahiers du CERMTRI** publicaron su número 69 dedicado a recopilar documentos de autores marxistas sobre la cuestión sindical. Titularon el número como **Les marxistes et les syndicats (documents)**. Hará aproximadamente un mes, en el grupo de Facebook *La Résistance* uno de sus miembros propuso abrir una discusión sobre la situación de los sindicatos. Otro miembro aportó varios textos de los clásicos del marxismo sobre la cuestión y otros miembros comenzaron a recopilar estos materiales. Presentamos este cuaderno de formación como una aportación a la discusión para facilitar el trabajo.

El momento actual de la lucha de clases está marcado por una crisis de los sindicatos mayoritarios, UGT y CCOO, incapaces de generar un apoyo social a sus convocatorias de división y atomización (como se demostró ya el pasado 29 de septiembre de 2010 con el paro de un día), crisis que no encuentra salida en la profundización de la política de colaboración de clases de sus dirigentes, a que estamos asistiendo sin una reacción significativa en contra por parte de la base, pero que, sin embargo, tampoco está repercutiendo en un aumento de afiliación o de implantación del resto de sindicatos de clase, seguramente porque, una vez quitado el lenguaje más o menos a la izquierda que puedan tener, la sustancia de sus políticas sindicales es la misma que la de las direcciones de los dos grandes sindicatos en grandes rasgos, con la única diferencia que su escasa implantación no les pone ante el brete de poder firmar acuerdos del calado de los que firman estos dirigentes.

La crisis social, económica y política que vivimos nos obliga a redoblar la intervención sindical de los revolucionarios. También a analizar en profundidad cómo plasmar esta intervención, cómo enfocar las tareas prioritarias. **Germinal (núcleo en defensa del marxismo)** publica este cuaderno con la intención de coadyuvar a este proceso político indispensable en el campo de los revolucionarios en el estado español. Por nuestra parte, pensamos que el estudio de los clásicos debe ir acompañado de un proceso de discusiones a través de diversos medios, sólo así serán fructíferas estas lecturas. Como pequeño núcleo organizativo no contamos con los recursos suficientes para organizar dicha discusión, pero pondremos todos nuestros recursos al servicio de la misma. Esta es nuestra primera aportación material e ideológica a este proceso urgente.

Para la elaboración de este cuaderno de formación hemos seguido el guión del número 69 de **Les cahiers du CERMTRI** (<http://www.trotsky.com.fr/>; **Centro de Estudios e Investigaciones sobre los movimientos trotskysta y revolucionarios internacionales**) pero, por una parte, sin incluir todos los materiales por dicho número aportados y, por otra parte, añadiendo otros que nos han parecido pertinentes.

Cuadernos de formación marxista - **Germinal**
Valencia
Enero de 2011

Marx: 6. Sociedades obreras (Trade's Unions), su pasado, presente y porvenir

a) Su pasado

El capital es la fuerza social concentrada; mientras que el obrero no dispone más que de su fuerza productiva individual. Por tanto el contrato entre el capital y el trabajo no debe nunca establecerse sobre bases iguales, aún dando a la palabra “iguales” el sentido que le da una sociedad que coloque las condiciones materiales de trabajo por una parte y la energía vital productiva por la otra. El único poder social que los obreros poseen, es su número. El poder del número está anulado por la desunión. La desunión de los trabajadores se engendra y perpetúa en la inevitable *concurrència existente entre ellos* mismos. Las Trade's Unions (asociaciones por oficios) han tenido su origen en los ensayos espontáneos hechos por los obreros en lucha con las órdenes despóticas del capital, para impedir o al menos atenuar los efectos de esta *concurrència hecha por los obreros entre sí*. Querían cambiar los términos del contrato, de modo que quedasen al menos por encima de la condición de simples esclavos. El objetivo inmediato de las Trade's Unions está sin embargo limitado a las necesidades de las luchas diarias entre trabajo y capital, a las cuestiones de salarios y horas de trabajo. No se puede renunciar a esto en cuanto dure el sistema actual; al contrario es necesario generalizarlo creando sindicatos y uniéndolos en todos los países.

Por otra parte, las Trade's Unions han formado, sin saberlo, centros organizadores de la clase obrera, igual que los comunes y las municipalidades fueron constituidos en la edad media por la clase burguesa. Y si la Trade's Unions, en su primer valor, son indispensables en una guerra de escaramuzas entre trabajo y capital son aún más importantes en su segundo valor, como órganos de transformación del sistema de trabajo asalariado y de la dictadura capitalista.

b) Su presente

Las Trade's Unions se ocupan demasiado exclusivamente de las luchas inmediatas. No han comprendido bastante su poder de acción contra el sistema capitalista en sí mismo. Ni siquiera, en los últimos tiempos han comenzado a darse cuenta de su gran misión histórica. Por ejemplo, la resolución siguiente, recientemente adoptada en la gran conferencia de los diferentes delegados de las Trade's Unions, tenida en Shffield: “Esta conferencia, apreciando en su justo valor los esfuerzos hechos por la Asociación Internacional de Trabajadores para unir en un lazo fraterno a los obreros de todos los países, recomienda muy seriamente a todas las sociedades representadas, asociarse a este movimiento, en la convicción que la Asociación Internacional forma un elemento necesario para el progreso y la prosperidad de toda la comunidad obrera”.

c) Su porvenir

Dejando aparte su obra inmediata de reacción contra las maniobras quisquillosas del capital, deben ahora obrar conscientemente como hogares organizadores de la clase obrera en el gran objeto de su emancipación radical. Deben ayudar cualquier movimiento social o político que tienda a esta dirección. Considerándose y obrando como líderes y representantes de toda la clase obrera, lograrán englobar en su seno los “*non-society men*” (hombres no formando parte de ninguna sociedad); trabajando en industrias, las más miserablemente retribuidas, como la industria agrícola, o en circunstancias excepcionalmente desfavorables donde se impide toda resistencia organizada, harán nacer la convicción en las grandes masas obreras, que en lugar de estar circunscritas en sus egoístas y estrechos límites, su objeto tiende a la emancipación de millones de aplastados proletarios.

(Resolución sobre los sindicatos adoptada por el Primer Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores, Ginebra 1866, y redactada por Carlos Marx; *La Primera Internacional*, tomo I, ZERO, S.A., Bilbao, 1973, páginas 84-85)

Marx, de Trabajo asalariado y capital

Marx sobre la 'comunidad de intereses' entre el obrero y el capitalista

¿Qué acontece en el intercambio entre el capitalista y el obrero asalariado?

El obrero obtiene a cambio de su fuerza de trabajo medios de vida, pero, a cambio de estos medios de vida de su propiedad, el capitalista adquiere trabajo, la actividad productiva del obrero, la fuerza creadora con la cual el obrero no sólo repone lo que consume, sino que *da al trabajo acumulado un mayor valor del que antes poseía*. El obrero recibe del capitalista una parte de los medios de vida existentes. ¿Para qué le sirven estos medios de vida? Para su consumo inmediato. Pero, al consumir los medios de vida de que dispongo, los pierdo irremediablemente, a no ser que emplee el tiempo durante el cual me mantienen estos medios de vida en producir otros, en crear con mi trabajo, mientras los consumo, en vez de los valores destruidos al consumirlos, otros nuevos. Pero esta noble fuerza reproductiva del trabajo es precisamente la que el obrero cede al capital, a cambio de los medios de vida que éste le entrega. Al cederla, se queda, pues, sin ella.

Pongamos un ejemplo. Un granjero abona a su jornalero cinco silbergroschen por día. Por los cinco silbergroschen el jornalero trabaja la tierra del granjero durante un día entero, asegurándole con su trabajo un ingreso de diez silbergroschen. El granjero no sólo recobra los valores que cede al jornalero, sino que los duplica. Por tanto, invierte, consume de un modo fecundo, productivo, los cinco silbergroschen que paga al jornalero. Por estos cinco silbergroschen compra precisamente el trabajo y la fuerza del jornalero, que crean productos del campo por el doble de valor y convierten los cinco silbergroschen en diez. En cambio, el jornalero obtiene en vez de su fuerza productiva, cuyos frutos ha cedido al granjero, cinco silbergroschen, que cambia por medios de vida, los cuales se han consumido de dos modos: *reproductivamente* para el capital, puesto que éste los cambia por una fuerza de trabajo que produce diez silbergroschen; *improductivamente* para el obrero, pues los cambia por medios de vida que desaparecen para siempre y cuyo valor sólo puede recobrar repitiendo el cambio anterior con el granjero. *Por consiguiente, el capital presupone el trabajo asalariado, y éste, el capital. Ambos se condicionan y se engendran recíprocamente.*

Un obrero de una fábrica algodонера ¿produce solamente tejidos de algodón? No, produce capital. Produce valores que sirven de nuevo para mandar sobre su trabajo y crear, por medio de éste, nuevos valores.

El capital sólo puede aumentar cambiándose por fuerza de trabajo, engendrando el trabajo asalariado. Y la fuerza de trabajo del obrero asalariado sólo puede cambiarse por capital acrecentándolo, fortaleciendo la potencia de que es esclava. *El aumento del capital es, por tanto, aumento del proletariado, es decir, de la clase obrera.*

El interés del capitalista y del obrero es, por consiguiente, *el mismo*, afirman los burgueses y sus economistas. En efecto, el obrero parece si el capital no le da empleo. El capital parece si no explota la fuerza de trabajo, y, para explotarla, tiene que comprarla. Cuanto más velozmente crece el capital destinado a la producción, el capital productivo, y, por consiguiente, cuanto más próspera es la industria, cuanto más se enriquece la burguesía, cuanto mejor marchan los negocios, más obreros necesita el capitalista y más caro se vende el obrero.

Por consiguiente, la condición imprescindible para que la situación del obrero sea tolerable es *que crezca con la mayor rapidez posible el capital productivo.*

Pero, ¿qué significa el crecimiento del capital productivo? Significa el crecimiento del poder del trabajo acumulado sobre el trabajo vivo. El aumento de la dominación de la burguesía sobre la clase obrera. Cuando el trabajo asalariado produce la riqueza extraña que le domina, la potencia enemiga suya, el capital, refluyen a él, emanados de éste, medios de trabajo, es decir, medios de vida, a condición de que se convierta de nuevo en parte integrante del capital, en palanca que le haga crecer de nuevo con ritmo acelerado.

Los marxistas y los sindicatos

Decir que los intereses del capital y los intereses de los obreros son los mismos, equivale simplemente a decir que el capital y el trabajo asalariado son dos aspectos de una misma relación. El uno se halla condicionado por el otro, como el usurero por el derrochador, y viceversa.

Mientras el obrero asalariado es obrero asalariado, su suerte depende del capital. He ahí la tan cacareada comunidad de intereses entre el obrero y el capitalista.

(Marx, *Trabajo asalariado y capital*, Marx y Engels, *Obras Escogidas*, en dos tomos, Tomo I, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, páginas 77 a 79, final epígrafe III)

7. Las asociaciones obreras

Uno de los temas de la teoría de la población era querer disminuir la competencia entre los obreros. Las asociaciones tienen como objetivo *suprirla* y reemplazarla por la *unión* entre los obreros.

Lo que señalan los economistas contra las asociaciones es justo:

1.- Los gastos que causan a los obreros son, la mayoría de las veces, más grandes que el aumento de ganancia que quieren obtener. A la larga, no pueden resistirse a las leyes de la competencia. Estas coaliciones provocan la aparición de nuevas máquinas, una nueva división del trabajo, la transferencia a otro lugar de la producción. En consecuencia de todo ello: disminución del salario.

2.- Si las coaliciones logran mantener en un país el precio de la fuerza de trabajo de forma que el beneficio baja considerablemente en relación con el beneficio medio en otros países, o que el capital se vea frenado en su crecimiento, resultará de ello la estagnación y el retroceso de la industria y los obreros acabarán tan arruinados como sus patronos pues tal es, como lo hemos visto, la situación del obrero. Su situación se agrava a saltos cuando el capital productivo crece y se arruina cuando el capital disminuye o se mantiene estable.

3.- Todas estas objeciones de los economistas burgueses son, como ya hemos dicho, justas pero justas únicamente desde su punto de vista. Si en el caso de las asociaciones solo se tratase de lo que se trata en apariencia, especialmente de la determinación del salario, si las relaciones entre el capital y el trabajo fuesen eternas, estas coaliciones fracasarían impotentes ante la necesidad de las cosas. Pero sirven para la unificación de la clase obrera, para la preparación del derrocamiento de toda la antigua sociedad con sus antagonismos de clases. Y desde este punto de vista, los obreros se burlan con razón de los malignos pedantes burgueses que les presentan la cuenta de esta guerra civil en muertos, heridos y sacrificios monetarios. Quien quiere abatir a su adversario no discutirá con él los gastos de la guerra. Y lo que prueba a los mismos economistas cuán generoso es el corazón de los obreros, es que son los obreros de las fábricas en que mejores salarios hay los que forman las primeras coaliciones y que los obreros emplean todo lo que pueden ahorrar, privándose, de su salario para crear asociaciones políticas e industriales y mantener los gastos de este movimiento. Y si los señores burgueses y sus economistas y los prestidigitadores filántropos, son tan buenos para consentir en añadir al mínimo salarial, es decir al mínimo vital, un poco de té o de ron, de azúcar y carne, debe parecerles, por el contrario, tan vergonzoso como incomprensible ver a los obreros incluir en este mínimo un poco de los gastos de la guerra contra la burguesía, y encontrar en su actividad revolucionaria incluso el máximo de los goces de su vida.

8. Aspecto positivo del asalariado

Antes de concluir es preciso llamar la atención sobre el aspecto positivo del sistema asalariado.

a) Cuando se dice: aspecto positivo del asalariado, se dice: aspecto positivo del capital, de la gran industria, de la libre competencia, del mercado mundial, y no necesito explicaros que sin esas relaciones de producción, no se hubieran creado ni los medios de producción, ni los recursos materiales para la liberación del proletariado y la creación de una nueva sociedad, ni el proletariado hubiera emprendido su unión y su

Los marxistas y los sindicatos

desarrollo que lo convertirán en verdaderamente capaz de revolucionar la antigua sociedad así como a sí mismo. *Compensación* del salario.

b) Tomemos nosotros mismos el salario en aquello que tiene de más condenable, a saber, que mi actividad se convierte en una mercancía, que estoy enteramente en venta.

Primero todo lo que había de patriarcal se encuentra suprimido por el hecho que el sórdido tráfico, la compra y venta, quedan como las únicas relaciones, las relaciones mediante el dinero las únicas relaciones entre empleador y obrero.

Segundo desaparece la aureola de todas las relaciones de la vieja sociedad puesto que quedan reducidas a puras relaciones de dinero.

Del mismo modo, todo aquello que se llaman trabajos superiores, intelectuales, artísticos, etc., quedan convertidos en artículos de comercio y, en consecuencia, pierden todo su antiguo prestigio. ¡Que gran progreso fue que todo el regimiento de curas, médicos, juristas, etc., es decir la religión, la jurisprudencia, etc., no tengan otro camino a seguir que el de su valor comercial!

Tercero. Habiéndose convertido el trabajo en una mercancía y estando sometido a la libre competencia, se busca producirlo lo menos caro posible, es decir con los costes de producción más bajos posibles. Por este hecho todo trabajo físico se ha convertido en infinitamente más fácil y simple para una organización fuerte de la sociedad -a generalizar-¹

Tercero. Gracias a que, por el carácter de venalidad generalizada, los obreros han constatado que todo puede ser separado, apartado de ellos, se han librado de su subordinación a una relación determinada. Ventaja, el obrero puede utilizar su dinero como él quiera, tanto frente a las prestaciones en especie como frente a las maneras de vivir puramente prescritas por la clase (feudal).

(Marx, Tomado del **anexo C** a *Trabajo asalariado y capital*. De las conferencias dadas por Marx en 1847 en la asociación de obreros alemanes de Bruselas y luego publicadas bajo dicho título como artículos en la *Neue Rheinische Zeitung*. Los anexos no llegaron a publicarse, quedando como borradores. Escrito a fines de diciembre de 1847. Traducido de la versión francesa: <http://www.marxists.org/francais/marx/works/1847/12/km18471230-8.htm>

¹ Este párrafo que estaba en la redacción primitiva no fue suprimido sino solo puesto entre paréntesis por Marx.

Marx, de *Salario precio y ganancia* (“XIV. La lucha entre el capital y el trabajo, y sus resultados”)

1. Después de demostrar que la resistencia periódica que los obreros oponen a la rebaja de sus salarios y sus intentos periódicos por conseguir una subida de salarios, son fenómenos inseparables del sistema del trabajo asalariado y responden precisamente al hecho de que el trabajo se halla equiparado a las mercancías y, por tanto, sometido a las leyes que regulan el movimiento general de los precios; habiendo demostrado, asimismo, que una subida general de salarios se traduciría en la disminución de la cuota general de ganancia, pero sin afectar a los precios medios de las mercancías, ni a sus valores, surge ahora por fin el problema de saber hasta qué punto, en la lucha incesante entre el capital y el trabajo, tiene éste perspectivas de éxito.

Podría contestar con una generalización, diciendo que el *precio* del trabajo en el *mercado*, al igual que el de las demás mercancías, tiene que adaptarse, con el transcurso del tiempo, a su valor; que, por tanto, pese a todas sus alzas y bajas y a todo lo que el obrero puede hacer, éste acabará obteniendo solamente, por término medio, el valor de su trabajo que se reduce al valor de su fuerza de trabajo; la cual, a su vez, se halla determinada por el valor de los medios de sustento necesarios para su manutención y reproducción, valor que está regulado en último término por la cantidad de trabajo necesaria para producirlos.

Pero hay ciertos rasgos peculiares que distinguen el *valor de la fuerza de trabajo* o el *valor del trabajo* de los valores de todas las demás mercancías. El valor de la fuerza de trabajo está formado por dos elementos, uno de los cuales es puramente físico, mientras que el otro tiene un carácter histórico o social. Su *límite mínimo* está determinado por el elemento *físico*; es decir, que para poder mantenerse y reproducirse, para poder perpetuar su existencia física, la clase obrera tiene que obtener los artículos de primera necesidad absolutamente indispensables para vivir y multiplicarse. El *valor* de estos medios de sustento indispensables constituye, pues, el límite mínimo del *valor del trabajo*. Por otra parte, la extensión de la jornada de trabajo tiene también sus límites extremos, aunque sean muy elásticos. Su límite máximo lo traza la fuerza física del obrero. Si el agotamiento diario de sus energías vitales rebasa un cierto grado, no podrá desplegarlas de nuevo día tras día. Pero, como dije, este límite es muy elástico. Una sucesión rápida de generaciones raquíticas y de vida corta abastecería el mercado de trabajo exactamente lo mismo que una serie de generaciones vigorosas y de vida larga.

Además de este elemento puramente físico, en la determinación del valor del trabajo entra *el nivel de vida tradicional* en cada país. No se trata solamente de la vida física, sino de la satisfacción de ciertas necesidades, que brotan de las condiciones sociales en que viven y se educan los hombres. El nivel de vida inglés podría descender hasta el grado del irlandés, y el nivel de vida de un campesino alemán hasta el de un campesino livonio. La importancia del papel que a este respecto desempeñan la tradición histórica y la costumbre social, puede verse en el libro de Mr. Thornton sobre la *Superpoblación*, donde se demuestra que en distintas regiones agrícolas de Inglaterra los jornales medios siguen todavía hoy siendo distintos, según las condiciones más o menos favorables en que esas regiones se redimieron de la servidumbre.

Este elemento histórico o social que entra en el valor del trabajo puede dilatarse o contraerse, e incluso extinguirse del todo, de tal modo que sólo quede en pie el *límite físico*. Durante la *guerra antijacobina* (que, como solía decir el incorregible beneficiario de impuestos y prebendas, el viejo George Rose, se emprendió para que los descreídos franceses no destruyeran los consuelos de nuestra santa religión), los honorables hacendados ingleses, a los que tratamos con tanta suavidad en una de nuestras sesiones anteriores, redujeron los jornales de los obreros del campo hasta por debajo de aquel *mínimo estrictamente físico*, completando la diferencia indispensable para asegurar la perpetuación física de la raza, mediante las *Leyes de Pobres*. Era un método glorioso para convertir al obrero asalariado en esclavo, y al orgulloso *yeoman* de Shakespeare en indigente.

Los marxistas y los sindicatos

Si comparáis los salarios o valores del trabajo normales en distintos países y en distintas épocas históricas dentro del mismo país, veréis que el *valor del trabajo* no es, por sí mismo, una magnitud constante, sino variable, aun suponiendo que los valores de las demás mercancías permanezcan fijos.

Una comparación similar demostraría que no varían solamente las *cuotas de ganancia en el mercado*, sino también sus *cuotas medias*.

Por lo que se refiere a la *ganancia*, no existe ninguna ley que le trace un *mínimo*. No puede decirse cuál es el límite extremo de su baja. ¿Y por qué no podemos fijar este límite? Porque si podemos fijar el salario mínimo, no podemos, en cambio, fijar el salario máximo. Lo único que podemos decir es que, dados los límites de la jornada de trabajo, el *máximo de ganancia* corresponde al *mínimo físico del salario*, y que, partiendo de salarios dados, el *máximo de ganancia* corresponde a la prolongación de la jornada de trabajo, en la medida en que sea compatible con las fuerzas físicas del obrero. Por tanto, el máximo de ganancia se halla limitado por el mínimo físico del salario y por el máximo físico de la jornada de trabajo. Es evidente que, entre los dos límites de esta *cuota de ganancia máxima*, cabe una escala inmensa de variantes. La determinación de su grado efectivo se dirime exclusivamente por la lucha incesante entre el capital y el trabajo; el capitalista pugna constantemente por reducir los salarios a su mínimo físico y prolongar la jornada de trabajo hasta su máximo físico, mientras que el obrero presiona constantemente en el sentido contrario.

El problema se reduce, por tanto, al problema de las fuerzas respectivas de los contendientes.

2. Por lo que atañe a la *limitación de la jornada de trabajo*, lo mismo en Inglaterra que en los demás países, nunca se ha reglamentado sino por *ingerencia legislativa*. Sin la constante presión de los obreros desde fuera, la ley jamás habría intervenido. En todo caso, este resultado no podía alcanzarse mediante convenios privados entre los obreros y los capitalistas. Esta necesidad de una *acción política general* es precisamente la que demuestra que, en el terreno puramente económico de lucha, el capital es la parte más fuerte.

En cuanto a los *límites del valor del trabajo*, su fijación efectiva depende siempre de la oferta y la demanda, refiriéndome a la demanda de trabajo por parte del capital y a la oferta de trabajo por los obreros. En los países coloniales, la ley de la oferta y la demanda favorece a los obreros. De aquí el nivel relativamente alto de los salarios en los Estados Unidos. En estos países, haga lo que haga el capital, no puede evitar que el mercado de trabajo esté constantemente desabastecido por la constante transformación de los obreros asalariados en labradores independientes, con fuentes propias de subsistencia. Para gran parte de la población norteamericana, la posición de obrero asalariado no es más que una estación de tránsito, que está segura de abandonar al cabo de un tiempo más o menos largo. Para remediar este estado colonial de cosas, el paternal gobierno británico ha adoptado hace algún tiempo la llamada moderna teoría de la colonización, que consiste en fijar a los terrenos coloniales un precio artificialmente alto, para, de este modo, impedir la transformación demasiado rápida del obrero asalariado en labrador independiente.

Pero, pasemos ahora a los viejos países civilizados, en que el capital domina todo el proceso de producción. Fijémonos, por ejemplo, en la subida de los jornales de los obreros agrícolas en Inglaterra, de 1849 a 1859. ¿Cuáles fueron sus consecuencias? Los agricultores no pudieron subir el valor del trigo, como les habría aconsejado nuestro amigo Weston, ni siquiera su precio en el mercado. Por el contrario, tuvieron que resignarse a verlo bajar. Pero, durante estos once años, introdujeron máquinas de todas clases y aplicaron métodos más científicos, transformaron una parte de las tierras de labor en pastizales, aumentaron la extensión de sus granjas, y con ella la escala de la producción; y de este modo, haciendo disminuir por estos y por otros medios la demanda de trabajo gracias al aumento de sus fuerzas productivas, volvieron a crear una superpoblación relativa en el campo. Tal es el método general con que opera el capital en los países poblados de antiguo, para reaccionar, más rápida o más lentamente, contra las subidas de salarios. Ricardo ha observado acertadamente que la máquina está en continua competencia con el trabajo, y con harta frecuencia sólo puede introducirse cuando el precio del

Los marxistas y los sindicatos

trabajo sube hasta cierto límite; pero la aplicación de maquinaria no es más que uno de los muchos métodos empleados para aumentar las fuerzas productivas del trabajo. Este mismo proceso de desarrollo, que deja relativamente sobrante el trabajo simple, simplifica por otra parte el trabajo calificado, y por tanto, lo deprecia.

La misma ley se impone, además, bajo otra forma. Con el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, se acelera la acumulación del capital, aun en el caso de que el tipo de salarios sea relativamente alto. De aquí podría inferirse, como lo hizo Adam Smith, en cuyos tiempos la industria moderna estaba aún en su infancia, que la acumulación acelerada del capital tiene que inclinar la balanza a favor del obrero, por cuanto asegura una demanda creciente de su trabajo. Situándose en el mismo punto de vista, muchos autores contemporáneos se asombran de que, a pesar de haber crecido en los últimos veinte años el capital inglés mucho más rápidamente que la población inglesa, los salarios no hayan experimentado un aumento mayor. Pero es que, simultáneamente con la acumulación progresiva, se opera un *cambio progresivo* en cuanto a la *composición del capital*. La parte del capital global formada por capital fijo: maquinaria, materias primas, medios de producción de todo género, crece con mayor rapidez que la parte destinada a salarios, o sea a comprar trabajo. Esta ley ha sido puesta de manifiesto, bajo una forma más o menos precisa, por Mr. Barton, Ricardo, Sismondi, el profesor Richard Jones, el profesor Ramsay, Cherbuliez y otros.

Si la proporción entre estos dos elementos del capital era originariamente de 1:1, al desarrollarse la industria será de 5:1, y así sucesivamente. Si de un capital global de 600 se desembolsan 300 para instrumentos, materias primas, etc., y 300 para salarios, para que pueda absorber a 600 obreros en vez de 300, basta con doblar el capital global. Pero, si de un capital de 600 se invierten 500 en maquinaria, materiales, etc., y solamente 100 en salarios, para poder colocar a 600 obreros en vez de 300, este capital tiene que aumentar de 600 a 3.600. Por tanto, al desarrollarse la industria, la demanda de trabajo no avanza con el mismo ritmo que la acumulación del capital. Aumentará, pero aumentará en una proporción constantemente decreciente, comparándola con el incremento del capital.

Estas pocas indicaciones bastarán para poner de relieve que el propio desarrollo de la moderna industria contribuye por fuerza a inclinar la balanza cada vez más en favor del capitalista y en contra del obrero, y que, como consecuencia de esto, la tendencia general de la producción capitalista no es a elevar el nivel medio de los salarios, sino, por el contrario, a hacerlo bajar, o sea, a empujar más o menos el *valor del trabajo* a su *límite mínimo*. Siendo tal la *tendencia* de las cosas en este sistema, ¿quiere esto decir que la clase obrera deba renunciar a defenderse contra las usurpaciones del capital y cejar en sus esfuerzos para aprovechar todas las posibilidades que se le ofrezcan para mejorar temporalmente su situación? Si lo hiciese, veríase degradada en una masa uniforme de hombres desgraciados y quebrantados, sin salvación posible. Creo haber demostrado que las luchas de la clase obrera por el nivel de los salarios son episodios inseparables de todo el sistema del trabajo asalariado, que en el 99 por 100 de los casos sus esfuerzos por elevar los salarios no son más que esfuerzos dirigidos a mantener en pie el valor dado del trabajo, y que la necesidad de forcejar con el capitalista acerca de su precio va unida a la situación del obrero, que le obliga a venderse a sí mismo como una mercancía. Si en sus conflictos diarios con el capital cediesen cobardemente, se descalificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura.

Al mismo tiempo, y aun prescindiendo por completo del esclavizamiento general que entraña el sistema del trabajo asalariado, la clase obrera no debe exagerar a sus propios ojos el resultado final de estas luchas diarias. No debe olvidar que lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos; que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que aplica paliativos, pero no cura la enfermedad. No debe, por tanto, entregarse por entero a esta inevitable lucha guerrillera, continuamente provocada por los abusos incesantes del capital o por las fluctuaciones del mercado. Debe comprender que el sistema actual, aun con todas las miserias que vuelca sobre ella, engendra simultáneamente las *condiciones materiales* y las *formas sociales* necesarias para la reconstrucción económica de la sociedad. En vez del lema *conservador* de “*¡Un salario justo por una jornada de trabajo*

Los marxistas y los sindicatos

justa!”, deberá inscribir en su bandera esta consigna *revolucionaria*: “*¡Abolición del sistema del trabajo asalariado!*”

Después de esta exposición larguísima y me temo que fatigosa, que he considerado indispensable para esclarecer un poco nuestro tema principal, voy a concluir, proponiendo la siguiente resolución:

1. Una subida general de los tipos de salarios acarrearía una baja de la cuota general de ganancia, pero no afectaría, en términos generales, a los precios de las mercancías.

2. La tendencia general de la producción capitalista no es a elevar el nivel medio del salario, sino a reducirlo.

3. Las tradeuniones trabajan bien como centros de resistencia contra las usurpaciones del capital. Fracasan, en algunos casos, por usar poco inteligentemente su fuerza. Pero, en general, fracasan por limitarse a una guerra de guerrillas contra los efectos del sistema existente, en vez de esforzarse, al mismo tiempo, por cambiarlo, en vez de emplear sus fuerzas organizadas como palanca para la emancipación final de la clase obrera; es decir, para la abolición definitiva del sistema del trabajo asalariado.

(Marx, informe pronunciado los días 20 y 27 de junio de 1865 en las sesiones del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores y publicado por primera vez como folleto en Londres, 1898, bajo el título de *Valor, precio y ganancia*; Marx, *Salario precio y ganancia*, Marx y Engels, *Obras Escogidas* en dos tomos, Tomo I, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, páginas 428 a 434)

Engels, de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*

Si, como hemos visto, el obrero ya no puede sacar provecho de sus cualidades humanas sino oponiéndose al conjunto de sus condiciones de vida, es natural que sea precisamente en esa oposición que los obreros se muestren más benevolentes, más nobles, más humanos. Veremos que todas las fuerzas, todas las actividades de los obreros se orientan hacia ese único fin y que incluso los esfuerzos que hacen por adquirir además una formación humana se hallan todos en relación directa con el mismo. Desde luego, tendremos que relatar ciertos casos de violencias individuales e incluso de brutalidad, pero no hay que perder de vista que Inglaterra está en guerra social abierta, y que si la burguesía tiene interés en dirigir esa guerra hipócritamente, bajo las apariencias de la paz y hasta de la filantropía, no puede sino favorecer al obrero el poner al desnudo sus verdaderas condiciones de vida, el atacar violentamente esa hipocresía. Por consecuencia, los actos de hostilidad más violentos cometidos por los obreros contra la burguesía y sus criados no son más que la expresión abierta, y no disfrazada, de lo que la burguesía aplica oculta y pérfidamente a los obreros.

La rebelión de los obreros contra la burguesía comenzó poco después de los comienzos del desarrollo de la industria y a través de varias fases. Este no es el lugar de exponer en detalle la importancia histórica de esas diversas fases para la evolución del pueblo inglés; trataré esas cuestiones en un estudio ulterior y me limitaré, mientras tanto, a los simples hechos, en la medida en que puedan servir para caracterizar la situación del proletariado inglés.

La primera forma, la más brutal y la más estéril, que revistió esa rebelión fue el crimen. El obrero vivía en la miseria y la indigencia y veía que otros tenían mejor suerte. Su razón no llegaba a comprender por qué, precisamente él, debía sufrir en esas condiciones, mientras que hacía mucho más por la sociedad que el rico ocioso. La necesidad venció además el respeto innato hacia la propiedad, se puso a robar. Hemos visto que el número de delitos se incrementó con la expansión de la industria y que el número anual de arrestos se halla en relación con el de las balas de algodón vendidas en el mercado.

Pero pronto los obreros se convencieron de la inutilidad de ese método. Por sus robos, los delincuentes no podían protestar contra la sociedad sino aisladamente, individualmente; todo el poderío de la sociedad caía sobre cada individuo y lo aplastaba con su enorme superioridad. Además, el robo era la forma menos desarrollada, menos consciente de la protesta y por esa simple razón jamás fue la expresión general del sentir de los obreros, aunque ellos hayan podido aprobarla tácitamente. La *clase* obrera no comenzó a oponerse a la burguesía sino cuando resistió violentamente la introducción de las máquinas, como fue el caso muy al principio del movimiento industrial. Los primeros inventores, Arkwright, etc., fueron primeramente perseguidos de esa manera y sus máquinas destrazadas; más tarde tuvieron lugar numerosas rebeliones contra las máquinas, y éstas se desarrollaron casi exactamente como los motines de los impresores de Bohemia en junio de 1844; las fábricas fueron demolidas junto con las máquinas.

También esta forma de oposición no era sino aislada, y no apuntaba más que a un solo aspecto del régimen actual. Una vez logrado el fin inmediato, el poderío de la sociedad se descargaba con toda su violencia sobre los delincuentes sin defensa y los castigaba a su antojo, mientras que a pesar de todo se introducían las máquinas. Era necesario hallar una nueva forma de oposición.

En este punto es cuando una ley aprobada por el antiguo y oligárquico parlamento tory, antes de su reforma, resultó de gran ayuda. Esa ley jamás hubiera sido aprobada por la Cámara de los Comunes cuando, más tarde, la oposición entre la burguesía y el proletariado fue legalmente sancionada por la ley de reforma, convirtiéndose de ese modo la burguesía en la clase dominante. Dicha ley, votada en 1824, anuló todas las legislaciones mediante las cuales se prohibía hasta entonces a los obreros asociarse para la defensa de sus intereses. Obtuvieron así un derecho que hasta entonces, sólo pertenecía a la aristocracia y a la burguesía: el *derecho de libre asociación*. Desde luego, entre ellos siempre habían existido asociaciones secretas, pero

Los marxistas y los sindicatos

nunca lograron grandes resultados. En Escocia, entre otros casos, hubo desde 1812 (según Symons en *Arts and Artizans*, páginas 137 y siguientes), una suspensión general del trabajo, organizada por una asociación secreta. Otra tuvo lugar en 1822, y en esa ocasión, a dos obreros que habían rehusado formar parte de la asociación y por consecuencia habían sido declarados traidores a la asociación, se les arrojó vitriolo a la cara y perdieron así la vista. Del mismo modo, en 1818, la asociación de los mineros de Escocia fue lo bastante poderosa como para imponer una suspensión general del trabajo. Esas asociaciones hacían prestar a sus miembros un juramento de fidelidad y de obrar en secreto, tenían al día listas, fondos, una contabilidad, y ramificaciones locales. Pero la clandestinidad con que rodeaba sus actos, paralizaba su desarrollo. En cambio, cuando en 1824 los obreros obtuvieron el derecho de libre asociación, esas uniones se extendieron rápidamente por toda Inglaterra y se hicieron poderosas. En todas las ramas industriales se constituyeron asociaciones parecidas (*trades unions*) con la intención manifiesta de proteger al obrero aislado contra la tiranía y la incuria de la burguesía. Sus fines eran los de fijar el salario, y negociar *en masse*, como *fuerza*, con los patronos, regular el salario en función del beneficio del patrono, obtener aumento cuando el momento era propicio, y mantenerlo al mismo nivel por todas partes para cada tipo de oficio. Dichas uniones obreras negociaran con los capitalistas la creación de una escala de salarios que sería observada en todas partes, y rehusaban trabajar para un patrono que no la aceptara. Además, su propósito era el de mantener siempre activa la demanda de obreros, limitando la contratación de aprendices, lo que impedía que se redujeran los salarios; luchar lo más posible contra las solapadas reducciones de salarios que intentaban los industriales mediante la introducción de nuevas máquinas, herramientas, etc.; y por último, ayudar a los obreros sin trabajo mediante asignaciones en efectivo. La ayuda se efectúa ya sea directamente con los fondos de la asociación, o por medio de una carta donde figuran las señas de identidad necesarias, y con ella el obrero va de una localidad a otra, es asistido por sus compañeros de trabajo y se le informa sobre la mejor manera de obtener trabajo. Esa peregrinación, los obreros la llaman *the tramp* y el que la hace se llama por tanto un *tramper* (vagabundo). Para alcanzar esos objetivos, la unión elige un presidente y un secretario, a quienes paga un sueldo (pues hay que esperar que ningún industrial quiera contratar a tales personas), así como a un comité que percibe las cuotas semanales y vela por la utilización de los fondos para los fines de la asociación. Cuando era posible y provechoso, los compañeros de oficio de diferentes distritos se unían en federación y organizaban en fechas fijas reuniones de delegados. En ciertos casos se ha intentado unir a los asociados de *toda una rama laboral* a escala nacional *en una sola gran asociación*, y en muchas ocasiones (la primera vez en 1830) fundar una asociación general de obreros de todo el reino, que incluiría una organización particular para cada oficio. Sin embargo, esas asociaciones nunca subsistieron por mucho tiempo y sólo raramente llegaron a constituirse, porque solamente una agitación general excepcional es capaz de hacer posible y eficaz tal asociación.

Los medios que esas asociaciones han acostumbrado emplear para alcanzar sus fines, son los siguientes. Si uno de los patronos (o varios de ellos) rehúsa pagar el salario señalado por la asociación, se le envía una delegación o se le remite una petición (se ve que los obreros saben reconocer el poder absoluto del dueño de fábrica en su pequeño estado); si ello no fuere suficiente, la asociación ordena la paralización del trabajo y todos los obreros regresan a sus casas. Esta suspensión de trabajo (*turn-out* o *strike*) es parcial cuando es uno solo o varios patronos los que rehúsan pagar el salario propuesto por la asociación, y es general cuando se trata de todos los patronos de la rama interesada. Esos son los medios legales empleados por la asociación en el caso en que la suspensión de trabajo se produce luego de aviso previo, lo que no ocurre siempre. Pero dichos medios legales son precisamente muy débiles mientras haya obreros que no formen parte de la asociación, o que se dejen separar de ellas por ventajas efímeras ofrecidas por el burgués. En particular, cuando se trata de suspensiones parciales de trabajo, el industrial puede reclutar suficientes hombres entre esas ovejas negras (a quienes se llama *knobsticks*, rompehuelgas) y hace fracasar así los esfuerzos de los obreros miembros de la asociación. Habitualmente, los *knobsticks* son entonces objeto de amenazas, de injurias, de golpes u otros malos tratos de parte de los miembros de la asociación, en una palabra, de

Los marxistas y los sindicatos

medidas de intimidación de todo género; ellos presentan querrela contra la asociación, y como la burguesía, tan prendada de la legalidad, dispone todavía del poder, el resultado es que la fuerza de la asociación es rota casi siempre por el primer acto que infringe la ley, por la primera demanda judicial presentada contra sus miembros.

La historia de esas asociaciones es una larga serie de derrotas obreras, interrumpida por algunas raras victorias. Es normal que todos esos esfuerzos no puedan cambiar las leyes de la economía, que el salario se rija por la relación entre la oferta y la demanda en el mercado del trabajo. Por eso dichas asociaciones nada pueden contra las *grandes* causas que obran sobre esas relaciones. En caso de crisis económica, la asociación se ve obligada a reducir ella misma el salario, o disolverse completamente; y en el caso de una alza importante de la demanda de fuerza de trabajo, no puede fijar el salario a un nivel más elevado que el que determinaría por sí misma la competencia entre capitalistas. Sin embargo, en lo que concierne a las causas de menor importancia, y cuyo efecto no es generalizado, ellas pueden hacer mucho. Si el industrial no se enfrentara a una oposición concentrada, masiva, de parte de sus obreros, poco a poco disminuiría cada vez más los salarios para acrecentar su ganancia; la lucha que él tiene que sostener con sus competidores, los demás industriales, lo obligaría a ello y el salario caería pronto a su nivel mínimo. Pero la competencia de los industriales *entre sí* es, en las *condiciones normales medias*, frenada por la oposición de los obreros. Todo industrial sabe bien que una reducción de salario no justificada por las circunstancias a las cuales se hallan sujetos igualmente sus competidores, tendría por consecuencia una huelga que le causaría un perjuicio seguro, porque durante dicha huelga su capital estaría inactivo, y sus máquinas se oxidarían. Mientras en tal caso no está seguro en absoluto de poder imponer una reducción de salarios, en cambio sí está seguro (si logra imponerla) de que sus competidores lo imitarán y bajarán los precios del producto fabricado, lo que le arrebataría todo el beneficio de la operación. Además, luego de una crisis, las asociaciones imponen frecuentemente de hecho un aumento de salarios, más rápidamente del que tendría lugar sin su intervención; porque el industrial tiene interés en no aumentar los salarios antes que la competencia de otros industriales lo obligue a ello, mientras que ahora son los propios obreros quienes exigen un salario más elevado cuando el mercado mejora y, en esas condiciones, pueden obligar al industrial a conceder dicho aumento mediante la suspensión del trabajo en momentos en que existe escasez de mano de obra. Pero, como hemos dicho, contra causas más importantes que modifican el mercado del trabajo, la acción de las asociaciones es nula. En ese caso, el hambre empuja poco a poco a los obreros a volver al trabajo en cualquier condición; y, desde que algunos así lo hacen, la asociación pierde su fuerza, porque los *knobsticks*, más las existencias de mercancías que no se han vendido, permiten a la burguesía conjurar las consecuencias más graves del trastorno causado por la huelga. Los fondos de la asociación pronto se agotan debido al gran número de aquellos que hay que auxiliar; a la larga, los comerciantes rehúsan el crédito que concedían a intereses elevados, y la necesidad fuerza a los obreros a someterse de nuevo al yugo de la burguesía. Pero, como los industriales deben evitar en su propio interés (que, es cierto, sólo se ha convertido en su interés por el hecho de la oposición de los obreros) toda reducción de salarios que no sea indispensable, mientras que los obreros reciben toda baja de salarios provocada por las condiciones económicas como una agravación de su situación, que es necesario mitigar en la medida de lo posible, la mayoría de las *turn-outs* terminan en desventaja de los obreros. Entonces cabe preguntar, ¿por qué los obreros van a la huelga si es evidente la ineficacia de la medida? Pues, sencillamente, porque *deben* protestar contra la reducción de salarios e incluso contra la necesidad de la reducción, porque deben explicar que ellos, como hombres, no tienen que plegarse a las circunstancias, sino que muy al contrario, las circunstancias deben plegarse a *ellos*, que son seres humanos; porque su silencio equivaldría a una aceptación de esas condiciones de vida, una aceptación del derecho de la burguesía a explotarlos durante los períodos económicos favorables, y a dejarlos morir de hambre en los períodos malos. En este caso los obreros tienen que protestar mientras no hayan perdido todo sentimiento humano, y si protestan *de esa manera* y no de otra, es porque son ingleses, es decir, personas prácticas que apoyan su protesta *por un acto*, y no hacen como los teóricos alemanes que se van tranquilamente a dormir una vez que su

Los marxistas y los sindicatos

protesta es debidamente registrada y depositada *ad acta*, para dormir ella también el mismo sueño tranquilo de los que protestan. En cambio, la protesta concreta del inglés hace su efecto, mantiene la codicia de la burguesía dentro de ciertos límites y mantiene constantemente despierta la oposición de los obreros contra la omnipotencia social y política de la clase poseedora, mientras tienen que admitir, es cierto, que las asociaciones obreras y los *turn-outs* no son suficientes para romper la dominación de la burguesía. Pero lo que da a esas asociaciones y a las huelgas que ellas organizan su verdadera importancia, es que son el primer intento de los obreros para *abolir la competencia*. Ellas suponen muy correcta la idea de que la dominación de la burguesía no está fundada sino sobre la competencia de los obreros entre sí, o sea sobre la división infinita del proletariado, sobre la posibilidad de oponer entre ellas las diversas categorías de obreros. Y precisamente porque ellas acusan (aunque de manera unilateral y bastante limitada) a la competencia, ese nervio vital del orden social actual, es que constituyen tal peligro para dicho orden social. El obrero no podría hallar mejor punto débil donde golpear a la burguesía y con ella al conjunto del régimen social existente. Que se suprima la competencia entre los obreros, que todos los obreros estén resueltos a no dejarse explotar más por la burguesía y termina el reinado de la propiedad. Es evidente que el salario no está en función de la relación entre la oferta y la demanda sino porque, hasta el presente, los obreros se han dejado tratar como una cosa que se compra y se vende. Que en adelante los obreros decidan no dejarse comprar ni vender; que se afirmen como *seres humanos* para determinar lo que constituye realmente el valor del trabajo, que además de su fuerza de trabajo tengan también voluntad, así ocurre hoy con toda la economía política, y las leyes que rigen el salario. A la larga, desde luego, las leyes que rigen el salario se impondrían de nuevo, si los obreros se limitaran a la abolición de la competencia entre ellos; pero eso no lo pueden hacer sin renunciar a todo lo que hasta ahora ha sido su movimiento, sin hacer renacer esa competencia mutua de los obreros, lo cual significa que ello le es enteramente imposible. La necesidad los obliga a no abolir solamente una *parte* de la competencia, sino la competencia en general, y eso es lo que harán. Desde ahora los obreros ven cada día más claramente de qué les sirve la competencia; ellos comprenden mejor que los burgueses, que incluso la competencia de los poseedores entre sí, al provocar las crisis económicas, pesa onerosamente sobre el obrero y que hay que abolir esa competencia también. Pronto ellos verán claramente *cómo* deben componérselas.

(Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, párrafos primeros del capítulo “Movimientos obreros”; Marx y Engels, *Obras de Marx y Engels*, Volumen 6, Crítica, Barcelona, 1978, páginas 464 a 470)

Engels, *Un salario justo por una jornada justa*

Tal ha sido la consigna del movimiento obrero inglés en los últimos cincuenta años. Esta consigna prestó un buen servicio en el período de ascenso de las tradeuniones, después de que en 1824 fueron abolidas las odiosas leyes de asociación; aún prestó un servicio mejor en el período del glorioso movimiento cartista, cuando los obreros ingleses iban a la cabeza de la clase obrera de Europa. Pero los tiempos cambian, y mucho de lo que era deseable y necesario hace cincuenta años, incluso hace treinta años, es ahora anticuado y estaría por completo fuera de lugar. ¿No es también ésta la suerte de esa vieja y desde hace tanto tiempo apreciada consigna?

¿Un salario justo por una jornada justa? Pero ¿qué es un salario justo y qué es una jornada justa? ¿Cómo los determinan las leyes bajo la acción de las cuales vive y se desarrolla la sociedad moderna? Para responder a esta pregunta no debemos acudir a la ciencia de la moral o del derecho y la equidad, ni tampoco a móviles sentimentales de humanitarismo, de justicia o siquiera sea de caridad. Lo que para la moral o inclusive para el derecho es justo, puede hallarse muy lejos de serlo en el aspecto social. La justicia o la injusticia social vienen determinadas únicamente por una ciencia, por la ciencia que trata de los hechos materiales de la producción y el cambio, la ciencia de la Economía política.

¿Qué es, pues, lo que la economía política denomina salario justo y jornada justa? Simplemente, la cuantía del salario y la duración e intensidad de la jornada a que se llega como resultado de la competencia entre patronos y obreros en el mercado libre. ¿Qué son, pues, si partimos de esta definición?

Salario justo, en condiciones normales, es la suma precisa para asegurar al obrero los medios de subsistencia necesarios de conformidad con el nivel de vida dentro de su situación y la del país, para conservar su capacidad de trabajo y para propagar su especie. La cuantía real del salario, atendidas las fluctuaciones de la producción, puede oscilar por encima o por debajo de esta suma; pero, en condiciones normales, dicha suma debe ser la resultante media de todas las oscilaciones.

Jornada justa es aquella que por su duración e intensidad no priva al obrero, a pesar de haber gastado por completo en ese día su fuerza de trabajo, de la capacidad de realizar la misma cantidad de trabajo al día siguiente y en los sucesivos.

La transacción, pues, es así: el obrero entrega al capitalista toda su fuerza de trabajo diaria, es decir, la cantidad que puede dar sin hacer imposible la constante repetición de la transacción. A cambio de ello recibe los objetos justamente necesarios, y no más, para la vida, lo que se necesita para que la transacción pueda renovarse un día tras otro. El obrero da tanto y el capitalista da tan poco como la naturaleza de la transacción admite. Tal es esta peculiarísima justicia.

Pero examinemos el asunto algo más a fondo. Considerando que, según los economistas, el salario y la jornada los determina la competencia, la justicia parece exigir que ambas partes sean puestas, desde el principio mismo, en igualdad de condiciones. Pero no sucede así. Si el capitalista no ha podido entenderse con el obrero, se encuentra en condiciones de esperar, viviendo de su capital. El obrero no. No tiene otros medios de vida más que su salario, y por eso se ve obligado a aceptar el trabajo en el tiempo, el lugar y las condiciones en que lo pueda conseguir. Desde el principio mismo, el obrero se encuentra en condiciones desfavorables. El hambre lo coloca en una situación terriblemente desigual. Pero, según la economía política de la clase capitalista, esto es el colmo de la justicia.

Pero esto no es aún sino simples minucias. El empleo de la fuerza mecánica y de las máquinas en las nuevas industrias, así como la extensión y el perfeccionamiento de las máquinas en las industrias en que ya se empleaban, quitan trabajo a un número mayor y mayor de “brazos”; y esto ocurre mucho más de prisa que los “brazos” desplazados puedan ser absorbidos y encontrar empleo en las fábricas del país. Estos “brazos” desplazados forman un verdadero ejército industrial de reserva, del que se aprovecha el capital. Si los asuntos de la industria van

Los marxistas y los sindicatos

mal, pueden morir de hambre, pedir limosna, robar o dirigirse a la casa de trabajo; si los asuntos de la industria van bien, siempre están a mano para ampliar la producción; y mientras el último hombre, mujer o niño de este ejército de reserva no encuentre trapajo (lo que ocurre sólo en los períodos de frenética superproducción), su competencia hará descender el salario, y su sola existencia vigorizará la fuerza del capital en su lucha contra el trabajo. En la emulación con el capital, el trabajo no se encuentra únicamente en condiciones desfavorables, sino que debe arrastrar una bala de cañón sujeta al pie. Pero eso es lo justo según la economía política de los capitalistas.

Examinemos, sin embargo, de qué fondo paga el capital este salario tan justo. Del capital, se entiende. Pero el capital no produce valor. Quitando la tierra, el trabajo es la única fuente de riqueza; el capital no es otra cosa que producto acumulado del trabajo. Por tanto, el trabajo se paga con trabajo, y el obrero es pagado con su propio producto. Según lo que podemos denominar justicia común, el salario del obrero debe corresponder al producto de su trabajo. Pero, según la economía política, esto no sería justo. Al contrario, el producto del trabajo del obrero se lo queda el capitalista, y el obrero no recibe de él más de lo estrictamente necesario para la vida. Así, como resultado de esta competición tan desusadamente “justa”, el producto del trabajo de quienes trabajan se va acumulando inevitablemente en las manos de quienes no trabajan, convirtiéndose en una potentísima arma para la esclavización de los mismos que lo produjo.

¡Un salario justo por una jornada justa! Mucho podría decirse también de la jornada justa, cuya justicia es igual punto por punto a la justicia del salario. Pero habremos de dejarlo para otra ocasión. De lo dicho queda completamente claro que la vieja consigna ha cumplido su misión y que es difícil que se mantenga en nuestros días. La justicia de la economía política, en la medida en que esta última formula acertadamente las leyes que dirigen la sociedad moderna, se halla toda a un lado: al lado del capital. Así, pues, enterremos para siempre la vieja consigna y sustituyámosla por otra:

**LOS MEDIOS DE TRABAJO (MATERIAS PRIMAS, FÁBRICAS Y MÁQUINAS)
DEBEN PERTENECER A LOS OBREROS MISMOS.**

(Engels, publicado como editorial del número 1 de *The Labour Standard*, Londres, 7 mayo de 1881; Engels, *El sistema de trabajo asalariado. Artículos de The Labour Standard*, Editorial Progreso, Moscú, 1976, páginas 5 a 8)

Engels, *El sistema de trabajo asalariado*

En el artículo anterior examinábamos la consigna, tenida desde hace tanto tiempo en buena estima, de “Un salario justo por una jornada justa”, llegando a la conclusión de que en las actuales condiciones sociales, el más justo de los salarios corresponde inevitablemente a la más injusta distribución del producto del Obrero, por cuanto la mayor parte de ese producto va al bolsillo del capitalista y el obrero debe conformarse con la parte indispensable para conservar su capacidad de trabajo y para propagar su especie.

Esto es una ley de la economía política o, con otras palabras, una ley de la presente organización económica de la sociedad, más fuerte que todas las leyes inglesas escritas y no escritas tomadas juntas, incluyendo el Tribunal de la Cancillería. Mientras la sociedad se encuentre dividida en dos clases opuestas, de un lado los capitalistas, que monopolizan todos los medios de producción, la tierra, las materias primas y las máquinas, y de otro lado los trabajadores, los obreros desprovistos de toda propiedad sobre los medios de producción, que no poseen nada más que su propia fuerza de trabajo, mientras exista esta organización social, la ley del salario seguirá siendo todopoderosa y remachará cada día las cadenas que convierten al obrero en esclavo de su propio producto, monopolizado por el capitalista.

Las tradeuniones del país luchan desde hace ya casi sesenta años contra esta ley, ¿con qué resultado? ¿Han conseguido emancipar a la clase obrera de la esclavitud en que la mantiene el capital, este producto de sus propias manos? ¿Han puesto, siquiera sea a una parte de la clase obrera, en condiciones de elevarse sobre la situación de esclavos asalariados, de hacerse dueños de los medios de producción, que son suyos, de las primeras materias, los instrumentos y las máquinas que se necesitan para producir, y de convertirse, por tanto, en dueños del producto de su propio trabajo? Se sabe muy bien que no sólo no lo han hecho, sino que jamás trataron de hacerlo.

Estamos lejos de afirmar que las tradeuniones sean inútiles porque no lo han hecho así. Al contrario, las tradeuniones, lo mismo en Inglaterra que en cualquier otro país industrial, son un instrumento que la clase obrera necesita en su lucha contra los capitalistas. La media del salario es igual al conjunto de los artículos de primera necesidad suficientes para que los obreros de un país puedan reproducirse de acuerdo con el nivel de vida habitual en ese país. Este nivel de vida puede ser muy diferente para las distintas capas de obreros. Un gran mérito de las tradeuniones, en su lucha por mantener a cierto nivel la cuantía del salario y por reducir la jornada, es que tratan de mantener y elevar el nivel de vida. En el *East-end* de Londres hay muchas industrias en las que el trabajo es tan calificado y tan duro como el de los albañiles y los peones de albañil, aunque apenas ganan allí la mitad que estos últimos. ¿Por qué? Simplemente, porque la fuerte organización permite a un grupo mantener un nivel de vida relativamente alto, como norma mediante la cual se mide su salario, mientras que el otro grupo, desorganizado e impotente, se ve obligado a sufrir de sus patronos las exacciones que son inevitables y arbitrarias por añadidura; su nivel de vida baja gradualmente, se acostumbra a vivir con un salario cada vez menor, y este salario, se comprende, desciende hasta el nivel que el mismo grupo acepta como suficiente.

La ley del salario, pues, no es una ley que actúa de manera inmutable y en línea recta. Hasta cierto límite no es inexorable. En cualquier tiempo (exceptuando los períodos de gran depresión), para cada rama de la producción existe determinada amplitud de fluctuaciones, dentro de la cual la cuantía del salario puede experimentar cambios como resultado de la lucha entre las dos partes contendientes. El salario, en cada caso, se establece mediante un tira y afloja, en el que quien más y mejor resiste tiene mayores posibilidades de sacar más de lo que le corresponde. Si el obrero aislado quiere regatear con el capitalista, es cosa fácil vencerlo y se debe rendir a discreción; pero si los obreros de toda una rama de la producción forman una organización poderosa, reúnen entre todos un fondo que, en caso de necesidad, les permita resistir el combate con sus patronos, y gracias a ello pueden tratar con esos patronos de poder a poder, entonces y sólo entonces podrán obtener siquiera sea la mísera limosna que, de acuerdo

Los marxistas y los sindicatos

con el régimen económico de la sociedad moderna, se puede calificar de salario justo por una jornada justa.

La ley del salario no cesa de regir en virtud de la lucha de las tradeuniones. Al contrario, se cumple gracias a ella. Sin los medios de resistencia que dan las tradeuniones, el obrero no percibiría ni siquiera lo que le corresponde según las leyes del sistema de trabajo asalariado. Únicamente ante la amenaza de las tradeuniones se puede obligar al capitalista a pagar a su trabajador el valor completo de la fuerza de trabajo de éste en el mercado. ¿Queréis pruebas? Mirad el salario que se paga a los miembros de las grandes tradeuniones y el que se abona en las infinitas industrias pequeñas de ese remanso de profunda miseria que es el *East-end* londinense.

Así, pues, las tradeuniones no atacan el sistema del trabajo asalariado. Pero el salario alto o bajo no es lo que determina la degradación económica de la clase obrera: esta degradación reside en el hecho de que en vez de recibir por su trabajo el producto completo de este trabajo, la clase obrera se ve obligada a conformarse con una parte de su propio producto, que lleva el nombre de salario. El capitalista se adueña de todo el producto (pagando de él al obrero) porque es el dueño de los medios de trabajo. Y por eso, la verdadera redención de la clase obrera será imposible hasta tanto no sea dueña de todos los medios de trabajo (la tierra, materias primas, máquinas, etc.) y, con ello, dueña de TODO EL PRODUCTO DE SU PROPIO TRABAJO.

(Engels, publicado como editorial, en el número 3 del periódico *The Labour Standard* (Londres), 21 de mayo de 1881; Engels, *El sistema de trabajo asalariado. Artículos de The Labour Standard*, Editorial Progreso, Moscú, 1975, páginas 9 a 11)

Engels, *Las tradeuniones*

I

En el artículo anterior examinábamos la actuación de las tradeuniones considerándola en el sentido de que en la lucha con los patronos trata de que se cumpla la ley económica del salario. Volvemos a insistir en el particular, porque es de la mayor importancia que la clase obrera en su conjunto lo comprenda perfectamente.

Suponemos que hoy día no hay ni un solo obrero inglés al que haga falta explicarle que el capitalista aislado, lo mismo que la clase capitalista en su conjunto, tiene interés en reducir el salario todo lo posible. El producto del trabajo, descontando todos los gastos, se divide, como David Ricardo lo demostró irrefutablemente, en dos partes: la una es el salario del obrero y la otra la ganancia del capitalista. Y como el producto neto del trabajo, en cada caso concreto, es una magnitud determinada, está claro que la parte denominada ganancia no puede aumentar sin que disminuya la parte denominada salario. Negar que el interés del capitalista sea disminuir el salario equivale a afirmar que no tiene interés en aumentar sus ganancias.

Sabemos perfectamente que existen otros modos de aumentar temporalmente la ganancia, pero no alteran la ley general, razón por la cual no hay necesidad de ocuparnos aquí de ellos.

¿De qué manera, pues, pueden los capitalistas reducir el salario si la cuantía de éste la determina una ley de economía social particular y bien definida? La ley económica del salario existe y es irrefutable. Pero, como hemos visto, dicha ley es elástica, y lo es en dos sentidos. El nivel del salario en una rama de la producción puede ser rebajado, o bien directamente, acostumbrando poco a poco a los obreros de esa rama a un nivel inferior de vida, o bien indirectamente, aumentando el número de horas de trabajo (o la intensidad del trabajo con el mismo número de hora de trabajo) sin elevar la remuneración.

El interés de cada capitalista por separado por aumentar sus ganancias mediante la reducción del salario de sus obreros, adquiere un nuevo estímulo con la competencia entre los capitalistas de una misma rama. Cada uno de ellos se esfuerza por vender más barato que sus competidores y, para no sacrificar su ganancia, debe tratar de reducir el salario. Así, la presión que sobre la cuantía del salario ejerce en interés propio cada capitalista por separado, se decuplica en virtud de la competencia entre ellos. Lo que antes no significaba más que la obtención de una ganancia mayor o menor, ahora se convierte en necesidad.

Contra esta presión constante e ininterrumpida, los obreros no organizados carecen de medios eficaces de resistencia. Por eso, en las industrias en que los obreros no están organizados, el salario tiende constantemente a bajar, mientras que la jornada tiende constantemente a hacerse más larga. El proceso es lento, pero seguro. Los períodos de prosperidad pueden detenerlo a veces, pero luego los períodos de estancamiento industrial lo incrementan aún más. Los obreros se van acostumbrando a este nivel de vida, cada vez más bajo. Mientras que la duración de la jornada se aproxima más y más al máximo posible, el salario se acerca más y más a su mínimo absoluto, a la cantidad por debajo de la cual al obrero le es imposible en absoluto vivir y reproducir su especie.

Una excepción temporal de esta regla se observó a principios de siglo. La rápida extensión del vapor y de las máquinas no alcanzaba al crecimiento, aún más rápido, de la demanda de lo que con su ayuda se producía. El salario en estas ramas, a excepción del salario de los niños que el fabricante compraba en las casas de trabajo, era por regla general alto; la remuneración de los tipos de trabajo manual calificado, de los que no se podía prescindir, era muy alta; el salario que por lo común percibían el tintorero, el mecánico, el cortador de terciopelo o el hilandero de máquina mule a mano, parece ahora fabuloso. Al mismo tiempo, en las ramas de la industria en que las máquinas desplazaban a los obreros, éstos se veían condenados a una muerte lenta por hambre. Pero poco a poco, el invento de nuevas máquinas fue desplazando a los obreros bien pagados; se idearon máquinas que producían máquinas, y en tal cantidad, que la oferta de artículos producidos con máquinas cubría la demanda incluso con

Los marxistas y los sindicatos

creces. Cuando la paz general, en 1815, restableció la regularidad del comercio, empezaron fluctuaciones decenales en las que se sucedían períodos de prosperidad, de superproducción y de pánico comercial. Las ventajas relativas que los obreros pudieran conservar de los viejos tiempos de prosperidad, incluso mejoradas acaso en parte en el período de superproducción desenfrenada, las fueron perdiendo en el período de estancamiento y de pánico; y pronto, la población fabril de Inglaterra se vio sometida a la ley general de que el salario del obrero no organizado tiende constantemente al mínimo absoluto.

Entretanto, en la liza entraron las tradeuniones, legalizadas en 1824, y esto vino muy a tiempo. Los capitalistas siempre están organizados. En la mayoría de los casos no necesitan de una unión formal, ni de estatutos, ni de cargos, etc. Su escaso número, comparado con los obreros, el hecho de que formen una clase aparte y sus constantes relaciones sociales y comerciales suplen todo esto. Sólo con el tiempo, cuando una rama de la producción fabril adquiere preponderancia en cierta zona, como ocurre, por ejemplo, con los tejidos de algodón en Lancashire, se hace necesaria la formación de tradeuniones de capitalistas. Pero de otra parte, los obreros, desde el comienzo mismo, no pueden prescindir de una organización fuerte, con estatutos bien definidos y concediendo autoridad a sus delegados y comités. La ley de 1824 dio carácter legal a estas organizaciones. Desde entonces, los obreros son una fuerza en Inglaterra. Dejaron de ser la masa inerte y dividida de antes. A la potencia que daba la unión y la acción común se sumó pronto la fuerza de una caja bastante llena, del “fondo de resistencia”, como la denominan expresivamente nuestros hermanos franceses. Las cosas cambiaron por completo. Para el capitalista se convirtió en algo arriesgado eso de permitirse rebajar el salario o alargar la jornada.

De ahí los violentos ataques de la clase capitalista de aquel tiempo contra las tradeuniones. Esta clase consideraba que la vieja costumbre de oprimir ilimitadamente a la clase obrera era un derecho y un privilegio legítimo. Entonces se le puso fin. No es de extrañar que gritasen su descontento y se consideraran perjudicados en sus derechos y en su propiedad, por lo menos en la misma medida en que hoy día se consideran perjudicados los *landlords* irlandeses.

Sesenta años de experiencia de lucha les han hecho entrar algo en razón. Las tradeuniones son ahora instituciones reconocidas, y su acción como uno de los reguladores del salario se admite en la misma medida en que se admite la acción de las leyes fabriles como reguladoras de la duración de la jornada. Más aún, los fabricantes de tejidos de algodón de Lancashire han copiado últimamente algo de los obreros, y ahora saben, cuando les conviene, organizar una huelga tan bien e incluso mejor que una *tradeunion*.

Así, pues, resultado de la acción de las tradeuniones es que la ley del salario se observa contra la voluntad de los patronos; que los obreros de las industrias bien organizadas se colocan en condiciones de conseguir, siquiera sea aproximadamente, el pago del valor completo de la fuerza de trabajo que ellos ceden a su patrono; que, con ayuda de las leyes del Estado, la jornada se mantiene en un marco que no rebasa demasiado la duración máxima, pasada la cual la fuerza de trabajo se agota prematuramente. Esto, claro, es a lo más que las tradeuniones, con su organización actual, pueden aspirar, y ello sólo al precio de una lucha constante, con un desgaste enorme de energías y de recursos; además, las fluctuaciones de la producción, cada diez años todo lo más, destruyen en un momento cuanto se había conquistado, y se debe empezar de nuevo desde el principio. Es un círculo vicioso del que no hay salida. La clase obrera sigue siendo tal como era y tal como no temían calificarla nuestros predecesores los cartistas: la clase de los esclavos asalariados. ¿Debe ser ése el resultado final de todos estos trabajos, sacrificios y sufrimientos? ¿Debe ser ésa para siempre la aspiración más alta de los obreros británicos? ¿O la clase obrera de este país debe tratar, por fin, de evadirse de ese círculo vicioso y de encontrar salida en el movimiento por la ABOLICIÓN DEL PROPIO SISTEMA DE TRABAJO ASALARIADO?

En la semana siguiente examinaremos el papel de las tradeuniones como organizadores de la clase obrera.

II

Los marxistas y los sindicatos

Hasta ahora sólo hemos examinado la actuación de las tradeuniones en cuanto contribuyen a regular la cuantía del salario y aseguran al obrero en su lucha contra el capital, dándole, siquiera sea, ciertos medios de resistencia. Pero este aspecto del asunto no agota el tema.

Nos referimos a la lucha del obrero contra el capital. Esta lucha existe, por mucho que los apologistas del capital afirmen lo contrario. Existirá mientras la reducción del salario sea el recurso más seguro y más fácil de aumentar las ganancias más aún, mientras exista el mismo sistema de trabajo asalariado. La sola existencia de las tradeuniones es ya una prueba suficiente de esto; ¿para qué han sido creadas, si no es para luchar contra las prevaricaciones del capital? No hay para qué velarlo. No hay frases gulzarronas capaces de ocultar el escandaloso hecho de que la sociedad moderna se halla dividida, en lo fundamental, en dos grandes clases antagónicas: los capitalistas, dueños de todos los medios necesarios para el empleo del trabajo, de una parte, y los obreros, que no poseen nada más que su propia fuerza de trabajo, de otra parte. El producto del trabajo de esta última clase debe ser dividido entre ambas clases, y esta división da origen a una lucha constante. Cada una de las dos clases trata de recibir lo más posible; y en esta lucha, lo más curioso es que, aunque la clase obrera únicamente aspira a una parte del producto de su propio trabajo, la acusan bastante a menudo de que ¡roba al capitalista!

Pero la lucha entre dos grandes clases sociales se convierte necesariamente en una lucha política. Así ocurrió con la larga lucha entre la burguesía, o clase de los capitalistas, y la aristocracia agraria; así ocurre también con la lucha entre la clase obrera y esos mismos capitalistas. En toda batalla de clase contra clase el objetivo inmediato es el poder político; la clase dominante defiende su dominación política, o con otras palabras, su mayoría garantizada en los órganos legislativos; la clase oprimida lucha en un principio por una parte, y después por todo el poder, a fin de hallarse en condiciones de cambiar las leyes existentes de conformidad con sus propios intereses y necesidades. Así, la clase obrera de la Gran Bretaña luchó apasionadamente durante años, recurriendo incluso a la violencia, por la Carta del Pueblo que debía darle ese poder político. Fue derrotada, pero la lucha produjo tal impresión en la burguesía triunfante, que a partir de entonces se ha mostrado muy satisfecha de prolongar el armisticio al precio de nuevas y nuevas concesiones a los obreros.

Pero en la lucha política de clase contra clase, la organización es un arma importantísima. Y a medida que se desintegraba la organización puramente política, u organización cartista, en esa misma medida la organización de las tradeuniones se hacía más y más fuerte, hasta llegar al presente, en que ha alcanzado tal potencia, que con ella no puede compararse ninguna organización obrera de cualquier otro país. Varias grandes tradeuniones, que comprenden de uno a dos millones de obreros y que se hallan reforzadas por uniones menores o locales, son una fuerza que debe tener en cuenta todo gobierno de la clase dominante, lo mismo si es *whig* que si es *tory*.

De acuerdo con las tradiciones de su nacimiento y desarrollo en el país, estas poderosas organizaciones se han limitado hasta ahora casi exclusivamente a participar en la regulación del salario y de la jornada y a propugnar la abolición de las leyes abiertamente hostiles a los obreros. Como se indicaba antes, esto lo han hecho con el éxito que cabía esperar. Pero aún hay más: la clase dominante, que conoce la fuerza de las tradeuniones mejor que ellas mismas, les hizo voluntariamente nuevas concesiones. La ley electoral de Disraeli concedió el voto, por lo menos, a la mayor parte de la clase obrera organizada. ¿Acaso Disraeli lo habría propuesto así, de no suponer que estos nuevos electores iban a expresar su propia voluntad, que dejarían de ir a remolque de los políticos liberales de la clase media? ¿Acaso habría podido hacer aprobar la propuesta si los obreros, con la dirección de sus enormes sindicatos, no hubieran demostrado su capacidad para la labor administrativa y política?

Esta medida brindó nuevas posibilidades a la clase obrera. Le dio la mayoría en Londres y en todas las ciudades fabriles y, de este modo, le permitió iniciar la lucha contra el capital con un arma nueva, enviando al Parlamento a hombres de su propia clase. Pero aquí hay que decir, lamentablemente, que las tradeuniones han olvidado sus deberes de parte avanzada de la clase obrera. La nueva arma lleva en sus manos más de diez años, pero apenas si ha habido una vez

Los marxistas y los sindicatos

que la desenvainaran. Y deberían tener presente que les será imposible conservar la posición que ahora ocupan si no marchan de veras en las primeras filas de la clase obrera. Es antinatural que la clase obrera de Inglaterra, que está en condiciones de enviar al Parlamento a cuarenta o cincuenta obreros, se conforme siempre con que la representen capitalistas o servidores de éstos, como abogados, periodistas, etc.

Más aún: a juzgar por multitud de síntomas, en la clase obrera del país se despierta la conciencia de que lleva cierto tiempo marchando por un camino falso; que el movimiento actual, cuyo exclusivo fin es el aumento del salario y la reducción de la jornada, la mantiene en un círculo vicioso del que no hay salida; que el mal básico no es el escaso nivel de los salarios, sino el propio sistema de trabajo asalariado. En cuanto la conciencia de esto se haga general entre la clase obrera, la posición de las tradeuniones deberá cambiar considerablemente. Perderán el privilegio de ser las únicas organizaciones de la clase obrera. Junto a las uniones de los distintos oficios, o sobre ellas, debe surgir una unión general, una organización política de la clase obrera como un todo único.

Así, las tradeuniones organizadas deben tener bien presente: primero, que se aproxima rápidamente el tiempo en que la clase obrera del país reclame, sin dejar lugar a dudas, la parte completa de su representación en el Parlamento. Segundo, que se acerca con la misma rapidez el tiempo en que la clase obrera comprenda que la lucha por un salario alto y por una jornada corta, como toda la acción de las tradeuniones en su aspecto actual, no es un fin en sí mismo, sino un medio, admitamos que muy necesario y eficaz, pero nada más que uno de los numerosos medios que conducen a un fin más alto: a la abolición completa de todo el sistema de trabajo asalariado.

Para lograr la representación completa de los obreros en el Parlamento, al igual que para preparar la abolición del sistema de trabajo asalariado, será necesaria la organización no por oficios separadamente, sino de la clase obrera como un todo. Y cuanto antes se haga esto, tanto mejor. No hay en el mundo fuerza capaz de resistir un día siquiera a la clase obrera británica cuando ésta se encuentre organizada como un todo único.

(Engels, publicado como editorial del *The Labour Standard*, 28 mayo y 4 junio 1881; Engels, *El sistema de trabajo asalariado. Artículos de The Labour Standard*, Editorial Progreso, Moscú, 1975, páginas 12 a 19)

Engels, organización retrógrada de los viejos sindicatos

Tanto en Inglaterra como en Francia como en Norteamérica se está produciendo, sin cesar, una fuerte presión sobre todas las ramas industriales decisivas. Es una situación inaudita, por más que sea la inevitable consecuencia del mismo sistema capitalista: un sobreproducción tan enorme que, sin embargo, no aboca a una crisis. La sobreproducción de capital disponible en búsqueda de inversión es tan fuerte que la tasa de descuento oscila efectivamente en Inglaterra entre el 1 y el 1,5% anual y que es posible lograr liquidez a corto término a menos del 1,2% anual, sea bajo condiciones de pago diario o a la vista (*money on call*). El hecho que los banqueros prefieran colocar de esta forma su dinero más que invertir en las empresas industriales nueva prueba que reconocen que todos los negocios les parecen sospechosos. Este miedo a nuevas inversiones y a especular en amplia escala, que ya se manifestó durante la crisis de 1867, explica esencialmente porque no hemos caído todavía en una crisis aguda.

Sin embargo, la crisis tendrá que estallar finalmente, y es de esperar que, entonces, ponga fin a los viejos sindicatos. Éstos han conservado tranquilamente las características corporativas de sus inicios, y ello deviene cada día más insoportable. ¿Os podéis creer que cualquier obrero de la profesión puede adherirse sin problemas a los sindicatos de mecánicos, carpinteros, albañiles, etc.? En absoluto. Para poder adherirse, es necesario ser adscrito como aprendiz durante un determinado número de años (lo más a menudo siete) a uno que esté adherido al sindicato. Esta medida, que tenía como objetivo limitar el número de los obreros, se ha demostrado, sin embargo, completamente ineficaz, por no hablar del hecho que el maestro del “aprendiz” recibe un dinero sin haber trabajado. Esto podría concebirse con rigor hasta 1848. Pero después se ha producido un inaudito aumento de la industria que ha producido una clase de obreros tan numerosa, si no más, que la de los obreros “cualificados” de los sindicatos. Ahora bien, estos nuevos obreros son también tan activos, si no más, que los obreros “cualificados”, pero no pueden formar parte de los sindicatos.

Los obreros “cualificados” se desarrollan, literalmente, en un ambiente aislado gracias a los reglamentos corporativos de los sindicatos. ¿Te imaginas acaso que estos sindicatos piensan que es necesario abolir todas estas estupideces? Para nada. No recuerdo haber leído jamás la más mínima proposición en este sentido en cualquier congreso sindical. Estas cabezas locas, en lugar de seguir el desarrollo de la sociedad, quieren que la sociedad se adapte a ellos. Se abrazan a sus supersticiones tradicionales, que les ahogan a ellos mismos, en lugar de desembarazarse de todo este farrago, doblando con un solo golpe tanto su número como su potencia a fin de volver a ser efectivamente lo que cada vez son menos, a saber: asociaciones que reagrupen contra los capitalistas a todos los obreros del oficio. Todo esto te hará comprender mejor bastantes cosas sobre la actitud des obreros privilegiados.

(Engels, carta Bebel, 28 de octubre de 1885; traducido de *Les chapiers du CERMTRI*, número 69, CERMTRI, París, junio de 1993, página 16)

Engels, contra la limitación del papel de los sindicatos

M. Bretano repite incansablemente que la legislación de protección obrera y las organizaciones sindicales son capaces de mejorar la suerte de la clase obrera, ahora bien: esto no lo ha descubierto él. Desde *La situación de la clase obrera en Inglaterra y Miseria de la filosofía* hasta *El Capital* y mis más recientes escritos, Marx y yo lo hemos dicho cien veces, *pero con importantes salvedades*.

Primero, los efectos favorables de las sociedades de resistencia se limitan notablemente a los períodos en los que los negocios van bien o muy bien; en los períodos de estagnación o de crisis, los sindicatos fracasan en sus esfuerzos. La afirmación de M. Bretano según la cual los sindicatos “tienen el poder de paralizar los funestos efectos del ejército de reserva” es una jactancia ridícula.

Segundo, (abstracción hecha de otras limitaciones menos importantes), ni la protección de la legislación obrera, ni las organizaciones de oficio eliminan lo esencial de lo que debe ser eliminado, a saber, el sistema capitalista, que recrea incesantemente el antagonismo entre la clase capitalista y la clase obrera asalariada. Así, la masa de los obreros asalariados se encontraría condenada a perpetuidad al trabajo asalariado y (más aun, a medida que la gran industria se apodera de ramas de la producción, el abismo entre los asalariados y los capitalistas aumenta tanto en amplitud como en profundidad).

Pero como M. Bretano quiere hacer del obrero asalariado un esclavo *satisfecho*, le es necesario exagerar hasta el infinito los efectos positivos de la protección obrera, de los sindicatos profesionales, de la legislación social de remiendos, etc. Como estas exageraciones no pueden mantenerse de ningún modo ante los simples hechos reales, Bretano monta en cólera.

(Engels, 1891, *Asunto Bretano contra Marx, a propósito de las pretendidas falsas citaciones*, folleto aparecido en la editorial Otto Meissner, Hamburgo, 1891, páginas 1 y 2; traducido de *Les cahiers du CERMTRI*, CERMTRI, París, número 69, junio 1993, página 12)

Engels, *Un partido de obreros*

Con gran frecuencia nos han advertido amigos y simpatizantes: “Manteneos lejos de los partidos políticos”. Y estaban cargados de razón en lo concerniente a los actuales partidos políticos de Inglaterra. Un órgano obrero, por su orientación, no debe pertenecer ni a los *whigs* ni a los *tories*, ni a los conservadores ni a los liberales, incluso ni a los radicales en el sentido moderno de la palabra partido. Conservadores, liberales, radicales, todos representan únicamente los intereses de las clases dominantes y los distintos matices de las opiniones que imperan entre los *landlords*, capitalistas y pequeños comerciantes. Si llegan a representantes de la clase obrera, no la representan en absoluto. La clase obrera tiene sus intereses propios, tanto políticos como sociales. Cómo defendió lo que consideraba sus intereses sociales, lo demuestra la historia de las tradeuniones y del movimiento por la reducción de la jornada de trabajo. Pero la defensa de sus intereses políticos la deja casi enteramente en manos de los *tories*, *whigs* y radicales, de gentes de la clase dominante, y durante casi un cuarto de siglo la clase obrera de Inglaterra se ha conformado con ir a la zaga del “gran Partido Liberal”.

Tal posición política no es digna de la clase obrera más organizada de Europa. En otros países los obreros han sido mucho más activos. En Alemania hace ya más de diez años que existe un partido (el Socialdemócrata), que posee diez actas en el Parlamento y cuyo progreso ha asustado tanto a Bismarck, que ha hecho aprobar las infames medidas represivas de las que hablamos en otro artículo. Pero, a despecho de Bismarck, el partido obrero no deja de crecer; sólo en la semana pasada ha ganado dieciséis puestos en el consejo municipal de Mannheim y uno en el Parlamento de Sajonia. En Bélgica, Holanda e Italia han seguido el ejemplo de los alemanes; en cada uno de estos países existe un partido obrero, si bien las restricciones electorales son muchas para que de momento puedan enviar diputados al órgano legislativo. En Francia el partido obrero se halla justamente ahora en pleno proceso de organización; en las últimas elecciones el partido obrero ha conseguido la mayoría en varios consejos municipales, y en las elecciones generales de octubre de este año conquistará sin duda algunos puestos en la Cámara. Incluso en Norteamérica, donde el paso de los obreros a granjeros, comerciantes o capitalistas es aún relativamente fácil, los obreros consideran necesario organizarse en partido independiente. En todos los sitios, el obrero lucha por el poder político, por la representación directa de su clase en los órganos legislativos: en todos los sitios menos en Gran Bretaña.

Ahora bien, jamás había sido en Inglaterra tan general como ahora la convicción que los viejos partidos políticos están condenados a desaparecer, que las viejas palabras de orden han perdido el sentido, las viejas consignas se han derrumbado y las viejas panaceas no producen ya efecto. Los hombres pensantes de todas las clases empiezan a comprender que debe ser trazado un nuevo camino y que este camino únicamente puede ir en dirección a la democracia. Pero en Inglaterra, donde la clase obrera industrial y agrícola forma la enorme mayoría de la población, democracia significa, ni más ni menos, la dominación de la clase obrera. Que esta clase obrera se prepare, pues, a cumplir la tarea que le aguarda: a la dirección de este vasto imperio; que comprenda la responsabilidad que va a recaer inevitablemente sobre ella. El mejor modo de conseguirlo es utilizar la fuerza que ya se encuentra en sus manos, la mayoría que de hecho posee en todas las ciudades grandes del reino, para enviar al Parlamento a personas de su propio seno. Valiéndose del derecho electoral concedido a los inquilinos, sería fácil enviar al Parlamento a cuarenta y cincuenta obreros, y esta afluencia de sangre completamente fresca sería, en verdad, muy necesaria. Incluso con este número de obreros, el Parlamento no podría convertir ya más y más, como ahora ocurre, la ley agraria irlandesa en un bluff agrario irlandés es decir, en la ley de compensación a los *landlords* irlandeses; no podría oponerse a las demandas de que se haga un reajuste de los distritos parlamentarios, de que se castigue de veras el soborno y que los gastos de las elecciones corran a cuenta del fisco, como se acostumbra a hacer en todos los sitios menos en Inglaterra. etc.

Los marxistas y los sindicatos

Más aún, en Inglaterra un partido realmente democrático sólo es posible como partido obrero. Los hombres cultos de las otras clases (que no son tantos como se nos quiere hacer creer) pueden incorporarse a este partido e incluso representarlo en el Parlamento después que hayan demostrado su sinceridad. Así ocurre en todos los sitios. En Alemania, por ejemplo, los representantes de los obreros no siempre son obreros. Pero ningún partido democrático, ni en Inglaterra ni en ningún otro lugar, logrará éxitos efectivos si no tiene un definido carácter proletario. Si se renuncia a esto no se conseguirá nada, como no sea secta y engaño.

Y esto es todavía más cierto para Inglaterra que para los otros países. Por desgracia, ha habido bastantes engaños de parte de los radicales después del hundimiento del primer partido obrero que conoció el mundo, el partido cartista. Sí, pero los cartistas fueron derrotados sin conseguir nada. ¿Es esto así? De los seis puntos de la *Carta del Pueblo*, dos, el secreto del sufragio y la abolición de las restricciones por motivos de propiedad, son ahora ley del país. El tercer punto, el del sufragio universal, se ha implantado, siquiera sea aproximadamente, en forma de derecho electoral para los inquilinos; el cuarto, distritos electorales iguales, va a ser implantado de fijo, como reforma prometida por el actual gobierno. De modo que el fracaso del movimiento cartista ha conducido a la realización de una buena mitad de su programa. Y si el solo recuerdo de la pasada organización política de la clase obrera ha podido conducir a estas reformas políticas, y fuera de ellas a otras reformas sociales, ¿qué resultados traerá la existencia real de un partido político obrero respaldado con cuarenta o cincuenta representantes en el Parlamento?

Vivimos en un mundo en el que cada uno debe preocuparse de sí mismo. Pero la clase obrera inglesa permite que de sus intereses se preocupen los *landlords*, capitalistas y pequeños comerciantes y sus lacayos, los abogados, periodistas, etc. No es extraño que las reformas en interés de los obreros se apliquen con tal lentitud y en dosis tan miserables. Es suficiente que los obreros de Inglaterra lo deseen y de ellos dependerá la aplicación de cualquier reforma social o política, que su situación requiera ¿Por qué, pues, no realizar ese esfuerzo?

(Engels, publicado como editorial en *The Labour Standard*, 23 julio 1881; Engels, *El sistema de trabajo asalariado. Artículos de The Labour Standard*, Editorial Progreso, Moscú, 1975, páginas 39 a 42)

Engels, *Clases sociales necesarias y superfluas*

A menudo se plantea la pregunta del grado en que las diferentes clases sociales son útiles o incluso necesarias. Y la respuesta es, naturalmente, distinta para las distintas épocas históricas. Hubo sin duda un tiempo en que la aristocracia agraria era un elemento inevitable y necesario de la sociedad. Esto ocurrió, sin embargo, hace mucho. Luego hubo un tiempo en que la clase media capitalista, la *bourgeoisie* como la llaman los franceses, surgida con la misma necesidad inevitable, entró en lucha contra la aristocracia agraria, derrocó su poder político y se hizo, a su vez, con el predominio económico y político. Pero jamás, desde el punto y hora en que aparecieron las clases, ha habido un tiempo en que la sociedad pudiera prescindir de la clase obrera. El nombre y la situación social de esta clase cambiaron; el siervo ocupó el puesto del esclavo y, a su vez, dejó paso al obrero libre; libre de la servidumbre, pero libre también en el sentido de que no poseía nada en absoluto más que su propia fuerza de trabajo. Mas para todos está claro: cualesquiera que sean los cambios que se produzcan en las capas altas, no productivas, de la sociedad, la sociedad no puede subsistir sin una clase de productores. Por consiguiente, esta clase es necesaria en todas circunstancias, aunque debe venir un tiempo en que dejará de ser clase, en que comprenderá a la sociedad entera.

Así, pues, ¿en qué medida es necesaria hoy día la existencia de cada una de estas tres clases?

La aristocracia agraria de Inglaterra es, por lo menos, inútil económicamente, mientras que en Irlanda y Escocia es positivamente perjudicial por sus tendencias de despoblación. Obligar a la gente a cruzar el océano o a morir de hambre y reemplazarla por ovejas o por animales de caza: éstos son todos los méritos de que pueden jactarse los *landlords* irlandeses y escoceses. Y en cuanto aumente otro poco la competencia de los productos vegetales y animales norteamericanos, de manera exactamente igual procederán los aristócratas agrarios ingleses, al menos los que se encuentren en condiciones de hacerlo, por poseer en las ciudades importantes bienes inmuebles a la ayuda de los cuales puedan recurrir. De los demás, pronto nos librará la competencia de los artículos de consumo norteamericanos. Y estará bien que así sea, porque su actuación política, lo mismo en la Cámara de los Lores que en la de los Comunes, es una verdadera calamidad nacional.

Pero ¿qué va a ser de la clase capitalista, de la clase culta y liberal que fundó el imperio colonial británico y estableció la libertad británica? ¿De la clase que reformó el Parlamento en 1831, que abolió las leyes del trigo y ha ido rebajando los aranceles uno tras otro? ¿De la clase que creó en Inglaterra fábricas gigantes y continúa dirigiéndolas, que creó una enorme marina mercante y una red de ferrocarriles en constante aumento? Seguramente, esta clase debe ser, por lo menos, tan necesaria como la clase obrera, a la que dirige y lleva de progreso en progreso.

La función económica de la clase capitalista era, en efecto, la de crear el moderno sistema de fábricas movidas por el vapor y comunicaciones a base del vapor, y de destruir todos los obstáculos económicos y políticos que retrasaban o frenaban el desarrollo de este sistema. No hay duda que mientras la clase capitalista iba cumpliendo esta función, era, atendidas las condiciones de entonces, una clase necesaria. Pero ¿ocurre hoy así? ¿Continúa cumpliendo su importante función de dirigir y ampliar la producción social en beneficio de la sociedad en su conjunto? Veámoslo.

Empezaremos por los medios de comunicación. El telégrafo se encuentra en manos del gobierno. Los ferrocarriles y una gran parte de los barcos marítimos no pertenecen a capitalistas individuales, que administren por sí mismos sus negocios, sino a compañías anónimas, cuyos asuntos manejan *empleados a sueldo*, servidores cuya situación en el fondo es la misma que la de la capa superior y mejor pagada de los obreros. Por lo que se refiere a los directores y accionistas, unos y otros saben que cuanto menos se inmiscuyan los primeros en la gestión y los últimos en la supervisión, tanto mejor será para la empresa. Una supervisión débil, y en la

Los marxistas y los sindicatos

mayoría de los casos descuidada, es la única función que, en realidad, queda a los dueños de empresas. Por tanto, vemos que, de hecho, los capitalistas propietarios de esas enormes empresas no hacen otra cosa más que percibir cada semestre los dividendos. La función social de los capitalistas ha pasado en este caso a los empleados, que perciben un sueldo, mientras que el capitalista se sigue embolsando, en forma de dividendos, la remuneración por el ejercicio de estas funciones, aunque haya dejado de cumplirlas.

Pero si las enormes proporciones de las empresas a que nos referimos han obligado al capitalista a “retirarse” de la dirección de las mismas, aún le queda otra función, la de especular con sus acciones en la Bolsa. A falta de una ocupación mejor, nuestros capitalistas “retirados” o, en realidad, desplazados, se entregan a sus anchas al juego bursátil en este templo de Mammón. Se dirigen a él con la deliberada intención de embolsarse dinero, haciendo ver que lo ganan, aunque dicen que el origen de toda propiedad es el trabajo y el ahorro; puede que sea el origen, pero, ciertamente, no es el fin. ¡Qué hipocresía, cerrar por la fuerza las pequeñas casas de juego, cuando nuestra sociedad capitalista no puede prescindir, en calidad de verdadero centro, de una inmensa casa de juego en la que se pierden y se ganan millones y millones! En este caso, claro, la existencia del accionista “retirado” o, capitalista no es sólo superflua, sino también completamente nociva.

Lo que es cierto para los ferrocarriles y para la navegación, lo es cada día más y más para todas las grandes empresas industriales y comerciales. “Seguir, la corriente” (transformar las grandes empresas privadas en compañías anónimas) es la consigna del día en el último decenio, y aún antes. De los grandes almacenes de artículos de Manchester en la City a las fábricas de hierro y las minas de carbón de Gales y del Norte de Inglaterra y a las fábricas de Lancashire, todo ha seguido o sigue la corriente. En todo Oldham apenas si habrá una fábrica de tejidos de algodón que siga siendo de particulares; incluso los comerciantes al por menor van siendo más y más desplazados por las “tiendas cooperativas”, la mayoría de las cuales sólo tienen de cooperativa el nombre, aunque de esto hablaremos en otra ocasión. Por tanto, vemos que, a consecuencia del desarrollo del propio sistema de producción capitalista, el capitalista es desplazado lo mismo que el tejedor que trabaja en un telar a mano, con la diferencia, sin embargo, de que éste se halla condenado a una muerte lenta por hambre, mientras que al capitalista desplazado le amenaza la muerte lenta por glotonería. Pero la situación de uno y otro coincide en el sentido de que ninguno de ellos sabe a qué dedicarse.

El resultado, por consiguiente, es éste. El desarrollo económico de nuestra sociedad actual conduce cada vez más a la concentración, a la socialización de la producción en empresas enormes que ya no pueden dirigir capitalistas aislados. Todas las estupideces acerca del “ojo del amo” y de los milagros que hace, se convierten en un claro absurdo en cuanto la empresa alcanza ciertas proporciones. ¡Imaginaos el “ojo del amo” en los ferrocarriles de Londres y del Noroeste! Pero lo que el dueño no puede hacer, lo pueden hacer, y lo hacen con éxito, los obreros, los empleados a sueldo de la compañía.

Así, pues, el capitalista ya no puede reclamar su ganancia como “sueldo de la supervisión”, puesto que no ejerce supervisión alguna. Hay que recordarlo así cuando los defensores del capital echan al vuelo las campanas repitiendo esta frase vacía.

Pero en nuestro artículo de la semana pasada tratábamos de demostrar que la clase capitalista es incapaz también de manejar el enorme sistema de producción de nuestro país; que los capitalistas, por una parte, han ampliado tanto la producción, que periódicamente inundan de artículos todos los mercados, mientras que, por otra parte, cada vez son más incapaces de resistir la competencia extranjera. Así, llegamos a la conclusión de que no sólo podemos arreglárnoslas perfectamente en las grandes ramas de la industria del país sin intervención de la clase capitalista, sino también de que su intervención es cada día más perjudicial.

De nuevo les decimos: “¡Apártense! Dejen que la clase obrera les sustituya.

(Engels, publicado como editorial en el *The Labour Standard* del 6 de agosto de 1881; Engels, *El sistema de trabajo asalariado. Artículos de The Labour Standard*, Editorial Progreso, Moscú, 1975, páginas 51 a 55)

Rosa Luxemburg, de *Reforma o revolución*

Si es verdad que las posibilidades de existencia de las cooperativas de producción dentro del capitalismo están ligadas a las posibilidades de existencia de las cooperativas de consumo, entonces el alcance de las primeras se ve limitado, en el mejor de los casos, al pequeño mercado local y a la manufactura de artículos que satisfagan necesidades inmediatas, sobre todo de productos alimenticios. Las cooperativas de consumo, y, por tanto, también las de producción, quedan excluidas de las ramas más importantes de la producción de capital: las industrias textil, minera, metalúrgica y petrolera y de construcción de maquinarias, locomotoras y barcos. Por esta única razón (dejando de lado momentáneamente su carácter híbrido), no puede considerarse seriamente a las cooperativas de producción como instrumento para la realización de una transformación social general. La creación de cooperativas de producción en gran escala supondría, antes que nada, la supresión del mercado mundial, y el despedazamiento de la actual economía mundial en pequeñas esferas locales de producción y cambio. Se espera que el capitalismo altamente desarrollado y difundido de nuestro tiempo se retrotraiga a la economía mercantil de la Edad Media.

Dentro del marco de esta sociedad, las cooperativas de producción se reducen a meros apéndices de las de consumo. Parecería, por tanto, que éstas deberían ser el comienzo del supuesto cambio social. Pero de esta manera la supuesta reforma de la sociedad mediante cooperativas deja de ser una ofensiva contra la producción capitalista. Esto es, deja de ser un ataque directo a las bases fundamentales de la economía capitalista. Se convierte, en cambio, en una lucha contra el capital comercial, sobre todo el capital comercial pequeño y mediano. Se vuelve un ataque contra las *ramas* más pequeñas del árbol capitalista.

Según Bernstein, también los sindicatos sirven para atacar al capitalismo en el campo de la producción. Ya hemos demostrado que los sindicatos no pueden darles a los obreros una influencia decisiva sobre la producción. Los sindicatos no pueden determinar las *dimensiones* ni el progreso *técnico* de la producción.

Tomemos el aspecto puramente económico de la “lucha de la tasa salarial contra la tasa de ganancia”, como Bernstein llama a la actividad sindical. Esta no se libra en el cielo azul. Se libra dentro del marco bien delimitado de las leyes salariales. La actividad sindical no destruye sino que aplica la ley de salarios.

Según Bernstein, son los sindicatos los que dirigen -en la movilización general por la emancipación de la clase obrera- el verdadero ataque contra la tasa de ganancia industrial. Según Bernstein, los sindicatos tienen la tarea de transformar la tasa de ganancia industrial en “tasa salarial”. El hecho es que los sindicatos son los menos capacitados para lanzar una ofensiva económica contra la ganancia. Los sindicatos no son más que una organización *defensiva* de la clase obrera contra los ataques de la ganancia. Reflejan la resistencia obrera ante la opresión de la economía capitalista.

Por un lado, los sindicatos tienen la función de influir sobre la situación del mercado de fuerza de trabajo. Pero esta influencia se ve constantemente superada por la proletarianización de las capas medias de nuestra sociedad, proceso que aporta constantemente nueva mercadería al mercado de trabajo. La segunda función de los sindicatos es la de mejorar la situación de los obreros. Es decir, incrementar la parte de riqueza social que estos reciben. Esta parte, empero, se ve constantemente reducida con la ineluctabilidad de un proceso natural: por el incremento de la productividad del trabajo. No es necesario ser marxista para comprenderlo. Basta leer *In Explanation of the Social Question* de Rodbertus.

En otras palabras, las condiciones objetivas de la sociedad capitalista transforman las dos funciones económicas de los sindicatos en una suerte de trabajo de Sísifo que es, de todas maneras, indispensable. Porque como resultado de las actividades de su sindicato, el obrero logra obtener la tasa salarial que le corresponde de acuerdo con la situación del mercado de

fuerza de trabajo. Como resultado de la actividad sindical se aplica la ley capitalista de salarios y el efecto de la tendencia decreciente del desarrollo económico se ve paralizado o, más precisamente, atenuado.

Sin embargo, la transformación del sindicato en instrumento para la reducción progresiva de la ganancia en favor del salario presupone las siguientes condiciones sociales: primero, el cese de la proletarianización de los estratos medios de nuestra sociedad; segundo, la detención del incremento de la productividad del trabajo. En ambos casos tenemos *un retorno a las condiciones precapitalistas*.

Las cooperativas y los sindicatos son totalmente incapaces de transformar el *modo capitalista de producción*. Esto Bernstein realmente lo comprende, si bien de manera distorsionada. Porque se refiere a las cooperativas y los sindicatos como medios para reducir las *ganancias* de los capitalistas y enriquecer así a los obreros. De esta manera renuncia a la lucha *contra el modo de producción capitalista* y trata de dirigir el movimiento socialista hacia la lucha contra la “*distribución capitalista*”. Una y otra vez Bernstein se refiere al socialismo como un esfuerzo por lograr un modo de distribución “justo, más justo y aun más justo” (*Vorwärts*, 26 de marzo de 1899).

No puede negarse que la causa directa que lleva a las masas populares al movimiento socialista es precisamente el modo de distribución “injusto” que caracteriza al capitalismo. Cuando la socialdemocracia lucha por la socialización del conjunto de la economía, aspira con ello a una distribución “justa” de la riqueza social. Pero la socialdemocracia, guiada por el comentario de Marx de que el modo de distribución de una época dada es consecuencia natural del modo de producción de dicha época, no lucha contra la distribución en el marco de la producción capitalista. Antes bien lucha por la supresión de la propia producción capitalista. En una palabra, la socialdemocracia quiere establecer el *modo de distribución socialista* mediante la supresión del *modo de producción capitalista*. El método de Bernstein, por el contrario, propone combatir el *modo de distribución capitalista* con la esperanza de instaurar así, gradualmente, el *modo de producción socialista*.

¿Cuál es, en ese caso, el fundamento del programa de Bernstein para la reforma de la sociedad? ¿Se apoya en las tendencias de la producción capitalista? No; en primer lugar, él niega esas tendencias. En segundo lugar, la transformación socialista es, para él, efecto y no causa de la distribución. *No puede* darle a su programa una base materialista, porque ya ha refutado los objetivos y medios del movimiento socialista y, con ello, sus condiciones económicas. Resultado de ello es que *se ve obligado* a construirse cimientos idealistas.

“¿Para qué representar el socialismo como resultado de la compulsión económica?”, pregunta quejoso. “¿Por qué degradar el raciocinio del hombre, su sentimiento de justicia, su voluntad?” (*Vorwärts*, 26 de marzo de 1899.) La distribución superlativamente justa de la que habla Bernstein se logrará gracias a la libre voluntad del hombre, voluntad que actúa no en virtud de la necesidad económica, puesto que esta voluntad no es más que un instrumento, sino en virtud de la comprensión que tiene el hombre de la justicia, en virtud de la *idea de justicia* del hombre.

Así volvemos alegremente al principio de justicia, al viejo caballito de batalla sobre el cual han cabalgado todos los reformadores de la tierra durante milenios, por falta de un medio de transporte histórico más seguro. Volvemos al triste Rocinante sobre el cual han cabalgado los Quijotes de la historia en busca de la gran reforma de la tierra, para volver a casa con los ojos negros.

La relación entre pobres y ricos como base para el socialismo, el principio del cooperativismo como contenido del socialismo, la “distribución más justa” como su objetivo y la idea de justicia como su única legitimación histórica: ¡con cuánto más fuerza, ingenio y fuego defendió Weitling *ese tipo* de socialismo hace cincuenta años! Sin embargo, el sastre genial no conocía el socialismo científico. *Si hoy* se toma la concepción que Marx y Engels despedazaron hace medio siglo, se la emparcha y se la presenta al proletariado como la última palabra en ciencia social, eso es, también, el arte de un sastre, pero no tiene nada de genial.

Los marxistas y los sindicatos

Los sindicatos y las cooperativas son los puntos de apoyo económicos de la teoría del revisionismo. Su condición *política* principal es el crecimiento de la *democracia*. Las manifestaciones actuales de reacción política no son para Bernstein sino “desplazamientos”. Las considera fortuitas, momentáneas, y sugiere que no se las tenga en cuenta en la elaboración de las directivas generales para el movimiento obrero.

Para Bernstein la democracia es una etapa inevitable en el desarrollo de la sociedad. Para él, como para los teóricos burgueses del liberalismo, la democracia es la gran ley fundamental del proceso histórico, con todas las fuerzas de la vida política puestas al servicio de su realización. Pero la tesis de Bernstein es completamente falsa. Presentada en esta forma absoluta, aparece como una vulgarización pequeñoburguesa de los resultados de una fase brevísima del desarrollo burgués, los últimos veinticinco o treinta años. Llegamos a conclusiones totalmente distintas cuando examinamos el desarrollo histórico de la democracia un poco más de cerca y consideramos, a la vez, la historia política general del capitalismo.

(Rosa Luxemburg, *Reforma o revolución*, Segunda Parte, del epígrafe “Sindicatos, cooperativas y democracia política”, 1899; Rosa Luxemburg, *Escritos políticos*, Grijalbo, Barcelona, 1977, páginas 105 a 110)

Rosa Luxemburg, de *Huelga de masas, partido y sindicatos*

La especialización de su actividad profesional como dirigentes sindicales, al igual que el horizonte, naturalmente estrecho, que acompaña a las luchas aisladas de una etapa pacífica, facilita muchísimo la tendencia de los funcionarios sindicales hacia el burocratismo y la estrechez de miras. Ambos se expresan en toda una gama de tendencias que pueden ser fatales para el futuro de la organización sindical. Existe, en primer término, la sobrevaloración de la organización, que se convierte gradualmente de medio en fin, en una cosa preciosa a la que se deben subordinar los intereses de lucha. De ahí también surge esa necesidad de paz, reconocida abiertamente, que se achica ante el riesgo y los supuestos peligros que amenazan la estabilidad de los sindicatos y, además, la sobrevaloración del método de lucha sindical, sus perspectivas y éxitos.

Los dirigentes sindicales, constantemente absorbidos por la guerrilla económica, cuya tarea consiste en hacer que los obreros sobrevaloren en extremo la más mínima hazaña económica, cualquier aumento de salarios o reducción de la jornada laboral, pierden gradualmente el poder de visión de las grandes conexiones y de la situación en su conjunto. Esta es la única explicación de por qué los dirigentes sindicales se refieren con la mayor satisfacción a los logros de los últimos quince años, en lugar de poner el acento en el reverso de la moneda; la tremenda disminución del nivel de vida proletario a causa de la usura de la tierra, la política impositiva y aduanera, el tremendo aumento de los alquileres (fruto de la rapacidad de los dueños), en fin, todas las tendencias objetivas de la política burguesa que han neutralizado, en gran medida, las ventajas obtenidas en quince años de lucha sindical. De la verdad socialdemócrata *total* que, a la vez que pone el énfasis en la importancia del trabajo actual y su absoluta necesidad, atribuye importancia primordial a la crítica y limitaciones de dicho trabajo, se extrae la verdad sindical *a medias* que sólo enfatiza el aspecto positivo de la lucha cotidiana.

Y por último, del ocultamiento de los límites objetivos que el orden social burgués le impone a la lucha sindical surge la hostilidad a toda crítica teórica que se refiera a dichas limitaciones en conexión con los objetivos últimos del movimiento obrero. Se considera la adulación servil y el optimismo ilimitado como deber de todo “amigo del movimiento sindical”. Pero, puesto que el punto de vista socialdemócrata consiste precisamente en combatir el optimismo sindical y parlamentario, falto de sentido crítico, se forma un frente contra la teoría socialdemócrata: los hombres buscan a tientas una “*nueva teoría sindical*”, es decir, una teoría que le abra un horizonte ilimitado de avance económico para la lucha sindical en el marco capitalista, en oposición a la doctrina socialdemócrata. Esa teoría existe desde hace tiempo: es la teoría del profesor Sombart, promulgada con el objetivo manifiesto de introducir una cuña entre los sindicatos y la socialdemocracia alemana y de atraer a éstos a la posición burguesa.

En ligazón estrecha con esas corrientes teóricas se ha producido una revolución en las relaciones entre los dirigentes y las bases. En lugar de ser dirigidos por sus colegas a través de los comités locales, con todas sus faltas ya conocidas, surge la dirección formal de los funcionarios sindicales. De esa manera, la iniciativa y el poder de decisión quedan en manos de los especialistas sindicales, por darles un nombre, mientras que sobre la base recae la virtud más pasiva de la disciplina. Este aspecto desfavorable de la dirección entraña grandes peligros, por cierto, para el partido. También entraña peligros muy grandes la reciente innovación de crear secretariados partidarios a escala local, puesto que si la base socialdemócrata no los vigila de cerca pueden convertirse en meros órganos encargados de cumplir las resoluciones en lugar de ser los depositarios de toda la iniciativa y dirección de la vida partidaria local. Pero, por la propia naturaleza del caso, en virtud del carácter de la lucha política, el burocratismo se mueve dentro de márgenes estrechos, tanto en la vida partidaria como sindical.

Pero en este caso la especialización técnica de las luchas salariales, como la firma de complicados acuerdos tarifarios y otras cosas por el estilo, significa con frecuencia que la masa

Los marxistas y los sindicatos

obrero organizada se ve privada de su “visión de la vida industrial en su conjunto”, quedando así incapacitada para tomar decisiones. La consecuencia de esta concepción es que se hace un tabú de la crítica teórica de las perspectivas y posibilidades del accionar sindical, en virtud de que semejante crítica significa un peligro para el piadoso sentimiento sindical de las masas. De allí se ha desarrollado la teoría de que a las masas trabajadoras sólo se las puede ganar para la organización si se les inculca una fe ciega e infantil en la eficacia de la lucha sindical. A diferencia de la socialdemocracia, que basa su influencia sobre la unidad de las masas en medio de las contradicciones del orden imperante, en el carácter complejo de su desarrollo y en la actitud crítica hacia todos los hechos y etapas de su propia lucha de clases, la influencia y el poder de los sindicatos se basa en la teoría invertida de la incapacidad de las masas para la crítica y la decisión. “Hay que mantener la fe del pueblo”: tal es el principio fundamental, que lleva a muchos dirigentes sindicales a calificar de atentado contra la vida del movimiento toda crítica a la insuficiencia objetiva del sindicalismo.

Por último, el resultado de esta especialización y burocratización de los dirigentes sindicales es la gran independencia y “neutralidad” de los sindicatos respecto de la socialdemocracia. La extrema independencia de la organización sindical es fruto natural de su crecimiento, como relación surgida de la división técnica del trabajo entre las formas de lucha política y sindical. La “neutralidad” de los sindicatos alemanes es, por su parte, producto de la legislación sindical reaccionaria del estado policial prusiano-germano. Con el tiempo, han cambiado ambos aspectos de su naturaleza. En base a la “neutralidad” política de los sindicatos, impuesta por la policía, ha surgido la teoría de su neutralidad voluntaria como necesidad basada en la supuesta naturaleza de la lucha sindical misma. Y de la independencia técnica de los sindicatos, que debería basarse en la división del trabajo en la lucha de clase unificada de la socialdemocracia, ha surgido la separación de los sindicatos de la política y dirección socialdemócratas, hasta transformarse en la supuesta “igual” autoridad de los sindicatos y la socialdemocracia.

Sin embargo, esta aparente separación e igualdad de los sindicatos y la socialdemocracia se corporiza principalmente en los dirigentes sindicales, y se fortalece a través del aparato de administración sindical. Debido a la existencia de todo un cuerpo de funcionarios sindicales, de un comité central totalmente independiente, de una gran prensa profesional y, por último, de un congreso sindical, se crea la ilusión de un paralelismo exacto con el aparato de administración, el comité ejecutivo, la prensa y el congreso partidarios. Esta ilusión de igualdad de los sindicatos con la socialdemocracia ha llevado, entre otras cosas, a la monstruosidad de que se discutan órdenes del día bastante parecidos en los respectivos congresos y que, en torno a las mismas cuestiones, se suelen aprobar resoluciones distintas, a veces diametralmente opuestas. A partir de la división natural del trabajo entre el congreso partidario, que representa los intereses y tareas generales del movimiento obrero, y el congreso sindical, que se ocupa del campo mucho más estrecho de los problemas e intereses sociales, se ha creado la división artificial entre un supuesto punto de vista sindical y otro socialdemócrata en torno a los *mismos* problemas e intereses generales del movimiento obrero.

Así surgió la situación tan peculiar de que este mismo movimiento sindical que, por abajo, para la gran masa proletaria, constituye un todo único con la socialdemocracia, se rompe abiertamente por arriba, en la superestructura administrativa, y se establece como una gran potencia independiente. Con ello el movimiento obrero alemán asume la forma peculiar de una doble pirámide, cuya base y cuerpo consisten en una sola masa sólida, pero cuyos ápices se encuentran bien separados.

Presentado el caso de esta manera, resulta claro cuál es la única manera natural y solvente de lograr la unidad compacta del movimiento obrero alemán, unidad que, en vista de las luchas políticas que se avecinan y teniendo en cuenta los intereses de los sindicatos y su futuro crecimiento, se vuelve indispensable. Nada hay más impotente y perverso que el deseo de lograr la unidad entre la dirección socialdemócrata y los comités centrales sindicales a través de negociaciones esporádicas periódicas en torno a problemas aislados que afectan al movimiento obrero. Son precisamente los círculos más encumbrados de ambas formas de organización del

Los marxistas y los sindicatos

movimiento obrero quienes, como hemos visto, al corporizar su separación y autosuficiencia, promueven la ilusión de la “misma autoridad” y de la existencia paralela de la socialdemocracia y el sindicalismo.

Desear la unidad de éstos mediante la unión del ejecutivo partidario y la comisión general sindical es querer construir un puente allí donde la distancia es mayor y el cruce más dificultoso. La garantía de la verdadera unidad del movimiento obrero no se encuentra en la cumbre, entre los dirigentes de las organizaciones y su alianza federativa, sino en la base, entre las masas proletarias organizadas. Para la conciencia de un millón de sindicalistas, el partido y los sindicatos son *una unidad*, representan de distintas maneras la lucha *socialdemócrata* por la emancipación del proletariado. Y de allí surge automáticamente la necesidad de quitar de en medio todas las causas de la fricción que ha surgido entre la socialdemocracia y algunos sindicatos, de adaptar sus relaciones mutuas a la conciencia de las masas proletarias, es decir, de *reunificar los sindicatos con la socialdemocracia*. Así se expresará la síntesis del proceso real que llevó a los sindicatos a separarse de la socialdemocracia, y se abrirá el camino para el próximo periodo de grandes luchas de masas del proletariado. En dicho periodo se producirá el vigoroso crecimiento de los sindicatos y la social-democracia cuya unidad, en bien de sus intereses mutuos, se volverá una necesidad.

No se trata, por supuesto, de fundir la organización sindical con la partidaria, sino de restaurar la unidad de la socialdemocracia con los sindicatos, lo que corresponde a las verdaderas relaciones entre el movimiento obrero en su conjunto y su expresión sindical parcial. Semejante revolución suscitará indudablemente una poderosa reacción de parte de algunos dirigentes sindicales. Pero ya es hora de que las masas trabajadoras socialdemócratas aprendan a expresar su capacidad de acción y decisión y, con ello, a demostrar su madurez para esa etapa de grandes luchas y tareas en que ellas serán el coro, y los organismos dirigentes meras “voces cantantes”, es decir, simples intérpretes de la voluntad de las masas.

El movimiento sindical no es aquel que se refleja en la ilusión, comprensible pero irracional, de una minoría de dirigentes sindicales, sino aquel que vive en la conciencia de miles de proletarios que han sido ya ganados para la lucha de clases. Para esta conciencia el movimiento sindical es parte de la socialdemocracia. “Y aquello que es, debe tener la osadía de aparentarlo”.

(Rosa Luxemburg, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, últimos párrafos, 1906; Rosa Luxemburg, *Escritos políticos*, Grijalbo, Barcelona, 1977, páginas 226 a 234)

Lenin, Huelgas económicas y huelgas políticas

A partir de 1905, la estadística oficial de huelgas, que lleva el ministerio de Comercio e Industria, ha sido subdividida siempre en huelgas económicas y políticas. Esta división fue impuesta por la vida misma, que dio origen a formas distintivas del movimiento huelguístico. El rasgo principal de estas formas es la combinación de la huelga económica y la política. Y ahora que el movimiento huelguístico se ha reactivado, los intereses de un análisis científico, de una actitud inteligente hacia los acontecimientos, exigen que los obreros examinen con atención este rasgo específico del movimiento huelguístico ruso.

Antes que nada expondremos algunas cifras generales, tomadas de las estadísticas oficiales sobre las huelgas. Durante tres años, de 1905 a 1907, el movimiento huelguístico ruso alcanzó una altura *sin precedentes en el mundo*. La estadística oficial se refiere únicamente a las fábricas, de manera que quedan fuera de ella las empresas mineras, los ferrocarriles, la construcción y otros muchos sectores del trabajo asalariado. Pero aun tomando sólo las fábricas, en 1905 hubo 2.863.000 huelguistas, es decir, cerca de tres millones; en 1906 fueron 1.108.000 y 740.000 en 1907. En los quince años que van de 1894 a 1908 durante los cuales en Europa se empezó a sistematizar la estadística de huelgas, el mayor número de huelguistas en un año correspondió a Norteamérica, con 660.000.

Por consiguiente, los obreros rusos fueron *los primeros en el mundo* que desplegaron una lucha huelguística de masas como la que vimos en 1905-1907. Ahora los obreros ingleses han infundido al movimiento huelguístico un nuevo y vigoroso impulso en lo que respecta a las huelgas económicas. El papel avanzado de los obreros rusos no se debe a que fuesen más fuertes, organizados y desarrollados que los de Europa occidental, sino a que en Europa no se habían producido aún grandes crisis nacionales con la participación de las masas proletaria como fuerza independiente. Cuando estas crisis se produzcan, las huelgas de masas serán en Europa todavía más poderosas de lo que fueron en Rusia, en 1905.

¿Qué relación hubo en ese período entre las huelgas económicas y las políticas? Las estadísticas del gobierno nos dan la siguiente respuesta:

Número de huelguistas, en miles			
	1905	1906	1907
En huelgas económicas	1.439	458	200
En huelgas políticas	1.424	650	540
TOTAL	2.863	1.108	740

Se aprecia aquí la íntima e indisoluble relación que hay entre los dos tipos de huelgas. Cuando el movimiento alcanzó su punto culminante (1905) la base *económica* de la lucha fue la más amplia; la huelga política se asentó ese año en la sólida y firme base de huelgas económicas. El número de huelguistas económicos fue *mayor* que el de huelguistas políticos.

A medida que el movimiento decae en 1906 y 1907, observamos la *reducción* de la base económica: el número de huelguistas económicos desciende a 0,4 del total en 1906 y a 0,3 en 1907. Por lo tanto, la huelga económica y la política se apoyan mutuamente, y son fuentes de fuerza la una para la otra. Sin una estrecha relación entre estos tipos de huelga es imposible un movimiento verdaderamente amplio, de masas, de significación *nacional*. Al comienzo del movimiento, la huelga económica suele tener la propiedad de despertar, de poner en marcha, a los rezagados, de generalizar el movimiento y elevarlo a un plano superior.

Por ejemplo, en el primer trimestre de 1905, las huelgas económicas predominaron sensiblemente sobre las políticas: 604.000 huelguistas en las primeras contra sólo 206 en las segundas. Pero en el último trimestre del mismo año la proporción es inversa: a las huelgas

Los marxistas y los sindicatos

económicas corresponden 430.000, y a las políticas 847.000. Esto significa que al comienzo del movimiento muchos obreros ponían en primer plano la lucha económica, y que en los momentos de máximo ascenso ocurría lo contrario. Ahora bien, la *relación* entre las huelgas económicas y las políticas existió *todo el tiempo*. Sin ella, repetimos, es imposible un movimiento verdaderamente grande y que alcance los grandes objetivos que se propone.

En la huelga política, la clase obrera interviene como vanguardia de todo el pueblo. El proletariado, en esos momentos, no actúa simplemente como una clase más de la sociedad burguesa, sino que tiene el papel dirigente, es decir, el de guía, vanguardia y jefe. Las ideas políticas que se manifiestan en el movimiento tienen un carácter popular, o sea, conciernen a las condiciones fundamentales y más profundas de la vida política de todo el país. Este carácter de la huelga política (y así lo señalan todas las investigaciones científicas relativas al período de 1905-1907) incorporó al movimiento a todas las clases, y en particular, se comprende, a las capas más amplias, numerosas y democráticas de la población, el campesinado, etc.

Por otra parte, sin reivindicaciones económicas, sin un mejoramiento directo e inmediato de su situación, las masas trabajadoras no aceptarían nunca concebir un “progreso” general del país. Las masas se incorporan al movimiento, participan en él con energía, lo valoran en alto grado y dan muestras de heroísmo, abnegación, perseverancia y fidelidad a la gran causa, siempre que ésta lleve a un mejoramiento en la situación económica de los trabajadores. No puede ser de otra manera, pues las condiciones de vida de los obreros en situaciones “normales” son increíblemente duras. Al mismo tiempo que trata de mejorar sus condiciones de vida, la clase obrera progresa en el sentido moral, intelectual y político, se hace más capaz de llevar a cabo su gran misión emancipadora.

La estadística de huelgas publicada por el ministerio de Comercio e Industria confirma en un todo esta enorme importancia de la lucha económica de los obreros en la época de reactivación general. Cuanto más vigorosa es la ofensiva de los obreros, más consiguen mejorar su nivel de vida. Y la “simpatía de la sociedad” y el mejoramiento de las condiciones de vida son producto del elevado desarrollo de la lucha. Los liberales (y los liquidadores) dicen a los obreros: ustedes son fuertes cuando encuentran simpatías en la “sociedad”; el marxista les habla de otra manera: encuentran simpatías en la “sociedad” cuando son fuertes. Por sociedad hay que entender en este caso todos los distintos sectores democráticos de la población, la pequeña burguesía, los campesinos, los intelectuales que tienen contacto directo con la vida del pueblo, los empleados, etc.

El movimiento huelguístico fue más fuerte en 1905. ¿Y qué sucedió? Vemos que en ese año los obreros consiguen las mejoras más importantes de su situación. La estadística del gobierno indica que por cada 100 huelguistas, en 905 *sólo* 29 terminaron la lucha sin conseguir *nada*, es decir, con una derrota completa. ¡Durante los 10 años anteriores (1895-1904) fueron 52 huelguistas de cada 100 los que tuvieron que volver al trabajo sin conseguir nada! Quiere decir que el carácter de masas de la lucha contribuye enormemente a su *éxito*, casi lo duplica.

Y cuando el movimiento comenzó a declinar, empezó también a disminuir el éxito de la lucha. En 1906, por cada 100 huelguistas hubo 33 que nada consiguieron, o mejor dicho, que fueron derrotados; en 1907 ese número ascendió a 58, ¡¡y en 1908 llegaron a 69 de cada cien!!

Por lo tanto, los datos científicos de la estadística de varios años confirman la experiencia personal y las observaciones de cada obrero con conciencia de clase, acerca de la necesidad de combinar la huelga económica y la política, y de que esta combinación es inevitable en un movimiento verdaderamente amplio de todo el pueblo.

La actual oleada de huelgas confirma asimismo esta conclusión. En 1911 se duplicó el número de huelguistas respecto de 1910 (100.000 contra 50.000) pero aún era sumamente reducido; las huelgas puramente económicas seguían siendo una causa más o menos “estrecha”, que no poseía todavía una significación verdaderamente nacional. Hoy es claro para todos que el movimiento huelguístico posterior a los conocidos acontecimientos de abril último tuvo precisamente ese significado.

Tiene entonces capital importancia rechazar desde el principio la *deformación* que tratan de imponer al carácter del movimiento los liberales y los políticos obreros liberales (los

liquidadores). El liberal señor Severianin publica en *Russkie Viédomosti* un artículo contra el “agregado” de demandas económicas o “de cualquier otra [¡hasta eso!] demanda” a la huelga del Primero de Mayo; los principales párrafos de este artículo son reproducidos con simpatía por el *Riech* kadete.

“Relacionar tales huelgas [escribe el señor liberal] con un momento como el Primero de Mayo, resulta irrazonable las más de las veces... Por cierto, sería más bien extraño hacerlo: festejamos la celebración del día internacional obrero, y con este motivo pedimos un aumento del 10 por ciento para los tejedores de percalina de tal o cual calidad. (*Riech*, número 132)

Lo que al liberal le resulta “extraño”, al obrero le parece perfectamente claro. Sólo los defensores de la burguesía y de sus descomunales ganancias pueden burlarse de que se pida un “aumento”. Pero los obreros saben que precisamente el amplio carácter de la reivindicación del aumento, el carácter general de las huelgas, es lo que más contribuye a incorporar a ellas a una multitud de nuevos participantes, lo que más garantiza la fuerza de la ofensiva y la simpatía de la sociedad, lo que más asegura el éxito de los propios obreros y la importancia nacional de su movimiento. Por esta razón hay que combatir con decisión la deformación liberal que propugnan el señor Severianin, *Russkie Viédomosti* y *Riech*, y alertar a los obreros, en todas las formas posibles, contra tan lamentables consejeros.

El liquidador señor V. Ezhov, que escribe en el primer número del periódico liquidador *Nievski Galos*, ofrece una deformación similar netamente liberal, aunque enfoca el problema desde un ángulo algo distinto. El señor V. Ezhov se detiene en especial en las huelgas motivadas por las multas del Primero de Mayo. El autor señala con razón la insuficiente organización de los obreros, aunque la conclusión que extrae no puede ser más errónea y perjudicial. El señor Ezhov ve una falta de organización en el hecho de que en una fábrica se declaren en huelga como mera señal de protesta, en otra agreguen reivindicaciones económicas, etc. Mas lo cierto es que esta *variedad* de formas de huelga no denota en sí misma la menor falta de organización: ¡sería ridículo imaginarse la organización con el obligatorio atributo de la uniformidad! La falta de organización no está, ni mucho menos, donde el señor Ezhov la busca.

Pero mucho peor todavía es su *conclusión*:

“Debido a esto [es decir, debido a la diversidad de huelgas y a las distintas formas en que se combina la economía y la política], el principio involucrado en la protesta (no se declaraban en huelga por un aumento de unos kopeks), quedó oscurecido, en muchos casos, al ser complicado con demandas económicas...”

¡El razonamiento es en verdad indignante, falso y liberal de arriba abajo! Pensar que la demanda de “unos kopeks” *es capaz* de “oscurecer” el principio involucrado en la protesta significa rebajarse al nivel de los kadetes. Todo lo contrario, señor Ezhov, ¡la demanda de “unos kopeks” no merece burlas, sino su pleno reconocimiento! Todo lo contrario, señor Ezhov, ¡esta demanda no “oscurece” sino que *acentúa* el “principio involucrado en la protesta”! En primer lugar, el problema de un mejor nivel de vida es *también* un asunto de principio y de primer orden; y en segundo lugar, yo no debilito mi protesta, sino que la refuerzo cuando no se refiere a una, sino a dos, a tres, etc., manifestaciones de opresión.

Todos los obreros rechazarán indignados la irritante deformación liberal del problema por el señor Ezhov.

Y no se trata de un lapsus. A renglón seguido escribe cosas aun más indignantes:

“Su propia experiencia habría debido sugerir a los obreros que no es conveniente complicar su protesta con demandas económicas, de la misma manera que no es aconsejable complicar una huelga ordinaria con demandas que impliquen un principio.”

¡Esto es falso una y mil veces! Es vergonzoso que *Nievski Galos* publique tales cosas. Lo que al señor Ezhov no le parece conveniente lo es, y en alto grado. La *experiencia propia* de cada obrero y la experiencia de un gran número de obreros rusos en un pasado reciente dicen *lo contrario* de lo que el señor Ezhov predica.

Sólo los liberales pueden protestar contra la “complicación” de cualquier huelga “ordinaria” con “demandas que involucren principios”. Esto en primer lugar, y en segundo

lugar, nuestro liquidador se equivoca de medio a medio cuando mide el movimiento actual con el rasero de las huelgas “ordinarias”.

¡En vano trata el señor Ezhov de encubrir su contrabando liberal con una bandera ajena; en vano confunde el problema de la *combinación* de las huelgas económicas y políticas con el de la *preparación* de unas y otras! Ciertamente que es muy deseable realizar preparativos y estar preparados, y hacerlo de la manera más seria, concertada, meditada y firme. Esto nadie lo pone en duda. Pero lo que hay que preparar, al contrario de lo que dice el señor Ezhov, es la *combinación* de ambos tipos de huelga.

“Ante nosotros tenemos un período de huelgas económicas [escribe], sería un error irreparable permitir que se entrelazaran con las acciones políticas de los obreros. Esta combinación tendría consecuencias perjudiciales, tanto para la lucha económica de los obreros como para la lucha política.”

¡No parece que se pueda ir más allá! El derrumbe del liquidador hasta el nivel del liberal adocenado no puede ser más claro. ¡Cada frase contiene un error! ¡Para obtener la verdad hay que rehacerlas y convertirlas en *todo* lo contrario!

No es cierto que tengamos ante nosotros un período de huelgas económicas. Muy por el contrario. Ante nosotros tenemos algo más que una fase de huelgas económicas. Hay una fase de huelgas políticas. Los hechos, señor Ezhov, son más fuertes que sus deformaciones liberales, y si usted pudiera recibir las fichas estadísticas de las huelgas que reúne el ministerio de Comercio e Industria, *inclusive* esos datos oficiales refutarían por completo sus afirmaciones.

No es cierto que el “entrelazamiento” sea un error. Muy al contrario. Sería un error irreparable que los obreros no comprendiesen la gran singularidad, el gran significado, la gran necesidad y la gran importancia fundamental de ese “entrelazamiento”. Pero los obreros, por fortuna, lo comprenden muy bien y desechan con desprecio las prédicas de los políticos obreros liberales.

No es cierto, por último, que esto “tendría consecuencias perjudiciales” para ambas formas. Todo lo contrario. Repercute *favorablemente* sobre una y otra. Fortalece a las dos.

El señor Ezhov instruye a ciertos “exaltados” a quienes parece haber descubierto. Escuchen esto:

“Es necesario dar forma orgánica a los sentimientos de las masas obreras [... ¡Santa verdad!...] Es preciso aumentar la propaganda en favor de los sindicatos, reclutar nuevos miembros para ellos...”

Todo está muy bien, pero... pero señor Ezhov, es inadmisibile *reducir* la “forma orgánica” sólo a los sindicatos. ¡Recuérdelo, señor liquidador!

“... Esto es tanto más necesario cuanto que entre los obreros hay ahora no pocos exaltados que, entusiasmados por el movimiento de masas, hablan en los mítines *contra los sindicatos*, como si éstos fuesen inútiles e innecesarios.”

Esta es una calumnia liberal contra los obreros. Los obreros, que causaron y causarán siempre disgustos a los liquidadores, no arremeten “contra los sindicatos”. No, los obreros arremeten contra el intento de *reducir* la forma orgánica exclusivamente a los “sindicatos”, como con tanta claridad se desprende de la frase anterior del señor Ezhov.

Los obreros no se manifiestan “contra los sindicatos”, sino contra la deformación liberal de la naturaleza de su lucha, deformación que impregna todo el artículo del señor Ezhov.

Los obreros rusos son lo bastante maduros políticamente como para comprender la gran importancia que su movimiento tiene para todo el pueblo. Son suficientemente maduros para entender qué falsa y miserable es la política obrera liberal, y siempre la desearán con desprecio.

(Lenin, *Niévskaja Zvezdá*, números 10 y 31 de mayo de 1912; Lenin, *Obras Completas*, Tomo XVIII, Akal Editor, Madrid, 1977, páginas 130 a 138)

Lenin, del Informe al Segundo Congreso de los sindicatos de Rusia

La revolución que hemos iniciado, que hemos estado realizando durante dos años y que estamos firmemente resueltos a llevar hasta el fin (*aplausos*), es posible y factible sólo a condición de que logremos traspasar el poder a la nueva clase, a condición de que la burguesía, los capitalistas propietarios de esclavos, los intelectuales burgueses, los representantes de los ricos, de todos los propietarios, sean remplazados por la nueva clase en todas las esferas de gobierno, en todos los asuntos de estado, en la tarea íntegra de dirigir la nueva vida, de arriba abajo. (*Aplausos*)

Esta es la tarea que hoy debemos enfrentar. La revolución socialista sólo será perdurable cuando esa nueva clase aprenda a gobernar, no en los libros, no en actos públicos o discursos, sino en el trabajo práctico. Sólo cuando incorpore a esa tarea a las amplias masas de trabajadores, cuando elabore nuevas formas que permitirán a todos los trabajadores adaptarse con facilidad a la labor de gobernar el estado y crear el nuevo orden del Estado. Sólo a condición de ello se consolidará la revolución. Dada esta condición, se convertirá en una fuerza que barrerá al capitalismo y a todas sus supervivencias como si fueran paja o polvo.

Desde el punto de vista de clase, hablando en términos generales, esta tarea que tenemos ante nosotros es condición para la victoria de la revolución socialista. Es una tarea que está estrecha y directamente vinculada a las tareas de aquellas organizaciones que, incluso bajo la sociedad capitalista, se esforzaron por desarrollar la más amplia lucha de masas para destruir esa sociedad. Y de las organizaciones que entonces existían, los sindicatos eran las más amplias. Y ahora, aunque desde el punto de vista formal siguen siendo organizaciones independientes, pueden y deben, tal como se indica en uno de los pasajes de la resolución que tienen ustedes a consideración, participar en forma activa en las tareas del gobierno soviético, trabajando directamente en todos los organismos gubernamentales, organizando un amplio control de sus actividades, etc., y estableciendo nuevos organismos para el registro, control y regulación de toda la producción y la distribución, apoyándose en la iniciativa organizada de las amplias masas de los propios trabajadores interesados.

Los sindicatos jamás abarcaron a más de un quinto de los obreros en la sociedad capitalista, incluso en las condiciones más favorables, incluso en los países más adelantados, después de décadas y a veces incluso siglos de desarrollo de la civilización y la cultura democraticoburguesas. Sólo pertenecía a ellos un pequeño sector escogido, y de ellos, sólo unos pocos eran atraídos y sobornados por los capitalistas, para que ocuparan un lugar en la sociedad capitalista como dirigentes obreros. Los socialistas norteamericanos llamaban a esos hombres “lugartenientes obreros de la clase capitalista”. En ese país, donde existe la civilización burguesa más libre, en esa república, la más democrática de las repúblicas burguesas, ellos vieron con más claridad qué papel desempeñaban esos reducidos grupos superiores del proletariado que virtualmente estaban al servicio de la burguesía como delegados suyos, que se dejaban sobornar y comprar por ella y que acabaron por constituir esos grupos de socialpatriotas y defensasistas, de los cuales Ebert y Scheidemann serán siempre los perfectos héroes.

Entre nosotros, camaradas, las cosas son ahora diferentes. Los sindicatos están en condiciones de iniciar el desarrollo económico del estado según planes nuevos, aprovechando todo lo que fue creado por la cultura capitalista y la producción capitalista. Pueden construir el socialismo sobre esa base material, sobre esa gran producción cuyo peso antes nos aplastaba, que fue creada contra nosotros, forjada para la opresión eterna de las masas obreras, pero que las unió y fusionó, creando así la vanguardia de la nueva sociedad. Y después de la Revolución de Octubre, después que el proletariado tomó el poder, esta vanguardia comenzó a realizar su verdadera tarea: educar a las masas trabajadoras y explotadas, incorporarlas a la labor de gobernar el estado y dirigir la producción sin funcionarios, sin burguesía y sin capitalistas. Es por ello que en la resolución que sometemos a consideración de ustedes, se rechazan todos los

Los marxistas y los sindicatos

planes burgueses y todo ese palabrerío traicionero. Es por ello que se afirma que es imprescindible gubernamentalizar los sindicatos. Significa, además, un paso adelante. El problema de gubernamentalizar los sindicatos ya no sólo en su aspecto teórico. Gracias a Dios ya hemos superado la etapa en que esos problemas sólo se planteaban como tema de discusiones teóricas. A veces incluso nos olvidamos de aquellos días en que solíamos plantearnos esas discusiones libres sobre temas exclusivamente teóricos. Esos tiempos pasaron hace mucho y hoy planteamos estos problemas sobre la base de un año de experiencia de los sindicatos, los cuales, en su papel de organizadores de la producción, han creado organizaciones tales como el Consejo Superior de Economía Nacional. En esta labor increíblemente difícil, los sindicatos han cometido numerosos errores, y aun los cometen constantemente, pero no se desaniman por las burlas insidiosas de la burguesía, que dice que los proletarios decidieron hacer ellos mismos las cosas y no hacen más que cometer errores.

[...]

Ninguna muralla china separó jamás a los obreros de la vieja sociedad y han conservado en buena medida la mentalidad tradicional de la sociedad capitalista. Los obreros están construyendo una nueva sociedad, sin haberse transformado en hombres nuevos, sin haberse quitado la suciedad del viejo mundo; todavía están hundidos hasta las rodillas en esa suciedad. Sólo podemos soñar en quitar esa suciedad. Sería completamente utópico pensar que ello puede lograrse en seguida; sería tan utópico que en la práctica no haría más que postergar el socialismo.

No, no es así como pensamos construir el socialismo. Construimos mientras aun pisamos el suelo de la sociedad capitalista, luchando contra todas esas debilidades e insuficiencias que también tienen los trabajadores, y que arrastran hacia abajo al proletariado. Hay muchos antiguos hábitos y costumbres separatistas del pequeño propietario en esta lucha, y todavía palpamos los efectos del antiguo adagio: “Cada uno para sí y Dios para todos”. Mucho de esto había en cada sindicato, en cada fábrica, que a menudo sólo se preocupaban de sí mismos y dejaban el resto al cuidado de Dios. Hemos pasado por todo eso, y ahora pagamos las costas. Fue origen de tantos errores, de tantos terribles errores, que ahora, con la fuerza de esa experiencia, alertamos a nuestros camaradas del modo más categórico contra toda acción arbitraria en este terreno. Insistimos. En lugar de construir el socialismo, significaría que todos habríamos sucumbido a las debilidades del capitalismo.

Ya hemos aprendido a valorar las dificultades de la tarea que debemos emprender. Estamos en el mismo corazón, de la construcción del socialismo, y en beneficio de esta obra fundamental, nos pronunciamos contra toda acción arbitraria. Hay que alertar a los obreros con conciencia de clase contra acciones arbitrarias de este tipo. Es necesario decirles que no podemos fusionar en seguida, de golpe, los sindicatos con los organismos estatales. Sería un error. No es así como hay que abordar la tarea.

Sabemos ya que el proletariado ha promovido a varios miles, quizá a varios cientos de miles de obreros al gobierno del estado. Sabemos que la nueva clase, el proletariado, tiene ahora representantes en todas las ramas de la dirección estatal, en cada sección de empresas ya socializadas o por socializar, y en cada rama de la economía. El proletariado también lo sabe; ha emprendido la tarea en forma práctica. Ahora comprende que tenemos que continuar por ese mismo camino, que tenemos que recorrer todavía un trecho bastante largo antes de poder decir que los sindicatos de los trabajadores se han fusionado de manera definitiva con el aparato estatal. Ello sucederá cuando los obreros se hagan cargo totalmente de todos los órganos de coerción de una clase sobre otra. Y así será, estamos seguros de ello.

Queremos ahora concentrar toda la atención de ustedes en la próxima tarea práctica. Debemos seguir ampliando la participación de los trabajadores en la dirección económica y en la estructuración de una nueva industria. Si no hacemos frente a este problema, si no convertimos a los sindicatos en organismos que eduquen a diez veces más personas que hoy para participar directamente en la dirección del estado, no podremos llevar hasta el fin la tarea de construir el comunismo. Esto es muy claro. Está planteado en nuestra resolución, y es un asunto sobre el cual quiero llamar la atención de ustedes en particular.

Los marxistas y los sindicatos

En esta revolución, la más grande de la historia, al tomar el proletariado el poder en sus propias manos, todas las funciones de los sindicatos sufren un cambio profundo. Los sindicatos se convierten en los principales constructores de la nueva sociedad, porque sólo el pueblo, que asciende a millones, puede construir esta nueva sociedad. En la época de la servidumbre, esos constructores ascendían a centenares; en la época del capitalismo, los constructores del estado ascendían a miles y decenas de miles. La revolución socialista sólo podrá realizarse con la participación práctica, activa y directa de decenas de millones de trabajadores en la dirección del estado. Ese es nuestro objetivo, pero todavía no lo hemos alcanzado.

Los sindicatos deben saber que existe una tarea superior y mucho más importante que esas tareas que en parte aún tienen vigencia y en parte ya han caducado, y que de cualquier modo, incluso si aun tienen vigencia, para nosotros son de menor importancia; registros, fijación de normas de trabajo, fusión de organizaciones. Esta tarea consiste en enseñar a las masas el arte de gobernar, no con libros, no con conferencias o actos públicos, sino con la experiencia, de modo que en lugar de ser sólo la vanguardia del proletariado la dedicada a dirigir y organizar, más y más gente nueva se incorpore a las reparticiones de gobierno, y, que esta nueva promoción sea reforzada con otras diez más similares. Esta puede parecer una tarea muy grande y difícil. Pero si nos detenemos a pensar con qué rapidez la experiencia de la revolución nos permitió hacer frente a enormes tareas que se nos fueron presentando desde la Revolución de Octubre, y qué ansias de saber manifiestan los trabajadores que no tenían acceso al saber ni necesidad de él, dicha tarea no nos parecerá ya tan abrumadora.

Veremos que podemos hacer frente a esta tarea y enseñar a un gran número de trabajadores cómo gobernar el estado y dirigir la industria. Descubriremos que podemos desarrollar la labor práctica y destruir ese nocivo prejuicio que durante décadas y siglos fue inculcado a los obreros, a saber, que gobernar el estado es atribución de una minoría privilegiada, que es un arte especial. Eso es falso. Es inevitable que cometamos errores; pero ahora cada error servirá de enseñanza no para puñados de estudiantes que siguen algún curso teórico de administración del estado, sino para millones de trabajadores que experimentarán en carne propia cada uno de los errores, que comprobarán personalmente que enfrentan la urgente tarea de registrar y distribuir los productos, de aumentar la productividad del trabajo, que comprobarán que el poder está en sus manos y que nadie los ayudará si no se ayudan a sí mismos. Esa es la nueva mentalidad que despierta en la clase obrera; esta es la nueva tarea, de enorme importancia histórica, que se plantea al proletariado, y que debe, más que ninguna otra, penetrar en la mente de los miembros de los sindicatos y de los dirigentes del movimiento sindical. No son sindicatos solamente. Hoy son sindicatos sólo en cuanto están agrupados dentro del único marco posible en el viejo régimen capitalista y en cuanto agrupan a un gran número de trabajadores. Pero su tarea es hacer avanzar a esos millones y decenas de millones de trabajadores de formas simples de actividad a formas superiores, hacer surgir incansablemente nuevas fuerzas de la reserva de trabajadores y promoverlas incansablemente a las tareas más difíciles; educar de esta manera a una masa cada vez más grande en la tarea de dirigir el estado; identificarse con la lucha del proletariado que instauró la dictadura y la mantiene ante el mundo entero, ganándose día a día en todos los países la simpatía de más obreros industriales y socialistas que hasta ayer toleraban las órdenes de los socialtraidores y los socialdefensistas, pero que hoy aceptan cada vez más la bandera del comunismo y de la Internacional Comunista.

Sostengan esa bandera y al mismo tiempo amplíen constantemente las filas de los constructores del socialismo. Recuerden que la tarea de los sindicatos es construir una nueva vida y educar a millones y decenas de millones de obreros, que aprenderán con su propia experiencia a no cometer errores y que abandonarán los viejos prejuicios, que aprenderán con su propia experiencia a gobernar el estado y dirigir la producción. Esta es la única garantía segura de que la causa del socialismo triunfará en forma definitiva, cerrando toda posibilidad de volver al pasado.

(Lenin, *Intervención en el II Congreso de sindicatos*, publicado como comunicado de prensa el 21 enero de 1919 en *Ekonomícheskaia Zhitzn*, número 14; Lenin, *Obras completas*, Tomo XXX, Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 281 a 283 y 285 a 289)

Lenin, partido y sindicatos

Si el partido rompe con los sindicatos, la culpa es del partido y ello significa, en cierta medida, condenar a muerte al poder soviético. No tenemos más sostén que los millones de proletarios que pueden no tener conciencia de clase, ser a menudo ignorantes, atrasados y analfabetos, pero que, por ser proletarios, siguen a su partido. Durante veinte años miraron a este partido como propio. Luego sigue una clase que no es nuestra, que puede estar con nosotros si somos inteligentes y si seguimos una política correcta dentro de nuestra propia clase. Hemos alcanzado ahora el momento culminante de nuestra revolución: hemos despertado a las masas proletarias, hemos despertado a las masas de los pobres del campo para que nos presten su apoyo consciente. Ninguna revolución jamás logró esto. No hay ninguna clase que pueda derrocarnos: la mayoría de los proletarios y de los pobres del campo están con nosotros. Nadie puede hundirnos excepto nuestros propios errores. La esencia del problema está en este “sí”. Si nosotros damos lugar a una división, de la que seremos culpables, todo se derrumbará porque los sindicatos no sólo son un departamento sino también la fuente de todo nuestro poder. Constituyen la clase que la economía del capitalismo ha convertido en unificador económico, y que, con su actividad, unifica a millones de campesinos dispersos, y es por eso que un proletario es más fuerte que doscientos campesinos.

(Lenin, Informe sobre el papel y las tareas de los sindicatos presentado en una reunión del grupo comunista del II Congreso de toda Rusia de obreros mineros, 23 de enero de 1921; Lenin, *Obras completas*, Tomo XXXIV, Akal Editor, Madrid, 1978, página 336)

Lenin, “democracia de la producción”

En última instancia, todo tipo de democracia, como superestructura política en general (que tiene que existir mientras no se hayan abolido las clases y no se haya instaurado una sociedad sin clases), está al servicio de la producción y en esencia está determinada por las relaciones de producción en una sociedad dada. No tiene sentido, por lo tanto, destacar la “democracia de la producción”, pues eso lleva a confusiones y no dice nada.

(Lenin, *Una vez más acerca de los sindicatos*, 25 de enero de 1921; Lenin, *Obras completas*, Tomo XXXIV, Akal Editor, Madrid, 1978, página 362)

Lenin, de *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*

Naturalmente, toda la labor del partido se realiza, además, a través de los soviets, que unifican a las masas trabajadoras, sin distinción de oficios. Los congresos de distrito de los soviets representan una institución *democrática*, como jamás se ha visto en las mejores repúblicas democráticas del mundo burgués, y por medio de estos congresos (cuya labor sigue el partido con toda la atención posible), así como por la designación constante de los obreros más conscientes para los cargos en las poblaciones rurales, el proletariado desempeña su función directora con respecto a la clase campesina, se realiza la dictadura del proletariado de las ciudades, la lucha sistemática contra los campesinos ricos, burgueses, explotadores y especuladores, etc.

Tal es el mecanismo general del poder estatal proletario examinado “desde arriba”, desde el punto de vista de la realización práctica de la dictadura. Es de esperar que el lector comprenderá por qué el bolchevique ruso, que conoce de cerca este mecanismo y lo ha visto nacer de los pequeños círculos ilegales y clandestinos en el curso de 25 años, no puede por menos de hallar ridículas, pueriles y absurdas todas las discusiones sobre la dictadura “desde arriba” o “desde abajo”, la dictadura de los jefes o la dictadura de las masas, etc., como lo sería una disputa acerca de la utilidad mayor o menor para el hombre de la pierna izquierda o del brazo derecho.

Tampoco pueden no parecernos ridículas, pueriles y absurdas las muy sabias, importantes y terriblemente revolucionarias disquisiciones de los comunistas de izquierda alemanes sobre este tema, a saber: que los comunistas no pueden ni deben militar en los sindicatos reaccionarios, que es lícito renunciar a semejante acción, que hay que salir de los sindicatos y organizar sin falta “uniones obreras” nuevecitas, completamente puras, inventadas por comunistas muy simpáticos (y en la mayoría de los casos, probablemente muy jóvenes), etc., etc.

El capitalismo lega inevitablemente al socialismo, de una parte, las viejas distinciones profesionales y corporativas que se han formado en el transcurso de los siglos entre los obreros, y, de otra, los sindicatos, que no pueden desarrollarse sino muy lentamente en el curso de los años y que se transformarán con el tiempo en sindicatos de industria más amplios, menos corporativos (que engloban a industrias enteras, y no sólo a corporaciones, oficios y profesiones). Después, por mediación de estos sindicatos de industria, se pasará a la supresión de la división del trabajo entre los hombres, a la educación, la instrucción y la formación de hombres *universalmente desarrollados y universalmente preparados, hombres que lo sabrán hacer todo*. En este sentido se orienta, debe orientarse y a esto *llegará* el comunismo aunque dentro de muchos años. Intentar llevar actualmente a la práctica ese resultado futuro de un comunismo llegado al término de su completo desarrollo, solidez y formación, de su íntegra realización y de su madurez, es lo mismo que querer enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años.

Podemos (y debemos) emprender la construcción del socialismo, no con un material humano fantástico, especialmente creado por nosotros, sino con el que nos ha dejado como herencia el capitalismo. Ni que decir tiene que esto es muy “difícil”, pero cualquier otro modo de abordar el problema es tan poco serio, que ni siquiera merece ser mencionado.

Los sindicatos representaban un progreso gigantesco de la clase obrera en los primeros tiempos del desarrollo del capitalismo, por cuanto significaban el paso de la división y de la impotencia de los obreros a los *embriones* de unión de clase. Cuando empezó a desarrollarse la forma *superior* de unión de clase de los proletarios, el *partido revolucionario del proletariado* (que no merecerá este nombre mientras no sepa ligar a los líderes con la clase y las masas en un todo único, indisoluble), los sindicatos empezaron a manifestar fatalmente *ciertos* rasgos

Los marxistas y los sindicatos

reaccionarios, cierta estrechez corporativa, cierta tendencia al apoliticismo, cierto espíritu rutinario, etc. Pero el desarrollo del proletariado no se ha efectuado ni ha podido efectuarse en ningún país de otro modo que por los sindicatos y por su acción concertada con el partido de la clase obrera. La conquista del poder político por el proletariado es un progreso gigantesco de este último considerado como clase; y el partido se encuentra en la obligación de consagrarse mas, y de un modo nuevo y no por los procedimientos antiguos, a la educación de los sindicatos, a dirigirlos, sin olvidar al mismo tiempo que éstos son y serán todavía bastante tiempo una “escuela de comunismo” necesaria, la escuela preparatoria de los proletarios para la realización de su dictadura, la asociación indispensable de los obreros para el paso progresivo de la dirección de toda la economía del país, primero a manos de la clase obrera (y no de profesiones aisladas) y después a manos de todos los trabajadores.

Bajo la dictadura del proletariado, es *inevitable cierto* “espíritu reaccionario” de los sindicatos en el sentido indicado. No comprenderlo significa dar pruebas de una incompreensión total de las condiciones fundamentales de la *transición* del capitalismo al socialismo. Temer este “espíritu reaccionario”, esforzarse por *prescindir* de él, por saltar por encima de él, es una inmensa tontería, pues equivale a temer el papel de vanguardia del proletariado, que consiste en educar, instruir, preparar, traer a una vida nueva a los sectores más atrasados de las masas obreras y campesinas. Por otro lado, aplazar la dictadura del proletariado hasta que no quedase ni un solo obrero de estrecho espíritu sindical, un solo obrero que tuviese prejuicios tradeunionistas y corporativos, sería un error todavía más profundo. El arte del político (y la comprensión acertada de sus deberes en el comunista) consiste precisamente en saber apreciar con exactitud las condiciones y el momento en que la vanguardia del proletariado puede tomar victoriosamente el poder, en que puede, durante la toma del poder y después de ella, obtener un apoyo suficiente de sectores suficientemente amplios de la clase obrera y de las masas laboriosas no proletarias, en que puede, después de la toma del poder, mantener, afianzar, ensanchar su dominio, educando, instruyendo, atrayéndose a masas cada vez más amplias de trabajadores.

Más aun. En los países más adelantados que Rusia, se ha hecho sentir y debía hacerse sentir un cierto espíritu reaccionario de los sindicatos, indudablemente más acentuado que en nuestro país. Aquí los mencheviques hallaban (y en parte hallan todavía en un pequeño número de sindicatos) un apoyo entre los sindicatos, precisamente gracias a esa estrechez corporativa, a ese egoísmo profesional y al oportunismo. Los mencheviques de Occidente se han “fortificado” mucho más sólidamente en los sindicatos, allí ha surgido una capa mucho más fuerte de “*aristocracia obrera*” profesional, mezquina, egoísta, desalmada, ávida, pequeñoburguesa, de espíritu imperialista, comprada y corrompida por el imperialismo. Esto es indiscutible. La lucha contra los Gompers, contra los señores Jouhaux, los Henderson, Merrheim, Legien y Cía. en la Europa occidental, es mucho más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo social y político *completamente homogéneo*. Es preciso sostener esta lucha implacablemente y continuarla como hemos hecho nosotros hasta cubrir de oprobio y arrojar de los sindicatos a todos los jefes incorregibles del oportunismo y del socialchovinismo. Es imposible conquistar el poder político (y no debe intentarse tomar el poder político) mientras esta lucha no haya alcanzado *cierto* grado; este “cierto grado” *no es idéntico* en todos los países y en todas condiciones, y sólo dirigentes políticos reflexivos, experimentados y competentes del proletariado pueden determinarlo con acierto en cada país. (En Rusia nos dieron la medida del éxito en nuestra lucha, entre otras cosas, las elecciones a la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917, unos días después de la revolución proletaria del 25 de octubre de 1917. En dichas elecciones, los mencheviques fueron literalmente aplastados, obteniendo 0,7 millones de votos -1,4 millones, contando los de Transcaucasia- contra nueve millones alcanzados por los bolcheviques. Véase mi artículo “Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado”, en el número 7-8 de *La Internacional Comunista*).

Pero la lucha contra la “aristocracia obrera” la sostenemos en nombre de la masa obrera y para ponerla de nuestra parte; la lucha contra los jefes oportunistas y socialchovinistas la llevamos a cabo para conquistar a la clase obrera. Sería necio olvidar esta verdad elementalísima

y más que evidente. Y tal es precisamente la necedad que cometen los comunistas alemanes “de izquierda”, los cuales deducen del carácter reaccionario y contrarrevolucionario de los *cabecillas* de los sindicatos la conclusión de la necesidad de... ¡¡salir de los sindicatos!! de ¡¡renunciar a trabajar en los mismos!! y de ¡¡crear nuevas formas de organización obrera *inventadas* por ellos!! Es ésta una estupidez tan imperdonable que equivale al mejor servicio prestado a la burguesía por los comunistas. Porque nuestros mencheviques, como todos los líderes sindicales oportunistas, socialchovinistas y kautskianos, no son más que “agentes de la burguesía en el movimiento obrero” (como hemos dicho siempre refiriéndonos a los mencheviques) o en otros términos, los “lugartenientes obreros de la clase de los capitalistas” [labor lieutenants of the capitalist class], según la magnífica expresión, profundamente exacta, de los discípulos de Daniel de León en los Estados Unidos. No actuar en el seno de los sindicatos reaccionarios, significa abandonar a las masas obreras insuficientemente desarrolladas o atrasadas, a la influencia de los líderes reaccionarios, de los agentes de la burguesía, de los obreros aristócratas u “obrerros aburguesados” (sobre este punto véase la carta de 1858 de Engels a Marx acerca de los obreros ingleses).

Precisamente la absurda “teoría” de la no participación de los comunistas en los sindicatos reaccionarios demuestra con la mayor evidencia con qué ligereza estos comunistas “de izquierda” consideran la cuestión de la influencia sobre las “masas” y de qué modo abusan de su griterío acerca de las “masas”. Para saber ayudar a la “masa”, para adquirir su simpatía, su adhesión y su apoyo, no hay que temer las dificultades, las zancadillas, los insultos, los ataques, las persecuciones de los “jefes” (que, siendo oportunistas y socialchovinistas, están en la mayor parte de los casos en relación directa o indirecta con la burguesía y la policía) y *trabajar* sin falta *allí donde estén las masas*. Hay que saber hacer toda clase de sacrificios, vencer los mayores obstáculos para entregarse a una propaganda y agitación sistemática, tenaz, perseverante, paciente, precisamente en las instituciones, sociedades, sindicatos, por reaccionarios que sean, donde se halle la masa proletaria o semiproletaria. Y los sindicatos y las cooperativas obreras (estas últimas, por lo menos, en algunos casos) son precisamente las organizaciones donde están las masas. En Inglaterra, según los datos publicados por el periódico sueco *Folkets Dagblad Politiken* del 10 de marzo de 1920, el número de miembros de las tradeuniones se ha elevado, desde fines de 1917 a últimos de 1918, de 5,5 millones a 6,6 millones, es decir que ha aumentado en el 19 por ciento. A fines de 1919, los efectivos ascendían a 7 millones y medio. No tengo a mano las cifras correspondientes a Francia y Alemania, pero algunos hechos, enteramente indiscutibles y conocidos de todo el mundo, atestiguan el considerable crecimiento del número de miembros de los sindicatos también en estos países.

Estos hechos manifiestan con entera claridad lo que otros mil síntomas confirman: los progresos de la conciencia y de los anhelos de organización precisamente en las masas proletarias, en los sectores más “bajos” de ellas, en los más atrasados. Millones de obreros en Inglaterra, en Francia, en Alemania pasan *por primera vez* de la inorganización completa a la forma más elemental y rudimentaria, más simple y más accesible (para los que se hallan todavía de lleno impregnados de prejuicios democrático-burgueses) de organización: precisamente los sindicatos; y los comunistas de izquierda, revolucionarios, pero irreflexivos, quedan al lado y gritan: “¡Masa!”, “¡Masa!” y ¡¡*se niegan a trabajar en los sindicatos!*!! ¡¡so pretexto de su “espíritu reaccionario”!! e inventan una “Unión Obrera” nuevecita, pura, limpia de todo prejuicio democrático-burgués y de todo pecado de estrechez corporativa y profesional, “Unión Obrera” que será (¡que será!) –dicen- muy amplia y para la admisión en la cual se exige solamente (¡solamente!) ¡¡el “reconocimiento del sistema de los soviets y de la dictadura” (sobre esto véase la cita transcrita más arriba)!!

No se puede concebir mayor insensatez, un daño mayor causado a la revolución por los revolucionarios “de izquierda”. Si hoy en Rusia, después de dos años y medio de triunfos sin precedentes sobre la burguesía rusa y la de la Entente, estableciéramos como condición precisa para el ingreso en los sindicatos el “reconocimiento de la dictadura”, cometeríamos una tontería, quebrantaríamos nuestra influencia sobre las masas, ayudaríamos a los mencheviques. Porque

Los marxistas y los sindicatos

toda la tarea de los comunistas consiste en saber *convencer* a los elementos atrasados, en saber trabajar *entre* ellos y no en *aislarse* de ellos mediante fantásticas consignas infantilmente “izquierdistas”.

Es indudable que los señores Gompers, Henderson, Jouhaux, Legien están muy reconocidos a esos revolucionarios “de izquierda” que, como los de la oposición “de principio” alemana (¡el cielo nos preserve de semejantes “principios”!) o de algunos revolucionarios de “Los Trabajadores Industriales del Mundo” en los Estados Unidos, predicán la salida de los sindicatos reaccionarios y la renuncia a trabajar en los mismos. No dudamos de que los señores “jefes” del oportunismo recurrirán a todos los procedimientos de la diplomacia burguesa, al concurso de los gobiernos burgueses, de los curas, de la policía, de los tribunales, para impedir la entrada de los comunistas en los sindicatos, para expulsarles de ellos por todos los medios posibles, para hacer su labor en los sindicatos lo más desagradable posible, para ofenderles, acosarles y perseguirles. Hay que saber resistir a todo esto, disponerse a todos los sacrificios, emplear incluso, en caso de necesidad, todas las estratagemas, todas las astucias, los procedimientos ilegales, silenciar y ocultar la verdad con objeto de penetrar en los sindicatos, permanecer en ellos y realizar allí, cueste lo que cueste, una labor comunista. Bajo el régimen zarista, hasta 1905, no tuvimos ninguna “posibilidad legal”, pero cuando el policía Subátov organizó sus asambleas, sus asociaciones obreras reaccionarias, con objeto de cazar a los revolucionarios y luchar con ellos, enviamos allí miembros de nuestro partido (recuerdo entre ellos al camarada Bábushkin, un destacado obrero petersburgués, fusilado en 1906 por los generales zaristas), los cuales establecieron el contacto con la masa, consiguieron realizar su agitación y sustraer a los obreros a la influencia de las gentes de Subátov. Actuar así, naturalmente, es más difícil en los países de la Europa occidental, especialmente impregnados de prejuicios legalistas, constitucionales, democrático-burgueses, particularmente arraigados. Pero se puede y se debe hacer, procediendo sistemáticamente.

El Comité Ejecutivo de la III Internacional debe, a mi juicio, condenar abiertamente y proponer al próximo Congreso de la Internacional Comunista que condene tanto la política de no participación en los sindicatos reaccionarios (motivando detalladamente la insensatez de esta no participación y el grave daño que se hace a la causa de la revolución proletaria con semejante actitud) y, de un modo particular, la línea de conducta de algunos miembros del Partido Comunista Holandés, los cuales (directa o indirectamente, abierta o encubiertamente, general o parcialmente, lo mismo da), han sostenido esta política errónea. La III Internacional debe romper con la táctica de la Segunda y no eludir las cuestiones escabrosas, no ocultarlas, sino plantearlas a rajatabla. Hemos dicho cara a cara la verdad a los “independientes” (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania); del mismo modo hay que decir toda la verdad cara a cara a los comunistas “de izquierda”.

(Lenin, *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, final capítulo “¿Deben actuar los revolucionarios en los sindicatos reaccionarios?”, 1920; Lenin, *Obras escogidas, en tres tomos, Tomo 3*, Editorial Progreso, Moscú, 1970, páginas 374 a 380)

Tercera Internacional: *El movimiento sindical, los comités de fábrica y de empresas*

I

1.- Los sindicatos creados por la clase obrera durante el período del desarrollo pacífico del capitalismo eran organizaciones obreras destinadas a luchar por el alza de salarios obreros en el mercado del trabajo y el mejoramiento de las condiciones del trabajo asalariado. Los marxistas revolucionarios fueron obligados a entrar en contacto con el partido político del proletariado, el partido socialdemócrata, a fin de entablar una lucha común por el socialismo. Las mismas razones que, con raras excepciones, habían hecho de la democracia socialista no un arma de la lucha revolucionaria del proletariado por la liquidación del capitalismo, sino una organización que encauzaba el esfuerzo revolucionario del proletariado según los intereses de la burguesía, hicieron que, durante la guerra, los sindicatos se presentaran con frecuencia en calidad de elementos del aparato militar de la burguesía; ayudaron a esta última a explotar a la clase obrera con mayor intensidad y a llevar a cabo la guerra del modo más enérgico, en nombre de los intereses del capitalismo. Como resultado de abarcar sólo a los obreros especialistas mejor retribuidos por los patrones, de actuar en los límites corporativos muy estrechos, encadenados por un aparato burocrático totalmente extraño a las masas engañadas por sus líderes reformistas, los sindicatos traicionaron no solamente la causa de la revolución social sino, también, la de la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros que ellos habían organizado. Abandonaron el ámbito de la lucha profesional contra los patrones y lo remplazaron, a cualquier precio, por un programa de transacciones amistosas con los capitalistas. Esta política fue no solamente la de las tradeuniones liberales en Inglaterra y en los EEUU, la de los sindicatos libres pretendidamente socialistas de Alemania y Austria, sino también la de las uniones sindicales francesas.

2.- Las consecuencias económicas de la guerra, la total desorganización del sistema económico en el orden mundial, la carestía enloquecedora de la vida, la explotación más intensa del trabajo de las mujeres y de los niños, el problema de la vivienda, que se agravan progresivamente, todo esto impulsa a las masas proletarias por el camino de la lucha contra el capitalismo. Por su carácter y su envergadura, que se esbozan día a día con mayor nitidez, este combate se convertirá en una gran batalla revolucionaria que destruirá las bases generales del capitalismo. El aumento de salarios de una categoría determinada de obreros, arrancado a los patrones al precio de una lucha económica encarnizada, es reducido al día siguiente a cero por el alza del coste de la vida. Ahora bien, el alza de los precios debe continuar, pues la clase capitalista de los países vencedores, al arruinar con su política de explotación a la Europa oriental y central, no está en condiciones de organizar el sistema económico mundial. Por el contrario, lo desorganiza cada vez más. Para asegurarse el éxito en la lucha económica, las amplias masas obreras que permanecían hasta ahora al margen de los sindicatos afluyen a ellos. En todos los países capitalistas se comprueba un prodigioso crecimiento de los sindicatos que ahora ya no representan únicamente a la organización de los elementos progresistas del proletariado sino a la de toda su masa. Al entrar en los sindicatos, las masas tratan de convertirlos en su arma de combate. El antagonismo de las clases que cada vez se agudiza más, fuerza a los sindicatos a organizar huelgas cuya repercusión se hace sentir en todo el mundo capitalista, interrumpiendo el proceso de la producción y e intercambio capitalista. Al aumentar sus exigencias, a medida que aumenta el coste de la vida y que ellas mismas se agotan cada vez más, las masas obreras destruyen todo cálculo capitalista que representa el fundamento elemental de una economía organizada. Los sindicatos, que durante la guerra se habían convertido en los órganos del sometimiento de las masas obreras a los intereses de la burguesía, representan ahora los órganos de la destrucción del capitalismo.

3.- Pero la vieja burocracia profesional y las antiguas formas de organización sindical obstaculizan de cualquier forma esta transformación del carácter de los sindicatos. La vieja burocracia profesional trata por todos los medios de lograr que los sindicatos conserven su

Los marxistas y los sindicatos

carácter de organizaciones de la aristocracia obrera, trata de mantener en vigor las reglas que imposibilitan la entrada de las masas obreras mal pagas en los sindicatos. La vieja burocracia sindical aún se esfuerza en remplazar el movimiento huelguístico, que cada día reviste más el carácter de un conflicto revolucionario entre la burguesía y el proletariado, por una política de contratos a largo plazo que han perdido toda significación ante las variaciones fantásticas de los precios. Trata de imponer a los obreros la política de las comunas obreras, de los Consejos Unidos de la Industria (*Joint Industrial Councils*) y de obstaculizar por la vía legal, gracias a la ayuda del estado capitalista, la expansión del movimiento huelguístico. En los momentos críticos de la lucha, la burguesía siembra la discordia entre las masas obreras militantes e impide que las acciones aisladas de diversas categorías de obreros tiendan a fusionarse en una acción de clase general. En esas tentativas, es apoyada por la acción de las antiguas organizaciones sindicales, que dividen a los trabajadores de un sector industrial en grupos profesionales artificialmente aislados, aunque todos estén unidos por el mismo hecho de la explotación capitalista. La burguesía se basa en el poder de la tradición ideológica de la antigua aristocracia obrera, aunque esta última resulta incesantemente debilitada por la abolición de los privilegios de diversos grupos del proletariado. Esta abolición se explica por la descomposición general del capitalismo, la igualación de la situación de diversos elementos de la clase obrera, la igualación de sus necesidades y su falta de seguridad.

De este modo, la burocracia sindical sustituye con débiles arroyos las poderosas corrientes del movimiento obrero, sustituye con parciales reivindicaciones reformistas los objetivos revolucionarios generales del movimiento y obstaculiza la transformación de los esfuerzos aislados del proletariado en una lucha revolucionaria única tendente a destruir al capitalismo.

4.- Dada la pronunciada tendencia de amplias masas obreras a incorporarse en los sindicatos, y considerando el carácter objetivo revolucionario de la lucha que esas masas sostienen pese a la burocracia profesional, es importante que los comunistas de todos los países formen parte de los sindicatos para convertirlos en órganos conscientes para la liquidación del régimen capitalista y el triunfo del comunismo. Ellos deben tomar la iniciativa de la creación de los sindicatos en todos aquellos lugares donde aún no existan.

Toda deserción voluntaria del movimiento profesional, todo intento de creación artificial de sindicatos que no esté determinado por las violencias excesivas de la burocracia profesional (disolución de las filiales locales revolucionarias sindicales por los centros oportunistas) o por su estrecha política aristocrática que cierra a las grandes masas de trabajadores poco calificados la entrada a los organismos sindicales, presenta un gran peligro para el movimiento comunista. Aparta de la masa a los obreros más progresistas, más conscientes, y la impulsa hacia los jefes oportunistas que trabajan para los intereses de la burguesía... Las vacilaciones de las masas obreras, su indecisión política y la influencia que poseen sobre ellas los líderes oportunistas sólo podrán ser vencidas mediante una lucha cada vez más dura en la medida en que los sectores profundos del proletariado aprendan por experiencia, mediante las lecciones de sus victorias y de sus fracasos, que el sistema económico capitalista nunca permitirá la obtención de condiciones de vida humanas y soportables, en la medida en que los trabajadores comunistas progresistas aprendan, por la experiencia de su lucha económica, a no ser solamente propagandistas teóricos de la idea comunista sino también conductores resueltos de la acción económica y sindical. Sólo de esta forma será posible apartar de los sindicatos a sus líderes oportunistas, poner a los comunistas en la dirección y hacer de estas organizaciones un arma de la lucha revolucionaria por el comunismo. Sólo así será posible detener la descomposición de los sindicatos, remplazarlos por uniones industriales, aislar a la burocracia extraña a las masas y sustituirlos por un organismo formado por los representantes de los obreros industriales (*Betriebsvertreter*) dejando a las instituciones centrales solamente aquellas funciones estrictamente necesarias.

5.- Como los comunistas asignan más valor al objetivo y a la sustancia de los sindicatos que a su forma, no deben vacilar ante las escisiones que puedan producirse en el seno de las organizaciones sindicales si, para evitarlas, debían abandonar el trabajo revolucionario, negarse

Los marxistas y los sindicatos

a organizar al sector más explotado del proletariado. Si se impone, sin embargo, una escisión como una necesidad absoluta, sólo se recurrirá a ella si se tiene la seguridad que los comunistas han logrado, con su participación en los problemas económicos, convencer a las amplias masas obreras que la escisión se justifica no por consideraciones dictadas por un objetivo revolucionario aún muy lejano y vago sino por los intereses concretos inmediatos de la clase obrera correlativos a las necesidades de la acción económica. En el caso en que una escisión se convierta en inevitable, los comunistas deberán tener gran cuidado para no quedar aislados de la masa obrera.

6.- En todos aquellos lugares donde la escisión entre las tendencias sindicales oportunistas y revolucionarias ya se ha producido, donde existen, como en los EEUU, sindicatos con tendencias revolucionarias, si no comunistas, al lado de los sindicatos oportunistas, los comunistas tienen la obligación de prestar su ayuda a esos sindicatos revolucionarios, de apoyarlos, de ayudarlos a liberarse de los prejuicios sindicalistas y a adherirse al comunismo, pues esta es la única brújula fiel y segura para todos los problemas complicados de la lucha económica. Allí donde se constituyan organizaciones industriales (ya sea sobre la base de los sindicatos o al margen de ellos), tales como los *Shop Steward*, los *Betriebsraete* (consejos de producción), organizaciones que se fijan el objetivo de la lucha contra las tendencias contrarrevolucionarias de la burocracia sindical, es evidente que los comunistas están obligados a apoyarlas con la mayor energía posible. Pero la ayuda prestada a los sindicatos revolucionarios no debe significar el alejamiento de los comunistas de los sindicatos oportunistas en estado de efervescencia política y en evolución hacia la lucha de clases. Por el contrario, sólo esforzándose en acelerar esta revolución de la masa de los sindicatos que se encuentran ya en la vía de la lucha revolucionaria, los comunistas podrán desempeñar el papel de un elemento que una, moral y prácticamente, a los obreros organizados para una lucha en común contra el régimen capitalista.

7.- En una época en que el capitalismo cae en ruinas, la lucha económica del proletariado se transforma en lucha política mucha más rápidamente que en la época de desarrollo pacífico del régimen capitalista, Todo conflicto económico importante puede plantear ante los obreros el problema de la revolución. Por lo tanto, los comunistas deben destacar ante los obreros en todas las fases de la lucha económica, que esta lucha sólo podrá ser coronada por el éxito cuando la clase obrera haya vencido a la clase capitalista en una batalla frontal y encare, una vez establecida su dictadura, la organización socialista del país. A partir de esta idea los comunistas deben tender a realizar, en la medida de lo posible, una unión perfecta entre los sindicatos y el partido comunista, subordinándolos a este último, vanguardia de la revolución. Con ese objetivo, los comunistas deben organizar en todos esos sindicatos y consejos de producción (*Betriebsraete*), fracciones comunistas que los ayudarán a apoderarse del movimiento sindical y a dirigirlo.

II

1.- La lucha económica del proletariado por el alza de los salarios y por el mejoramiento general de las condiciones de vida de las masas acentúa diariamente su carácter de lucha sin salida. La desorganización económica que invade a un país tras otro, en proporciones siempre crecientes, demuestra, incluso ante los obreros menos educados, que no basta con luchar por el alza de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo, que la clase capitalista pierde cada vez más la capacidad de restablecer la vida económica y de garantizar a los obreros ni siquiera las condiciones de existencia que les aseguraba antes de la guerra. La conciencia siempre en aumento de las masas obreras ha hecho surgir entre ellas una tendencia a crear organizaciones capaces de sostener la lucha por el resurgimiento económico mediante el control obrero ejercido sobre la industria por los consejos de producción. Esta tendencia a crear consejos industriales obreros, que va ganando terreno entre los obreros de todos los países, tiene su origen en múltiples factores (lucha contra la burocracia reaccionaria, fatiga causada por las derrotas sufridas por los sindicatos, tendencias a la creación de organizaciones que abarquen a todos los trabajadores) y se inspira, en definitiva, en el esfuerzo realizado para concretar el control de la industria, tarea histórica especial de los consejos industriales obreros. Es por eso que se

Los marxistas y los sindicatos

cometería un error si se tratase de formar esos consejos sólo con obreros partidarios de la dictadura del proletariado. Por el contrario, la tarea del partido comunista consiste en aprovechar la desorganización económica para organizar a los obreros e inculcarles la necesidad de combatir por la dictadura del proletariado ampliando la idea de la lucha por el control obrero, idea que todos comprenden ahora.

2.- El partido comunista sólo podrá llevar a cabo esta tarea consolidando en la conciencia de las masas la firme seguridad que la restauración de la vida económica sobre la base capitalista es actualmente imposible, ya que significaría un nuevo sometimiento a la clase capitalista. Una organización económica que responda a los intereses de las masas obreras sólo es posible si el estado es gobernado por la clase obrera y si la mano firme de la dictadura proletaria se encarga de suprimir el capitalismo y de realizar la nueva organización socialista.

3.- La lucha de los comités de fábrica y de empresa contra el capitalismo tiene como objetivo inmediato la introducción del control obrero en todos los sectores de la industria. Los obreros de cada empresa, independientemente de sus profesiones, sufren el sabotaje de los capitalistas que estiman frecuentemente que la suspensión de la actividad de una determinada industria será ventajosa, pues el hambre obligará a los obreros a aceptar las condiciones más duras para evitar a algún capitalista un acrecentamiento de los gastos. La lucha contra este tipo de sabotaje une a la mayoría de los obreros independientemente de sus ideas políticas y hace de los comités de fábricas y elegidos por todos los trabajadores de una empresa, verdaderas organizaciones de masa del proletariado. Pero la desorganización de la economía capitalista es no solamente la consecuencia de la voluntad consciente de los capitalistas sino también, y en mayor medida, la de la decadencia irresistible de su régimen. Por eso, los comités obreros se verán forzados, en su acción contra las consecuencias de esta decadencia, a superar los límites del control de las fábricas y las empresas aisladas y se enfrentarán pronto con el problema del control obrero a ejercer sobre sectores enteros de la industria y sobre su conjunto. Los intentos de los obreros de ejercer su control no solamente sobre el aprovisionamiento de las fábricas y de las empresas en materias primas sino, también, sobre las operaciones financieras de las empresas industriales, provocarán, sin embargo, por parte de la burguesía y del gobierno capitalista, medidas de rigor contra la clase obrera, lo que transformará la lucha obrera por el control de la industria en una lucha por la conquista del poder por parte de la clase obrera.

4.- La propaganda a favor de los consejos industriales debe ser llevada a cabo de modo tal que afiance en la convicción de las grandes masas obreras, incluso en aquellas que no pertenecen directamente al proletariado industrial, la idea que la responsabilidad de la desorganización económica incumbe a la burguesía y que el proletariado, al exigir el control obrero, lucha por la organización de la industria, por la supresión de la especulación y de la carestía de la vida. La tarea de los partidos comunistas consiste en luchar por el control de la industria, aprovechando todas las circunstancias actuales, desde la carencia del combustible hasta la desorganización de los transportes, fusionando en el mismo objetivo los elementos aislados del proletariado y atrayendo a los medios más amplios de la pequeña burguesía que se proletariza cada día más y sufre cruelmente la desorganización económica.

5.- Los consejos industriales obreros no pueden remplazar a los sindicatos. Sólo pueden organizarse en el transcurso de la acción en diversos sectores de la industria y crear poco a poco un aparato general capaz de dirigir toda la lucha. Ya en la actualidad, los sindicatos representan organismos de combate centralizados, aunque no abarquen a masas obreras tan amplias como pueden hacerlo los consejos industriales obreros en su calidad de organizaciones accesibles a todas las empresas obreras. El reparto de todas las tareas de la clase obrera entre los comités industriales obreros y los sindicatos es el resultado del desarrollo histórico de la revolución social. Los sindicatos han organizado a las masas obreras con el objetivo de una lucha por el alza de los salarios y por la reducción de la jornada de trabajo y lo hacen en amplia escala. Los consejos obreros industriales se organizan para el control obrero de la industria y la lucha contra la desorganización económica; abarcan a todas las empresas obreras, pero la lucha que sostienen no puede revestir sino muy lentamente un carácter político general. Sólo en la medida en que los sindicatos lleguen a superar las tendencias contrarrevolucionarias de su burocracia o se

Los marxistas y los sindicatos

conviertan en órganos conscientes de la revolución, los comunistas tendrán el deber de apoyar a los consejos industriales obreros en sus tendencias a convertirse en grupos industriales sindicalistas.

6.- La tarea de los comunistas se reduce a los esfuerzos que deben hacer para que los sindicatos y los consejos industriales obreros se compenetren del mismo espíritu de resolución combativa, de conciencia y de comprensión de los mejores métodos de combate, es decir del espíritu comunista. Para llevarlo a cabo, los comunistas deben someter, de hecho, los sindicatos y los comités obreros al partido comunista y crear así organismos proletarios de masas que servirán de base para un poderoso partido proletario centralizado, que abarque a todas las organizaciones proletarias y las conduzca por la vía que lleva a la victoria de la clase obrera y a la dictadura del proletariado, al comunismo.

7.- Mientras los comunistas hacen de los sindicatos y de los consejos industriales un arma poderosa para la revolución, esas organizaciones de masas se preparan para el gran papel que les tocará desempeñar cuando se establezca la dictadura del proletariado. Su deber consistirá en convertirse en la base socialista de la nueva organización de la vida económica. Los sindicatos, organizados en calidad de pilares de la industria, basándose en los consejos industriales obreros que representarán a las organizaciones de fábricas y de empresas, enseñarán a las masas obreras su deber industrial, harán de los obreros más progresistas directores de empresas, organizarán el control técnico de los especialistas, estudiarán y ejecutarán, de acuerdo con los representantes del poder obrero, los planes de la política económica socialista.

III

Los sindicatos manifestaban en tiempos de paz tendencia a formar una unión internacional. Durante las huelgas, los capitalistas recurrían a la mano de obra de los países vecinos y a los servicios de “esquiroles” extranjeros. Pero antes de la guerra, la internacional sindical sólo tenía una importancia secundaria. Se ocupaba de la organización de ayudas financieras recíprocas y de un servicio de estadística relativo a la vida obrera, pero no trataba de unificar la vida obrera porque los sindicatos dirigidos por oportunistas hacían todo lo posible para sustraerse a toda lucha revolucionaria internacional. Los líderes oportunistas de los sindicatos que durante la guerra fueron los fieles servidores de la burguesía en sus respectivos países, tratan ahora de restaurar la internacional sindical haciendo de ella un arma del capitalismo internacional, dirigida contra el proletariado. Crean con Jouhaux, Gompers, Legien, etc., una “secretaría de trabajo” junto a la Liga de las Naciones, que no es sino una organización de bandolerismo capitalista internacional. Tratan de aplastar, en todos los países, el movimiento huelguístico haciendo decretar el arbitraje obligatorio de los representantes del estado capitalista. Tratan de obtener, a fuerza de compromisos con los capitalistas, toda clase de favores para los obreros, a fin de romper de este modo la unión cada día más estrecha de la clase obrera. La Internacional sindical de Ámsterdam es, por lo tanto, el reemplazo de la II Internacional de Bruselas en bancarota. Los obreros comunistas que forman parte de los sindicatos de todos los países deben, por el contrario, trabajar por la creación de un frente sindicalista internacional. Ya no se trata de la obtención de recursos pecuniarios en caso de huelga sino que ahora es preciso que, cuando el peligro amenace a la clase obrera de un país, sindicatos de los otros países, en calidad de organizaciones de masas, tomen su defensa y hagan todo lo posible para impedir que la burguesía de su país vaya en ayuda de aquella que está en conflicto con la clase obrera. En todos los estados, la lucha económica del proletariado se torna cada vez más revolucionaria. Por eso los sindicatos deben emplear conscientemente su fuerza en apoyar toda acción revolucionaria, tanto en su propio país como en los otros. Con ese objetivo, deben orientarse hacia la mayor centralización de la acción, no solamente en cada país sino también en la Internacional. Lo harán adhiriendo a la Internacional Comunista y fusionando allí en un solo ejército a los distintos elementos comprometidos en el combate, para que actúen de forma concertada y se presten una ayuda mutua.

(Tesis adoptadas en el Segundo Congreso de la Tercera Internacional, 1920; *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, EIS, páginas 76-80 formato pdf)

Trotsky, *Los sindicatos ante la embestida económica de la contrarrevolución*

Toda la historia moderna atestigua que el proletariado no es nada sin sus organizaciones de clase.

Al mismo tiempo, la experiencia demuestra que las organizaciones obreras pueden convertirse en un obstáculo para la lucha revolucionaria. Más de una vez el movimiento proletario resultó aplastado por esta contradicción. El ejemplo más trágico es la catástrofe de Alemania, en la que las organizaciones dirigentes, cada una a su manera, paralizaron al proletariado desde arriba y lo entregaron inerte al fascismo.

El Partido Comunista se impone como fin conducir al proletariado al poder, sólo puede realizar su misión revolucionaria ganando a la mayoría del proletariado y, por consiguiente, a sus organizaciones de masas, principalmente los sindicatos.

El partido debe librar su lucha por ganar influencia en los sindicatos de manera tal que no frene las tareas inmediatas de la organización de masas, que no las rompa, ni produzca en los obreros la impresión que los comunistas desorganizan el movimiento de la clase. Los principios rectores de esta lucha aparecen esbozados en el *Manifiesto Comunista*, se desarrollaron en la teoría y en la práctica del movimiento obrero y encontraron su expresión más elevada en la obra del bolchevismo.

El partido es la flor y nata de la clase, su élite revolucionaria. El sindicato abarca amplias masas obreras, de distintos niveles. Cuanto más amplias son las masas que abarca, más se acerca el sindicato al cumplimiento de sus objetivos. Pero en la medida en que la organización gana en amplitud, pierde en profundidad. Las tendencias oportunistas, nacionalistas y religiosas que cunden en los sindicatos y en sus direcciones muestran que éstos no sólo reúnen a la vanguardia sino también a una pesada retaguardia. Así, las debilidades de los sindicatos surgen de lo que los hace fuertes. La lucha contra el oportunismo en las organizaciones sindicales significa fundamentalmente trabajar persistente y pacientemente para unir esa retaguardia con la vanguardia.

Quienes separan a los obreros revolucionarios de los sindicatos, quienes construyen, paralelamente a las organizaciones de masas, sindicatos revolucionarios, “puros” (según el término irónico empleado por Lenin) pero pequeños y, por lo tanto, débiles, no resuelven la tarea histórica sino que renuncian a solucionarla; peor aun, obstaculizan la lucha por ganar influencia en la clase obrera.

Los organizadores de este congreso integran la Internacional Sindical Roja, de oposición. La historia de estas organizaciones es la de la violación criminal de los principios del marxismo en el terreno sindical. La Internacional Sindical Roja no es sino un partido comunista, o parte de un partido comunista, con otro nombre. Esta organización no vincula el partido a los sindicatos; por el contrario, lo separa de ellos. Su debilidad numérica no le permite remplazar a los sindicatos en el terreno de la movilización de masas, y tampoco puede influir desde afuera, puesto que aparece como organización hostil y opuesta a los sindicatos.

Para justificar la política de la Internacional Sindical Roja, así como la del social-fascismo, la burocracia estalinista apela al hecho de que la dirección de los sindicatos alemanes se demostró dispuesta a actuar de lacayo de Hitler, como en el pasado lo fue de los Hohenzollern. Señalando el papel abyecto de Leipart y Cía., los estalinistas franceses se oponen a la fusión de las dos organizaciones sindicales de Francia. Aceptan la unidad con una sola condición: la dirección de los sindicatos conjuntos debe estar en manos de combatientes revolucionarios, no de traidores.

Con ello los estalinistas demuestran una vez más que, igual que los Borbones franceses, no aprendieron nada ni olvidaron nada. Exigen que se les entregue organizaciones de masas con direcciones revolucionarias prefabricadas, y condescienden a participar en esos sindicatos. En

otras palabras, esperan que los demás realicen la tarea histórica que debería constituir el objetivo fundamental de su propio trabajo.

Los dirigentes de los sindicatos alemanes, como los de los sindicatos ingleses y norteamericanos y los de los sindicatos reformistas franceses, son (como dijo Rosa Luxemburg hace muchos años) “los canallas más grandes del mundo”. La tarea más importante de la Comintern ha sido, desde su fundación, echar de los sindicatos a los canallas. Pero, cuando se trató de cumplir esta tarea, la burocracia estalinista demostró su bancarrota total.

El hecho de que la Organización Sindical Roja no se haya pasado al bando de Hitler constituye un mérito puramente negativo del que, en general, no corresponde jactarse en las filas revolucionarias. Pero su impotencia, la impotencia del PC Alemán, la impotencia de la Comintern, reside precisamente en que los canallas como Leipart y Cía. siguen al frente de los sindicatos de masas. En cuanto a la Organización Sindical Roja, antes de que se produjeran los grandes acontecimientos había demostrado ya ser un castillo de naipes.

El lugar de los comunistas está en los sindicatos. Deben ingresar en ellos con las banderas plegadas o al viento, para actuar al cubierto o al descubierto, según las condiciones políticas y policiales imperantes en el país. Pero deben actuar, no cruzarse de brazos.

Respecto de su participación en el movimiento sindical, generalmente los comunistas no pueden exigir condiciones a la clase obrera o a la burocracia reformista. Si la clase obrera comprendiera de antemano las ventajas de la política comunista no toleraría la presencia de traidores reformistas al frente de sus organizaciones. Por su parte, la burocracia reformista persigue consecuentemente el objetivo de mantener a los comunistas fuera de los sindicatos y por eso rechaza toda condición que podría facilitar siquiera mínimamente el trabajo de aquéllos. El revolucionario proletario no inventa ultimátums arrogantes, pero absurdos, para justificar su desertión del sindicato; penetra en éste salvando todas las barreras y obstáculos. El comunista no pretende que los burócratas sindicales creen las condiciones favorables para su trabajo; las crea él gradualmente, en la medida en que adquiere influencia dentro del sindicato.

El hecho de que este congreso, que llama a preparar la resistencia ante la embestida del capital y el fascismo, haya sido convocado por organizaciones que son sectarias por principio (las organizaciones alemana, polaca e italiana afiliadas a la ISR) nos obliga a elevar con redoblada fuerza nuestro llamamiento a todos los comunistas auténticos, a luchar contra los métodos fatales de la burocracia estalinista, que aíslan a la vanguardia proletaria y le cierran el camino a la victoria.

¡Camaradas comunistas, obreros conscientes! ¡Implantad en el terreno del sindicalismo la plena vigencia de los principios del marxismo, tal como los formularon los cuatro primeros congresos de la Comintern! ¡Limpiad el polvo estalinista de vuestros zapatos! ¡Volved al camino de Marx y Lenin! ¡Sólo este camino lleva hacia adelante!

(Declaración de los representantes de la Oposición de Izquierda (bolcheviques leninistas) al Congreso Contra el Fascismo, 30 de marzo de 1933; Trotsky, *Escritos*, Tomo IV, Volumen 2, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, páginas 251 a 255)

Trotsky, *El ILP y la nueva internacional*

[...] En Gran Bretaña, como en la mayoría de los viejos países capitalistas, el problema sindical sigue siendo el más importante de la política proletaria. En este terreno los errores de la Comintern son innumerables. No hay de qué asombrarse; en el plano sindical es donde más evidentemente se revela la incapacidad de un partido para establecer correctas relaciones con la clase obrera. Por eso considero necesario detenerme en esta cuestión.

Los sindicatos se formaron en la época de surgimiento y avance del capitalismo. Su objetivo era elevar el nivel material y cultural del proletariado y ampliar sus derechos políticos. Este trabajo, que en Inglaterra duró más de un siglo, les conquistó a los sindicatos una tremenda autoridad entre los obreros. La decadencia del capitalismo británico, en el marco de la decadencia del sistema capitalista mundial, minó las bases del trabajo reformista de los sindicatos. El capitalismo sólo puede continuar manteniéndose si disminuye el nivel de vida de la clase obrera. En estas condiciones los sindicatos se pueden transformar en organizaciones revolucionarias o en lugartenientes del capital que intensifica la explotación de los trabajadores. La burocracia sindical, que resolvió satisfactoriamente su propio problema social, tomó el segundo camino. Toda la autoridad de que gozaban los sindicatos la volvió en contra de la revolución socialista e incluso en contra de cualquier intento de los trabajadores de resistir los ataques del capital y la reacción.

Desde ese momento, la tarea más importante del partido revolucionario pasó a ser liberar a los trabajadores de la reaccionaria influencia de la burocracia sindical. En este terreno decisivo, la Comintern reveló su incapacidad total. En 1926-1927, especialmente en la época de la huelga de mineros y de la huelga general, es decir, en el momento de los mayores crímenes y traiciones del Consejo General del Congreso Sindical, la Comintern cortejó obsequiosamente a los más encumbrados rompehuelgas, los favoreció con la autoridad de que gozaba ante las masas y los ayudó a conservar su puesto. De esa manera el Movimiento de la Minoría recibió un golpe fatal. Asustada por los resultados de su propio trabajo, la burocracia de la Comintern se fue al otro extremo, al ultraradicalismo. Los excesos fatales del “tercer período” se debieron al afán de la pequeña minoría comunista de actuar como si tuviera detrás de ella a la mayoría. Aislándose cada vez más de la clase obrera, el Partido Comunista opuso a los sindicatos, que nucleaban a millones de trabajadores, sus propias organizaciones sindicales, sumamente obedientes a la dirección de la Comintern pero separadas de la clase por un abismo. No se le podía hacer mejor favor a la burocracia sindical. Si ésta contara entre sus atribuciones otorgar la Orden de la Jarretera, hubiera condecorado a todos los dirigentes de la Comintern y de la Federación Sindical Roja.

Como ya se dijo, en esta etapa los sindicatos no juegan un rol progresivo sino reaccionario. Sin embargo, todavía nuclean a millones de trabajadores. No hay que creer que los obreros son ciegos y no advierten el cambio del rol histórico de los sindicatos. ¿Pero qué pueden hacer? Los zigzags y aventuras del comunismo oficial comprometieron seriamente la vía revolucionaria ante los trabajadores de izquierda. Los obreros se dicen: los sindicatos son malos, pero sin ellos las cosas podrían ser todavía peores. Esta psicología es propia del que está en un callejón sin salida. Mientras tanto, la burocracia sindical persigue aun más audaz y desvergonzadamente a los trabajadores revolucionarios, remplazando la democracia interna por la acción arbitraria de una camarilla, transformando a los sindicatos esencialmente en una especie de campo de concentración para los trabajadores durante la decadencia del capitalismo.

En estas condiciones surge fácilmente la idea de si no es posible superar los sindicatos. ¿No se puede sustituirlos por algún tipo de organización nueva, no corrompida, como los sindicatos revolucionarios, los comités de taller, los soviets y otras similares? El error fundamental de estos intentos es que reducen a experimentos organizativos el gran problema político de cómo liberar a las masas de la influencia de la burocracia sindical. No es suficiente

ofrecerle a las masas una nueva dirección hay que buscar a las masas donde ellas están, para dirigir las.

Los izquierdistas impacientes dicen a veces que es imposible ganar los sindicatos porque la burocracia utiliza el régimen interno de estas organizaciones para salvaguardar sus propios intereses, recurriendo a las más bajas maquinaciones, represiones e intrigas, al estilo de la oligarquía parlamentaria de la era de los “municipios podridos”. ¿Por qué entonces perder tiempo y energías? En realidad, este argumento se reduce a abandonar la lucha real para ganarse a las masas, utilizando como pretexto la corrupción de la burocracia sindical. Se lo puede desarrollar más todavía: ¿Por qué no abandonar todo el trabajo revolucionario, dadas las represiones y provocaciones de la burocracia gubernamental? No hay ninguna diferencia de principios, ya que la burocracia sindical se ha convertido definitivamente en parte del aparato económico y estatal capitalista. Es absurdo creer que se podría trabajar contra la burocracia sindical contando con su ayuda o siquiera con su consentimiento. En la medida en que se defiende por medio de la persecución, la violencia, las expulsiones, en que frecuentemente recurre a la ayuda de las autoridades gubernamentales, tenemos que aprender a trabajar *discretamente* en los sindicatos, encontrando un lenguaje común con las masas pero no descubriéndonos prematuramente ante la burocracia. Precisamente en la época actual, cuando la burocracia reformista del proletariado se transformó en la policía económica del capital, el trabajo revolucionario en los sindicatos, llevado a cabo inteligente y sistemáticamente, puede producir resultados decisivos en un plazo relativamente breve.

Con esto no queremos decir que el partido revolucionario cuenta con la garantía de que los sindicatos serán totalmente ganados para la revolución socialista. El problema no es tan simple. El aparato sindical logró en gran medida independizarse de las masas. La burocracia sindical es capaz de mantener sus posiciones mucho después de que las masas se hayan vuelto en contra de ella. Pero precisamente esta situación, cuando las masas ya sienten hostilidad hacia la burocracia sindical pero ésta todavía puede disfrazar la opinión de la organización y sabotear nuevas elecciones, es la más favorable para la creación de comités de taller, consejos obreros y otros organismos que satisfacen las necesidades inmediatas en un momento determinado. Inclusive en Rusia, cuando se dio la Revolución de Octubre, los mencheviques tenían en sus manos la administración de los sindicatos, y eso que éstos no contaban con nada parecido a la poderosa tradición de los sindicatos británicos. Habiendo perdido a las masas, estas administraciones que ya no podían sabotear la revolución proletaria todavía eran capaces de sabotear las elecciones en los aparatos.

Es absolutamente necesario preparar ya a los obreros avanzados en la idea de crear consejos obreros y comités de taller en el momento de un cambio brusco. Pero sería un gran error “divagar” en la práctica con la consigna de los consejos de taller, consolándose con la “idea” de la carencia de un trabajo y una influencia reales en los sindicatos. Oponer a los sindicatos existentes la idea abstracta de los consejos obreros significaría volver en contra de uno mismo no sólo a la burocracia sino también a las masas, privándose así de la posibilidad de preparar el terreno para la creación de los consejos obreros.

En este plano la Comintern ganó no poca experiencia: luego de crear sindicatos obedientes, es decir puramente comunistas, logró que sus secciones les resultaran hostiles a las masas obreras, condenándose así a la impotencia total. Esta es una de las causas más importantes del fracaso del Partido Comunista Alemán. Es cierto que el Partido Comunista británico, por lo que estoy informado, se opone a la consigna de consejos obreros en las condiciones actuales. Superficialmente esto puede parecer una apreciación realista de la situación. En realidad, el Partido Comunista británico rechaza *una forma* de aventurerismo político en favor de otra, más histérica todavía. La teoría y la práctica del social-fascismo y el rechazo de la política del frente único crean obstáculos insuperables para el trabajo en los sindicatos, ya que cada sindicato es por naturaleza un frente único de hecho entre los partidos revolucionarios y las masas reformistas y sin partido. En la medida en que el Partido Comunista británico se demostró incapaz, incluso después de la tragedia alemana, de aprender nada y

Los marxistas y los sindicatos

armarse nuevamente, una alianza con él puede liquidar al ILP, que recién entró en una etapa de aprendizaje revolucionario.

Sin duda, los seudo comunistas invocarán el último congreso sindical, que declaró que no se puede hacer frente único con los comunistas contra el fascismo. Sería la mayor de las tonterías aceptar esta demostración de sabiduría como el veredicto final de la historia. Los burócratas sindicales se pueden permitir esas execrables formulaciones sólo porque no están inmediatamente amenazados por el fascismo o el comunismo. Cuando la amenaza del fascismo penda sobre la cabeza de los sindicatos, si el partido revolucionario aplica una política correcta las masas sindicales sentirán un irresistible impulso hacia la alianza con el ala revolucionaria y arrastrarán incluso a un sector del aparato. Por el contrario, si el comunismo se transformara en una fuerza decisiva, amenazando al Consejo General con la pérdida de sus posiciones, honores e ingresos, los Sres. Citrine y Cía. indudablemente formarían un bloque con Mosley y Cía. en contra de los comunistas. Así, en agosto de 1917 los mencheviques y socialrevolucionarios rusos repudiaron junto con los bolcheviques al general Kornilov. Dos meses después, en octubre, peleaban hombro a hombro con los kornilovistas en contra de los bolcheviques. Y en los primeros meses de 1917, cuando los reformistas todavía eran fuertes, proclamaban, igual que Citrine y Cía. la imposibilidad de aliarse con una dictadura, ya sea de derecha o de izquierda.

La clara comprensión de sus objetivos históricos debe unificar al partido proletario revolucionario. Esto supone un programa con una base científica. A la vez, el partido revolucionario tiene que saber cómo establecer relaciones correctas con la clase. Ello exige una política de realismo revolucionario, igualmente ajeno a la ambigüedad oportunista y al retraimiento sectario. Desde la perspectiva de estos dos criterios estrechamente relacionados, el ILP tendría que revisar su relación con la Comintern y con todas las demás organizaciones y tendencias de la clase obrera. Esto determinará ante todo la suerte del propio ILP.

(Trotsky, 4 septiembre 1933, publicado en *The Militant*, 30 septiembre de 1933; Trotsky, *Escritos*, Tomo V, Volumen 1, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, páginas 113 a 119)

Trotsky, de *¿Ni un estado obrero, ni un estado burgués?*

Norma y hecho

Es la sustitución de un método objetivo y dialéctico por uno subjetivo y “normativista” lo que dificulta a muchos camaradas llegar a una evaluación sociológica correcta de la Unión Soviética. No sin razón Burnham y Carter afirman que ésta no puede ser considerada un estado obrero “en el sentido tradicional que el marxismo otorga al término”. Esto simplemente significa que la Unión Soviética no se ajusta a las normas de un estado obrero tal como está expuesto en nuestro programa. En este sentido no puede haber desacuerdo. Nuestro programa contaba con un desarrollo progresivo del estado obrero y por lo tanto con su gradual extinción. Pero la historia que no siempre actúa “de acuerdo a un programa” nos ha confrontado con el proceso de degeneración del estado de los trabajadores.

Pero, ¿significa esto que un estado obrero que entra en conflicto con las exigencias de nuestro programa, deja de ser por tanto un estado obrero? Un hígado enfermo de malaria no corresponde a un tipo normal de hígado, pero no por eso deja de serlo. Para la comprensión de su naturaleza, la anatomía y la fisiología no son suficientes; también es necesaria la patología. Por supuesto es mucho más fácil ver el hígado enfermo y decir: “No me gusta este objeto” y darle la espalda. Pero un médico no puede permitirse ese lujo. De acuerdo a las condiciones de la enfermedad y a la deformación resultante del órgano, debe recurrir o bien a un tratamiento terapéutico (“reformas”) o a la cirugía (“revolución”). Pero para poder hacer esto debe primero que todo comprender que el órgano deformado es un hígado y no otra cosa. Pero tomemos una analogía más familiar; aquélla entre un estado obrero y un sindicato. Desde el punto de vista de nuestro programa, el sindicato debería ser una organización de la lucha de clases. ¿Cuál debería ser entonces nuestra actitud hacia la Federación Norteamericana del Trabajo? En su dirección se encuentran reconocidos agentes de la burguesía. Ante todos los problemas esenciales, los señores Green, Woll y compañía sostienen una línea política directamente opuesta a los intereses del proletariado. Podemos ampliar la analogía y decir que si hasta la aparición del CIO la Federación Norteamericana del Trabajo llevó a cabo una labor de alguna manera progresiva, ahora que el principal contenido de su actividad se centra en una lucha contra las tendencias más progresistas (o menos reaccionarias) del CIO, todo el aparato de Green se ha convertido en un factor definitivamente reaccionario. Esto sería completamente correcto. Pero la AFL no deja de ser por esto una organización sindical.

El carácter de clase del estado está determinado por su relación con las formas de propiedad de los medios de producción. El carácter de una organización obrera, como un sindicato, está determinado por su relación con la distribución de la renta nacional. El hecho de que Green y Compañía defienden la propiedad privada de los medios de producción los caracteriza como burgueses. Si además estos caballeros defendieran los ingresos de los burgueses de los ataques de los trabajadores, dirigieran una lucha contra las huelgas, contra el alza de salarios, contra la ayuda a los desempleados; entonces tendríamos una organización de esquirols y no un sindicato. Sin embargo Green y Cía., con el fin de no perder su base, deben, dentro de ciertos límites, dirigir la lucha de los trabajadores por un aumento (o por lo menos contra una disminución) de su parte en la renta nacional. Este síntoma objetivo es suficiente en todos los casos importantes para permitirnos trazar una línea de demarcación entre el sindicato más reaccionario y una organización de esquirols. Estamos pues moralmente obligados no solamente a continuar trabajando en la AFL, sino a defenderla contra los esquirols, el Ku Klux Klan y elementos similares.

La función de Stalin como la de Green tiene un doble carácter, Stalin sirve a la burocracia y por lo tanto a la burguesía mundial; pero él no puede servir a la burocracia sin defender la base social que la burocracia explota en su propio interés. Hasta ese punto, Stalin defiende la propiedad nacionalizada contra los ataques imperialistas y contra las capas

Los marxistas y los sindicatos

demasiado impacientes y avaras de la burocracia misma. Sin embargo, él lleva a cabo esta defensa con métodos que preparan la destrucción general de la sociedad soviética. Es exactamente por esto que la camarilla estalinista debe ser derrocada, pero es el proletariado revolucionario quien debe hacerlo. El proletariado no puede subcontratar este trabajo a los imperialistas. A pesar de Stalin, el proletariado defiende a la Unión Soviética de los ataques imperialistas.

El desarrollo histórico nos ha acostumbrado a una gran variedad de sindicatos: combativos, reformistas, revolucionarios, reaccionarios, liberales y católicos. Con el estado obrero se da lo contrario. Este fenómeno lo vemos ahora por primera vez. Esto explica nuestra inclinación a atacar a la Unión Soviética desde el punto de vista de las *normas* del programa revolucionario. Al mismo tiempo el estado de los trabajadores es un *hecho* objetivo histórico, el cual está siendo sometido a la influencia de diferentes fuerzas históricas y puede, tal como vemos, llegar a una contradicción total con las normas “tradicionales”.

Los camaradas B. y C. están en lo correcto cuando dicen que Stalin y Cía. sirven con su política a la burguesía internacional. Pero esta afirmación aunque correcta debe establecerse en las condiciones precisas de tiempo y lugar. Hitler también sirve a la burguesía. Sin embargo entre las funciones de Hitler y Stalin hay una diferencia. Hitler defiende las formas burguesas de propiedad. Stalin adapta los intereses de la burocracia a las formas proletarias de la propiedad. El mismo Stalin en España, es decir, en el terreno de un régimen burgués, ejerce la función de Hitler (en sus métodos políticos poco difieren uno del otro). La yuxtaposición de los diferentes papeles sociales desempeñados por el mismo Stalin en la Unión Soviética y España demuestra igualmente que la burocracia no es una clase independiente sino el instrumento de las clases; y que es imposible definir la naturaleza social de un estado por la virtud o la vileza de la burocracia.

(Trotsky, *¿Ni un estado obrero, ni un estado burgués?*, epígrafe “Norma y hecho”, publicado en *Internal Bulletin* (OCSPC) número 3, diciembre de 1937; Trotsky, *En defensa del marxismo*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, páginas 247 a 249)

Trotsky, del *Programa de Transición*

Los sindicatos en el período de transición

Los trabajadores, hoy más que nunca, necesitan organizaciones de masas, especialmente sindicatos, para luchar por las reivindicaciones parciales y transitorias. El pujante crecimiento de los sindicatos en Francia y los Estados Unidos es la mejor prueba para refutar a los doctrinarios ultraizquierdistas que predicán que los sindicatos “han perdido su utilidad”.

El bolchevique-leninista está siempre en primera línea de todas las luchas, aunque no se trate más que de la defensa de los más modestos intereses y derechos democráticos de la clase obrera. El bolchevique-leninista participa activamente en los sindicatos de masas, fortaleciéndolos y elevando su combatividad. Lucha sin cuartel contra todo intento de subordinar los sindicatos al estado burgués y de maniatar al proletariado mediante el “laudo obligatorio” o cualquier otra forma de intervención policial no sólo fascista, sino también “democrática”. Una lucha victoriosa contra los reformistas, burocracia estalinista inclusive, sólo puede librarse en base a un trabajo semejante en el seno de los sindicatos. Los intentos sectarios de construir o estabilizar pequeños sindicatos “revolucionarios” como pseudópodos del partido, no son de hecho otra cosa que la renuncia a luchar por la dirección de la clase obrera. Hay que defender esta regla de oro: la autoexclusión capituladora de los sindicatos de masas, que equivale a traicionar la revolución, es incompatible con la adhesión a la IV Internacional.

Igualmente, la IV Internacional rechaza y condena la fetichización de los sindicatos, característica de los sindicalistas.

a) Los sindicatos ni ofrecen ni pueden ofrecer, por sus tareas, composición y forma de reclutamiento, un programa revolucionario acabado; por tanto, no pueden ser sustitutos del partido. La construcción de partidos revolucionarios nacionales, secciones de la IV Internacional, es la tarea central de la época de transición.

b) Los sindicatos, aun los más poderosos, no llegan a englobar a más del 20 o 25 por 100 de la clase obrera, fundamentalmente a los sectores más cualificados y mejor pagados. La mayoría más oprimida de la clase sólo participa en la lucha episódicamente, en momentos de ascenso excepcional del movimiento obrero. En esos momentos hay que crear organizaciones *ad hoc*, capaces de abarcar al conjunto de las masas en lucha: comités de huelga, comités de fábrica y, finalmente, soviets.

c) Como organizaciones que expresan los intereses de las capas superiores del proletariado, los sindicatos (lo ha demostrado la experiencia histórica, incluso la reciente de los sindicatos anarquistas en España) generan poderosas tendencias al pacto con el régimen democrático-burgués. En períodos de aguda lucha de clases, los organismos dirigentes de los sindicatos tratan de hacerse con las riendas del movimiento de masas para hacerlo inofensivo. Esto es lo que ocurre ya con las simples huelgas, especialmente cuando se trata de huelgas de masa con ocupación de fábricas, que socavan el fundamento de la propiedad privada. En tiempos de guerra o revolución, cuando la burguesía se ve asediada por dificultades excepcionales, los dirigentes sindicales suelen convertirse en ministros burgueses.

Por todo ello, las secciones de la IV Internacional no sólo deben luchar en todo momento para que se renueve el aparato sindical, proponiendo con audacia y decisión, en los momentos decisivos, a nuevos dirigentes combativos para sustituir a los funcionarios caídos en la rutina y en el arribismo, sino que también deben crear en todo momento oportuno organizaciones de combate independientes que se adecuen mejor a las necesidades de la lucha de masas contra la sociedad burguesa y que, si es preciso, no titubeen siquiera ante una ruptura abierta con la maquinaria conservadora de los sindicatos. Sería criminal volver la espalda a las organizaciones de masas en base a ficciones sectarias, pero igualmente lo es tolerar pasivamente la subordinación del movimiento revolucionario de masas al control de los aparatos burocráticos

abiertamente reaccionarios o encubiertamente conservadores (“progresistas”). Los sindicatos no son un fin en sí mismos. Son medios para llegar a la revolución proletaria.

Comités de fábrica

En la época de transición, el movimiento obrero no es sistemático y equilibrado, sino turbulento y explosivo. Las consignas y las formas de organización deben subordinarse a este carácter del movimiento. Al tiempo que se guarda de la rutina como la peste, la dirección debe ser sensible a la iniciativa de las masas.

Las huelgas con ocupación de fábrica, una de las más recientes manifestaciones de esa iniciativa, rebasan los límites del funcionamiento normal del régimen capitalista. Con independencia de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporal de las fábricas es, en sí misma, un golpe al fetiche de la propiedad capitalista. Cada ocupación plantea en la práctica el problema de quién manda en la fábrica: el capitalista o los obreros.

Si las ocupaciones plantean la cuestión episódicamente, los *comités de fábrica* le dan una dimensión organizativa. El comité de fábrica, elegido por todos los trabajadores de la empresa, se convierte inmediatamente en un contrapeso a la voluntad de la administración.

Al reformismo de quienes contraponen los patronos de viejo tipo, los llamados “patronos por la gracia de Dios” del tipo Ford, a los explotadores “buenos” y “demócratas”, nosotros oponemos la consigna de los comités de fábrica como centros de lucha contra unos y otros.

Los burócratas sindicales se opondrán por regla general a la creación de comités de fábrica, del mismo modo que se oponen a todo paso audaz en el camino de la movilización de masas. Sin embargo, cuanto más fuerte sea el impulso del movimiento, tanto más fácil será vencer esas resistencias. Allí donde ya en tiempos de “calma” todos los obreros de la empresa estén sindicados, el comité coincidirá formalmente con la sección sindical, pero renovará su personal y ampliará sus funciones. Pero lo decisivo del comité es que se convierte en el estado mayor militante de todos aquellos sectores de la clase que los sindicatos tradicionalmente no han logrado movilizar. Será precisamente de estos sectores más explotados de donde emergerán los batallones más entregados a la causa revolucionaria.

Tan pronto como surge un comité se instala de hecho en la fábrica un poder dual que, por su propia esencia, no puede ser más que transitorio, pues reúne en sí dos regímenes irreconciliables: el capitalista y el proletario. La importancia decisiva de los comités de fábrica radica en que abren paso a un período prerrevolucionario, si no directamente revolucionario; un período a caballo entre el régimen burgués y el régimen proletario. Que la propaganda en favor de los comités de fábrica no es prematura ni artificial lo demuestran las oleadas de ocupaciones que se han dado en varios países. Irremediamente habrá nuevas oleadas de este estilo en el futuro inmediato. Es necesario hacer campaña en favor de los comités de fábrica para no ser cogidos por sorpresa.

(*Programa de Transición: la agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*, epígrafes “Los sindicatos en el período de transición” y “Comités de fábrica”, redactado por Trotsky, 1938; Trotsky, *Obras. El Programa de Transición*, Akal Editor, Madrid, 1977, páginas 18 a 21)

Trotsky. Discusiones sobre el Programa de Transición

Comparación entre los movimientos obreros de Estados Unidos y Europa

Pregunta: En las filas de nuestro partido el tema más polémico relacionado con la aceptación del programa de transición parece ser el referente al partido obrero de los EEUU. Algunos camaradas mantienen que es incorrecto abogar por la creación de un partido obrero. Sostienen que no existen indicios que señalen la existencia de un sentir generalizado a favor de tal partido, y que, aun cuando estuviera gestándose, aunque fuera solamente al nivel de una corriente generalizada, nuestra tarea sería dotarle de un programa que confiriera a esa corriente un contenido revolucionario. Pero que, al fallar estos factores objetivos, la última parte de la tesis es oportunista. ¿Nos podría clarificar más este punto?

Trotsky: Creo que es necesario que recordemos los hechos más elementales de la historia del desarrollo del movimiento obrero en general y de los sindicatos en particular. A este respecto encontramos diferentes tipos de desarrollo de la clase obrera en los diversos países. Cada país tiene un tipo de desarrollo específico. Sin embargo, tenemos que elaborar clasificaciones generales.

El movimiento obrero comenzó, especialmente en Austria y Rusia, como un movimiento político, como un movimiento de partido. Así dio su primer paso. La socialdemocracia, en su primera fase, albergaba esperanzas de una rápida reconstrucción socialista de la sociedad, pero el capitalismo fue lo suficientemente fuerte como para seguir existiendo. Sobrevino luego un largo período de prosperidad, y la socialdemocracia se vio obligada a organizar sindicatos. En países como Alemania, Austria y especialmente Rusia, donde se desconocían los sindicatos, éstos fueron creados, construidos y dirigidos por un partido político: la socialdemocracia.

Otro tipo de desarrollo es el que se ha registrado en los países latinos, en Francia y especialmente en España. Aquí el desarrollo de los partidos y de los sindicatos es casi independiente uno del otro y vehiculado por diversas corrientes, hasta cierto punto antagónicas. El partido es un aparato parlamentario. Los sindicatos se encuentran, hasta cierto punto, en Francia, y más en España, bajo la dirección de los anarquistas.

El tercer tipo nos lo suministra Gran Bretaña, los EEUU y, en mayor o menor medida, los países de la Commonwealth. Inglaterra es el país sindical clásico. Comenzó a crear sindicatos a finales del siglo XVIII, con anterioridad a la Revolución Francesa; durante la llamada Revolución Industrial (En EEUU, al calor del ascenso del sistema manufacturero). En Inglaterra, la clase obrera no poseía un partido obrero independiente. Los sindicatos constituían la organización de la clase obrera, en realidad, la organización de la aristocracia obrera, de las capas más altas. En Inglaterra existía una aristocracia obrera, al menos en las capas más altas del proletariado, porque la burguesía inglesa al detentar un control monopolista casi absoluto sobre el mercado mundial, podía conceder una pequeña parte de sus beneficios a la clase obrera y así absorber parte de la renta nacional. Los sindicatos eran el medio adecuado para esta tarea. Sólo al cabo de cien años comenzaron los sindicatos a construir un partido político. Esto es totalmente contrario a lo que sucedió en Alemania o Austria. Ahí el partido despertó a la clase obrera al tiempo que construía los sindicatos. En Inglaterra, los sindicatos, después de años de existencia y lucha, se vieron obligados a construir un partido político.

¿Cuáles fueron las razones de este cambio? Ante todo, la decadencia total del capitalismo inglés, que se manifestó muy acusadamente. El partido laborista inglés sólo cuenta con unas décadas de existencia, y sólo cobra importancia a partir de la Primera Guerra Mundial. ¿Cuál es la razón de este cambio? Se debió a la pérdida del control monopolístico que Inglaterra detentaba sobre el mercado mundial. Comenzó hacia la década de los ochenta del siglo XIX, con la competencia de Alemania y EEUU. La burguesía perdió su capacidad de asegurar a las capas dirigentes del proletariado una situación privilegiada. Los sindicatos perdieron la posibilidad de mejorar la situación de los trabajadores y se vieron empujados hacia la acción económica. La

Los marxistas y los sindicatos

acción política generaliza las necesidades de los obreros y no les enfrenta a sectores aislados de la burguesía, sino a la burguesía en su conjunto organizada en el estado.

Ahora, en los EEUU, podemos decir que los aspectos característicos del desarrollo inglés están presentes de una forma aún más concentrada y enmarcados en un período de tiempo más corto, porque la historia de los EEUU es más corta. La evolución de los sindicatos en los EEUU empezó prácticamente después de la guerra civil, pero estos sindicatos se encontraban muy atrasados aún en relación a los ingleses. En gran medida eran sindicatos mixtos de patronos y trabajadores, no eran sindicatos combativos, militantes. Eran de carácter sectorial y limitado. Se basaban en el sistema artesanal, no en el industrial, y hemos podido observar cómo sólo durante los dos o tres últimos años se han desarrollado los verdaderos sindicatos en los EEUU. Este nuevo movimiento viene representado por la CIO.

¿A qué se debe la aparición de la CIO? La explicación se encuentra en la decadencia del capitalismo americano. En Inglaterra, el inicio de la decadencia del sistema capitalista obligó a los sindicatos existentes a dotarse de un partido político. En EEUU, el mismo fenómeno (el comienzo de la decadencia) no originó más que la creación de sindicatos industriales, cuya aparición en escena coincidió con la necesidad de enfrentarse con una nueva fase de decadencia del capitalismo. Más exactamente, podemos decir que la crisis de 1929-1933 fue un primer impulso que culminó con la organización de la CIO. Pero, nada más creada, la CIO se enfrenta en 1937-38 con una segunda crisis que persiste y se ahonda.

¿Qué significa este hecho? Significa que antes de que fueran organizados los sindicatos transcurrió un largo período en los EEUU y que, ahora que existen verdaderos sindicatos, éstos tienen que seguir el mismo curso que los ingleses. Esto quiere decir que, en una fase de decadencia capitalista, se verán obligados a recurrir a la acción política. Creo que ésta es la cuestión más importante de todo el problema.

El problema se ha planteado textualmente así: “No hay pruebas que demuestren la existencia de una corriente generalizada favorable a la creación de un partido obrero.” Recordarán que, cuando discutimos esta cuestión con otros camaradas, aparecieron divergencias sobre este punto. No puedo juzgar si existe o no una corriente a favor de un partido obrero, porque no puedo apoyarme en observaciones o experiencias propias. Sin embargo, no creo que lo determinante sea el grado en que los dirigentes de los sindicatos o la base estén dispuestos a crear un partido político. Resulta muy difícil establecer un criterio objetivo. No disponemos de opinómetros. No tenemos otro medio de juzgar el estado de ánimo que la acción; pues sólo ella puede hacernos saber si las consignas están a la orden del día. Pero lo que sí podemos decir es que la situación objetiva es decisiva. Los sindicatos, en cuanto sindicatos, se limitan a una postura defensiva, perdiendo afiliados y debilitándose a medida que la crisis se ahonda y genera más y más paro. El erario público se empobrece cada vez más y sus obligaciones son cada vez mayores pese a que los recursos se ven cada vez más mermados. Es un hecho, y no lo podemos cambiar. La burocracia sindical se halla cada vez más desorientada, la base cada vez más insatisfecha, y este descontento es tanto mayor cuanto mayor es la esperanza que depositan en la CIO, especialmente si tomamos en cuenta el crecimiento sin precedentes de este sindicato. En dos o tres años han entrado en liza cuatro millones de nuevos afiliados planteando problemas objetivos que los sindicatos no pueden resolver. Tenemos que dar con una respuesta a esto. Si los dirigentes sindicales no están dispuestos a la acción política, debemos exigirles un cambio de línea. Si se niegan, les denunciaremos. Tal es la situación objetiva.

Diré de nuevo lo mismo que señalé con respecto a la totalidad del programa. El problema no es el estado de ánimo de las masas, sino la situación objetiva, y nuestra tarea consiste en confrontar a los elementos atrasados de las masas con las tareas que plantean los factores objetivos, no los datos psicológicos. Otro tanto hay que decir de la cuestión del partido obrero. Si no queremos que la lucha de clases sea aplastada y se vea sustituida por la desmoralización, hay que ofrecer a las masas una nueva vía, y esa vía tiene que ser política. Tal es el argumento fundamental a favor de esta consigna.

Decimos guiarnos por el marxismo, por el socialismo científico. ¿Qué significa “socialismo científico”? Significa que el partido que incorpora esta ciencia social parte, como en

toda ciencia, no de los deseos, inclinaciones o estados de ánimo subjetivos, sino de los hechos objetivos, de la situación concreta de las diversas clases y de las relaciones que éstas entablan. Sólo a través de este método podemos establecer las consignas apropiadas a la situación objetiva. Sólo a partir de él podemos adaptar estas reivindicaciones y consignas al estado de ánimo concreto de las masas. Pero a partir del estado de ánimo, como si se tratara del dato fundamental, no fundamentaría una política científica, sino coyuntural, demagógica, aventurera.

Cabría preguntar: ¿Por qué no hemos previsto este desarrollo hace cinco, seis o siete años? ¿Por qué hemos afirmado en el pasado que no estábamos dispuestos a luchar por un partido obrero? La explicación es muy simple. Nosotros, marxistas, los mismos que iniciamos en EEUU el movimiento pro IV Internacional, estábamos totalmente convencidos que el capitalismo mundial había entrado en un período de decadencia. En ese período la clase obrera se educa objetivamente y se prepara subjetivamente para la revolución social. Esa tendencia aparecía también en los EEUU, pero no basta con que existan tendencias. Hay que tener en cuenta su ritmo de desarrollo; y a este respecto, teniendo en cuenta la fuerza del capitalismo norteamericano, algunos de nosotros (entre los que me incluyo) pensábamos que su capacidad de resistencia frente a las tendencias destructivas sería mayor, y que el capitalismo norteamericano podría aprovecharse durante algún tiempo de la decadencia del capital europeo para pasar por un período de prosperidad antes de llegar a la fase de su propio declive. ¿Por cuánto tiempo? ¿Diez, treinta años? Personalmente, no fui capaz de prever que una crisis, un conjunto de crisis, iban a aparecer en un futuro próximo cada vez con mayor profundidad. Por eso fui tan cauto cuando hace ocho años discutí esta cuestión con algunos camaradas norteamericanos. Fui muy cauto en mi pronóstico. Mi opinión era que no podíamos prever cuándo los sindicatos se verían obligados a optar por la acción política. Si esta fase crítica hubiese tardado diez o quince años en aparecer, entonces nosotros, la organización revolucionaria, podríamos habernos convertido en un polo de referencia que influyese directamente sobre los sindicatos por su fuerza hegemónica. Por eso era pedante, abstracto y artificial proclamar la necesidad de un partido obrero en 1930. Esa consigna abstracta se hubiese transformado en un obstáculo para nuestro propio partido. Tal era la situación al comienzo de la crisis anterior. ¡Pero quién podría haber predicho que a esa crisis le seguiría una nueva aún más profunda y con una influencia cinco o diez veces mayor, porque sería una repetición!

Ahora no debemos detenernos en nuestros pronósticos de ayer, sino en la situación actual. El capitalismo norteamericano es muy fuerte, pero sus contradicciones son más fuertes que el propio capitalismo. Su decadencia se echa encima con un ritmo también norteamericano, lo que afecta más directamente a los nuevos sindicatos, a la CIO más que a la AFL, pues ésta goza de una mayor capacidad de resistencia al tener por base a la aristocracia obrera. Nuestro programa debe cambiar porque la situación objetiva es totalmente diferente de antes.

¿Qué significa esto? ¿Que estamos seguros que la clase trabajadora, los sindicatos, van a hacer suya la consigna de un partido obrero? No, no estamos seguros que los trabajadores la apoyen. Cuando la lucha empieza, no podemos estar seguros de salir victoriosos. Solamente podemos afirmar que nuestra consigna responde a la situación objetiva, que los mejores elementos la comprenderán, y que los más atrasados, que no la comprenden, se verán obligados a dar una respuesta.

En Minneapolis no podemos decir que los sindicatos deben adherirse al SWP. Sería una broma, incluso en Minneapolis. ¿Por qué? Porque la decadencia del capitalismo es diez, cien veces más rápida que el ritmo de construcción de nuestro partido. Es una nueva contradicción. La necesidad de crear un partido político para los trabajadores es una exigencia de las condiciones objetivas, pero nuestro partido es demasiado pequeño, carece de suficiente autoridad como para encuadrar a los trabajadores en sus propias filas. Esa es la razón por la cual tenemos que decir a los trabajadores, a las masas, que tienen que dotarse de un partido. Pero no podemos decir inmediatamente a estas masas: tenéis que adheriros al nuestro. En un mitin de masas, quinientas personas estarían de acuerdo con la necesidad de un partido obrero, en tanto que sólo cinco estarían dispuestas a afiliarse a nuestro partido, lo que demuestra que la consigna

de un partido obrero es una consigna agitativa. La segunda consigna sólo es válida para los más avanzados.

¿Debemos emplear ambas consignas o sólo una de ellas? Yo diría que ambas. La primera, un partido obrero independiente, prepara el camino para nuestro partido. Al ayudar a los trabajadores a avanzar, nos facilita el camino. Tal es el sentido de nuestra consigna. Pero no podemos sentirnos satisfechos con esta consigna abstracta, aun cuando hoy no lo sea tanto como hace diez años, porque la situación objetiva ha variado. No es suficientemente concreta. Debemos explicar a los trabajadores lo que este partido quiere ser: un partido independiente, no supeditado a Roosevelt o La Follette, sino un aparato al servicio de los propios trabajadores. Ese es el motivo por el que debe presentar sus propios candidatos. Después debemos introducir nuestras consignas de transición, no todas de golpe, sino cuando se presenta la ocasión, primero una y después otra. Por ello no encuentro justificados en lo más mínimo los recelos ante la consigna de un partido obrero. Creo que se deben a razones puramente subjetivas. Nuestros camaradas, al combatir contra los seguidores de Lovestone, querían nuestro propio partido, y no un partido abstracto. Por eso ahora les resulta incómodo aceptar la consigna de partido obrero. Naturalmente que los estalinistas seguirán diciendo que somos fascistas, etc. Pero esa consigna no es cuestión de principios; es un problema de táctica. Lovestone creará que le damos la razón, pero esto no tiene ninguna importancia. Nosotros no basamos nuestra política en las opiniones de Lovestone, sino en las necesidades de la clase trabajadora. Incluso para competir con los seguidores de Lovestone, la nueva orientación trabaja a favor nuestro, y no en contra. En un mitin, frente a un seguidor de Lovestone, yo explicaría cuál era nuestra antigua posición y por qué la hemos cambiado. “En ese período, vosotros, seguidores de Lovestone, nos atacabais. Bien. Ahora hemos cambiado de opinión en esa cuestión tan importante para vosotros. ¿Qué tenéis ahora contra la IV Internacional?” Estoy seguro que así podríamos provocar una escisión entre los seguidores de Lovestone. Por eso, no veo que la nueva orientación pueda ser un obstáculo.

Antes de terminar, quiero matizar algo: La propuesta de crear un partido obrero no forma parte del programa de transición; es una cuestión específica.

Pregunta: ¿Se debe abogar por la creación de un partido obrero y votar en su favor desde el interior de los sindicatos?

Trotsky: ¿Por qué no? Si se plantease el tema en un sindicato, yo me levantaría y diría que la necesidad de un partido obrero es una exigencia objetiva, pues ya se sabe que la lucha económica no basta. Los obreros tienen que emprender luchas políticas. Ante los sindicatos yo defendería que lo fundamental es el carácter de partido obrero (por eso me reservaría mi opinión sobre su programa) y votaría a favor.

Pregunta: Los trabajadores no muestran ningún interés por la creación de un partido obrero; sus dirigentes no hacen nada y los estalinistas están a favor de Roosevelt.

Trotsky: Pero eso ocurre siempre en un momento concreto: cuando no hay ningún programa. Cuando no ven el nuevo camino. Por eso, es necesario superar la apatía, ofreciendo nuevas consignas.

Pregunta: Algunos camaradas han llegado a reunir datos que demuestran que la corriente favorable al partido obrero se encuentra en retroceso.

Trotsky: Hay que distinguir entre las generales y las pequeñas oscilaciones que les acompañan, como sucede, por ejemplo, con el estado de ánimo en el seno de la CIO. La CIO comenzó siendo muy agresiva. Ahora, en plena crisis, la CIO les parece a los capitales mil veces más peligrosa que antes, pero sus dirigentes temen una ruptura con Roosevelt. Las masas aguardan y, mientras permanecen desorientadas, el paro aumenta. Es posible demostrar que su combatividad ha disminuido desde hace un año. La influencia estalinista posiblemente haya reforzado esta tendencia, pero no es más que una oscilación accesorio. Es sumamente peligroso basar una línea política en oscilaciones accesorias, pues, a corto plazo, la tendencia fundamental aparecerá aún más imperiosamente, y esta necesidad objetiva encontrará su expresión subjetiva en la mente de los trabajadores, sobre todo si les ayudamos. El partido es un instrumento histórico para ayudar a los trabajadores.

Los marxistas y los sindicatos

Pregunta: Algunos militantes que provienen del Partido Socialista estaban hace unos años a favor de un partido obrero, pero, al discutir con los trotskistas, se convencieron de que no tenían razón. Ahora se quejan de que tienen que volver a cambiar su opinión.

Trotsky: Sí, eso crea un problema pedagógico, pero será útil para los camaradas. Ahora pueden comprender la dialéctica mejor que antes.

(Trotsky, Discusiones con Trotsky sobre el *Programa de Transición*, esta es titulada por la edición de Akal como “Comparación entre los movimientos obreros de Estados Unidos y Europa y se produjo el 31 de mayo de 1938; Trotsky, *Obras. Programa de Transición*, Akal Editor, Madrid, 1977, páginas 88 a 95)

Trotsky, *Las tareas del movimiento sindical en América Latina*

Entre el 6 y el 8 de setiembre se celebró en México un congreso de representantes sindicales de varios países latinoamericanos cuya consecuencia fue la fundación de una “Confederación de Trabajadores Latinoamericanos”. Los abajo firmantes consideramos nuestra obligación declarar ante los trabajadores de América Latina y de todo el mundo que este congreso, preparado a espaldas de las masas, fue utilizado unilateralmente con propósitos que nada tienen que ver con los intereses del proletariado latinoamericano sino que, por el contrario, son fundamentalmente hostiles a esos intereses. La “confederación” creada en este congreso no representa la unificación del proletariado organizado de nuestro continente sino una fracción política estrechamente ligada a la oligarquía de Moscú.

De México solamente, ni se invitó ni se admitió a las siguientes organizaciones: la Casa del Pueblo, la CROM y la CGT. El camarada Mateo Fossa, que llegó de Buenos Aires con mandato de veinticuatro sindicatos independientes argentinos, no fue admitido en el congreso simplemente por ser opositor al estalinismo. Podríamos señalar organizaciones sindicales de todos los países latinoamericanos que desde el comienzo fueron deliberadamente alejadas de los preparativos previos al Congreso para no romper su homogeneidad política, es decir su subordinación total al estalinismo.

La mayoría de los delegados al congreso sindical participaron también en el congreso contra la guerra y el fascismo, donde tuvieron oportunidad de explayarse con amplitud sobre su línea política. Todos ellos votaron huecas resoluciones sobre la lucha contra el fascismo pero repudiaron decididamente (salvo los representantes de Puerto Rico y Perú) la lucha contra el imperialismo. Esta política caracteriza plenamente a la burocracia de Moscú, que ante las amenazas de Hitler busca la confianza y amistad de las democracias imperialistas: Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Las masas trabajadoras de América Latina, que ven en el fascismo a su enemigo mortal, no pueden abandonar ni por un instante la lucha irreconciliable contra el imperialismo, aun cuando éste se esconda tras la máscara de la democracia. ¡Es por eso que el proletariado y los pueblos de América Latina no pueden tener objetivos comunes con la burocracia estalinista! ¡No es posible olvidar que, en nombre de la amistad con la burguesía de Francia e Inglaterra, la burocracia estalinista estranguló el movimiento de los obreros y los campesinos españoles!

El imperialismo “democrático”, que en América Latina es infinitamente más fuerte que el imperialismo fascista, intenta (no sin éxito) introducir a través del robo, el engaño y la concesión de privilegios sus propios agentes políticos en nuestros países, tanto en la burguesía, en la burocracia burguesa y la intelligentsia pequeñoburguesa como también en los estratos superiores de la clase obrera. Esos elementos corruptos de la burocracia o la “aristocracia” laboral generalmente albergan sentimientos serviles, ni proletarios ni revolucionarios, hacia sus protectores imperialistas. Los agentes de la oligarquía del Kremlin utilizan estos sentimientos para reconciliar al proletariado latinoamericano con los esclavistas “democráticos”.

A esto hay que añadir que en México, donde los sindicatos, desgraciadamente, dependen directamente del estado, los puestos de la burocracia sindical se cubren generalmente con elementos provenientes de la intelligentsia burguesa. Se trata de abogados, ingenieros, etcétera, personas que no tienen nada en común con la clase obrera y que sólo pretenden utilizar las organizaciones sindicales en su propio beneficio, ya sea para mejorar su situación económica o favorecer sus carreras políticas. Esforzándose por ocultar a los obreros su política crudamente egoísta, estos trepadores burgueses a menudo aparecen como “antifascistas” y “amigos de la URSS”, cuando en realidad son agentes del imperialismo anglosajón.

Para mantener los sindicatos en poder de su fracción, pisotean ferozmente la democracia obrera y acallan todo planteo crítico, comportándose como perfectos gánsters con las organizaciones que luchan por la independencia revolucionaria del proletariado del estado

Los marxistas y los sindicatos

burgués y del imperialismo extranjero. Al dividir de esta manera al movimiento sindical y estimular la lucha entre sus distintas tendencias, los agentes de Stalin debilitan al proletariado, lo corrompen, socavan la democracia en nuestro país y de hecho le allanan el camino al fascismo. El abogado mexicano Lombardo Toledano, electo secretario de la Federación Latinoamericana que él mismo organizó, es el dirigente al que mayor responsabilidad le cabe por esta política criminal.

Los abajo firmantes somos ardientes y devotos partidarios de la unificación del proletariado latinoamericano y de que éste estreche los mayores lazos posibles con el proletariado de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero, como surge de lo que venimos diciendo, esta tarea está todavía por realizarse. La organización política fraccional que se formó en diciembre no constituye una ayuda sino un obstáculo para su realización.

Estamos firmemente convencidos de que se puede lograr la unificación del proletariado latinoamericano en base a los siguientes principios:

1. La total independencia del movimiento sindical de su propio gobierno burgués y de todo imperialismo extranjero, ya sea fascista o “democrático”.
2. Un programa revolucionario de lucha de clases.
3. La expulsión del movimiento sindical de los trepadores pequeñoburgueses, ajenos a la clase obrera.
4. La unificación en cada país de todos los sindicatos obreros en base a la democracia proletaria. Que la lucha ideológica dentro de los sindicatos se conduzca de manera libre y fraternal, que la minoría se someta estrictamente a la mayoría y se aplique en la acción una disciplina de hierro.
5. La preparación honesta de un congreso sindical latinoamericano con la participación activa de las masas trabajadoras, es decir con una discusión seria y sin restricciones sobre las tareas del proletariado latinoamericano y sus métodos de lucha.

Nuestro proletariado debe entrar firmemente en la escena histórica para tomar en sus manos el destino de Latinoamérica y asegurar su futuro. El proletariado unificado atraerá a decenas de millones de campesinos indoamericanos, eliminará las fronteras hostiles que nos dividen y nucleará a las veinticuatro repúblicas y posesiones coloniales bajo las banderas de los estados unidos obreros y campesinos de Latinoamérica.

Presentamos este programa para que lo discutan todas las organizaciones obreras de nuestro continente. ¡Obreros revolucionarios de América Latina, ustedes tienen la palabra!

(Trotsky, 11 de octubre de 1938, [proyecto de llamamiento destinado a ser firmado](#); *Escritos*, Tomo X, Volumen 1, Editorial Pluma, Bogotá-Buenos Aires, 1976, páginas 114-118)

Trotsky, ¡Al pozo! (Sobre el último congreso de la CGT)

Si alguien todavía abrigara la menor ilusión sobre la dirección de la Confederación General del Trabajo, el último congreso de esta organización sin duda la habría disipado. Si alguien todavía ayer hubiera tenido esperanzas de que la dirección de la CGT pudiera evolucionar en una dirección progresiva, hoy tendría que enterrar esas esperanzas. Ramírez y sus secuaces demostraron, con loable franqueza, la profundidad de su degeneración y su caída. El vocabulario político no cuenta con términos apropiados para caracterizar la actual fisonomía política de esta banda.

Enfrentados con la próxima campaña electoral y con las intrigas y caza de sinecuras que la acompañan, los dirigentes de la CGT súbitamente dejaron caer sus máscaras “anarquistas” e “internacionalistas” para unirse con el estado nacionalista burgués. Con el pretexto de combatir al estalinismo, vuelcan a una organización proletaria hacia la peor de las reacciones burguesas al servicio del imperialismo extranjero. Para los magnates petroleros y otros capitalistas, Ramírez no es más que un agente de segunda categoría. Nadie prestó ni podría haber prestado un mayor servicio a Lombardo Toledano y toda la agencia estalinista que el que les prestó la banda de la CGT.

Obviamente la gran mayoría de los obreros de esta organización no tiene la menor idea de la traidora intriga que se llevó a cabo a espaldas suyas. Los trabajadores son simples víctimas de las maquinaciones personales y fraccionales de los “dirigentes”. Esto hace aun más criminal y vergonzoso el giro reaccionario que llegó a su culminación en el último congreso de la CGT, abriendo una era de real y descarada prostitución política.

Los calumniadores del bando estalinista hacen circular el rumor de que la Cuarta Internacional y sus grupos simpatizantes plantean el bloque político con la dirección de la CGT. Rechazamos esta calumnia, igual que todas las demás, con un comprensible desagrado. El deber elemental de todo marxista consiste en realizar un trabajo sistemático en las organizaciones proletarias de masas, sobre todo en los sindicatos. Esta obligación comprende a la CTM, a la CGT y a los sindicatos en general. Pero el trabajo sistemático dentro de los sindicatos y la educación de su base en el espíritu del marxismo revolucionario están tan alejados de bloques aventureros con los corruptos funcionarios sindicales como el cielo lo está de la tierra. Si se le da un dedo al diablo, se arriesga toda la mano. Pero no hay un solo marxista revolucionario que pueda darle siquiera una uña, no digamos todo un dedo, a la banda que dirige actualmente la CGT. La lucha implacable contra ella, ante toda la clase obrera, es una obligación revolucionaria elemental. ¡La vanguardia proletaria hundirá para siempre a Ramírez y sus amigos!

* * *

La banda de Toledano-Laborde organizó una persecución física a la CGT; ataca sus locales y sus reuniones, sabotea técnicamente sus transmisiones radiales, etcétera. Este tipo de gangsterismo difundido en el movimiento obrero mundial por Stalin, no tiene nada en común con una lucha real contra la reacción; no es más que el método que usan normalmente los distintos grupos de la aristocracia obrera para arreglar las cosas entre ellos. El objetivo de la política revolucionaria no es impedirle mecánicamente hablar a un dirigente sindical sino enseñar a las masas a desconfiar de los dirigentes reaccionarios y a librarse de ellos.

No se puede dejar de señalar que los estalinistas, imitando a su patrón, emplean cada vez más insolente y abiertamente toda clase de represiones “totalitarias” para lograr sus objetivos. Pero, como en México no están en el poder, se ven obligados a limitarse a la lucha dentro del movimiento obrero. Los métodos totalitarios utilizados en un estado burgués, es decir en una sociedad basada en la propiedad privada, no son otra cosa que fascismo. En este sentido las acciones de Toledano-Laborde le abren el camino a la dictadura fascista. En una sociedad burguesa, todas las restricciones a los derechos democráticos, en última instancia, caen con todo su peso sobre la clase obrera. No sólo Ramírez, el agente directo de la represión abierta, es un

Los marxistas y los sindicatos

verdadero precursor del fascismo en México; también lo son los estalinistas Laborde y Toledano. Sin embargo, no hay que suponer que resultarán absueltos bajo la dictadura fascista para la que preparan el terreno. No; en el caso de un triunfo fascista, se encontrarán todos en un campo de concentración... si no escapan a tiempo. Una vez allí puede ser que por fin entiendan el significado de nuestras repetidas advertencias.

(Trotsky, 31 de diciembre de 1938, publicado sin firma en la revista *Clave* en enero de 1939; *Escritos*, Tomo X, Volumen 1, Editorial Pluma, Bogotá-Buenos Aires, 1976, páginas 247-250)

Trotsky, *La industria nacionalizada y la administración obrera*

En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional en relación al proletariado *nacional*. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista *sui generis*, de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros. La actual política [del gobierno mexicano] se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras.

Estas medidas se encuadran enteramente en los marcos del capitalismo de estado. Sin embargo, en un país semicolonial, el capitalismo de estado se halla bajo la gran presión del capital privado extranjero y de sus gobiernos, y no puede mantenerse sin el apoyo activo de los trabajadores. Eso es lo que explica por qué, sin dejar que el poder real escape de sus manos, [el gobierno mexicano] trata de darles a las organizaciones obreras una considerable parte de responsabilidad en la marcha de la producción de las ramas nacionalizadas de la industria.

¿Cuál debería ser la política del partido obrero en estas circunstancias? Sería un error desastroso, un completo engaño, afirmar que el camino al socialismo no pasa por la revolución proletaria, sino por la nacionalización que haga el estado burgués en algunas ramas de la industria y su transferencia a las organizaciones obreras. Pero esta no es la cuestión. El gobierno burgués llevo a cabo por sí mismo la nacionalización y se ha visto obligado a pedir la participación de los trabajadores en la administración de la industria nacionalizada. Por supuesto, se puede evadir la cuestión aduciendo que, a menos que el proletariado tome el poder, la participación de los sindicatos en el manejo de las empresas del capitalismo de estado no puede dar resultados socialistas. Sin embargo, una política tan negativa de parte del ala revolucionaria no sería comprendida por las masas y reforzaría las posiciones oportunistas. Para los marxistas no se trata de construir el socialismo con las manos de la burguesía, sino de utilizar las situaciones que se presentan dentro del capitalismo de estado y hacer avanzar el movimiento revolucionario de los trabajadores.

La participación en los parlamentos burgueses no puede ya ofrecer resultados positivos importantes; en determinadas situaciones, puede incluso conducir a la desmoralización de los diputados obreros. Pero esto no es argumento para que los revolucionarios apoyen el antiparlamentarismo.

Sería inexacto identificar la participación obrera en la administración de la industria nacionalizada con la participación de los socialistas en un gobierno burgués (lo que se llama *ministerialismo*). Todos los miembros de un gobierno están ligados por lazos de solidaridad. Un partido representado en el gobierno es responsable de la política del gobierno en su conjunto. La participación en el manejo en una cierta rama de la industria brinda, en cambio, una amplia oportunidad de oposición política. En caso de que los representantes obreros estén en minoría en la administración, tienen todas las oportunidades para proclamar y publicar sus propuestas rechazadas por la mayoría, ponerlas en conocimiento de los trabajadores, etc.

La participación de los sindicatos en la administración de la industria nacionalizada puede compararse con la de los socialistas en los *gobiernos municipales*, donde ganan a veces la mayoría y están obligados a dirigir una importante economía urbana, mientras la burguesía continúa dominando el estado y siguen vigentes las leyes burguesas de propiedad. En la municipalidad, los reformistas se adaptan pasivamente al régimen burgués. En el mismo terreno, los revolucionarios hacen todo lo que pueden en interés de los trabajadores y, al mismo tiempo, les enseñan a cada paso que, sin la conquista del poder del estado, la política municipal es impotente.

Los marxistas y los sindicatos

La diferencia es, sin duda, que en el gobierno municipal los trabajadores ganan ciertas posiciones por medio de elecciones democráticas, mientras que en la esfera de la industria nacionalizada el propio gobierno los invita a hacerse cargo de determinados puestos. Pero esta diferencia tiene un carácter puramente formal. En ambos casos, la burguesía se ve obligada a conceder a los trabajadores ciertas esferas de actividad. Los trabajadores las utilizan en favor de *sus* propios intereses.

Sería necio no tener en cuenta los peligros que surgen de una situación en que los sindicatos desempeñan un papel importante en la industria nacionalizada. El riesgo radica en la conexión de los dirigentes sindicales con el aparato del capitalismo de estado, en la transformación de los representantes del proletariado en rehenes del estado burgués. Pero por grande que pueda ser este peligro, sólo constituye una parte del peligro general, más exactamente, de una enfermedad general: la degeneración burguesa de los aparatos sindicales en la época del imperialismo, no sólo en los viejos centros metropolitanos sino también en los países coloniales. Los líderes sindicales son, en la abrumadora mayoría de los casos, agentes *políticos* de la burguesía y de su estado. En la industria nacionalizada pueden volverse, y ya se están volviendo, sus agentes *administrativos* directos. Contra esto no hay otra alternativa que luchar por la independencia del movimiento obrero en general; y en particular por la formación en los sindicatos de firmes núcleos revolucionarios que, a la vez que defienden la unidad del movimiento sindical, sean capaces de luchar por una política de clase y una composición revolucionaria de los organismos directivos.

Otro peligro reside en el hecho de que los bancos y otras empresas capitalistas, de las cuales depende económicamente una rama determinada de la industria nacionalizada, pueden utilizar, y sin duda lo harán, métodos especiales de sabotaje para poner obstáculos en el camino de la administración obrera, desacreditarla y empujarla al desastre. Los dirigentes reformistas tratarán de evitar el peligro adaptándose servilmente a las exigencias de sus proveedores capitalistas, en particular de los bancos. Los líderes revolucionarios, en cambio, del sabotaje bancario extraerán la conclusión de que es necesario expropiar los bancos y establecer *un solo banco nacional*, que llevaría la contabilidad de toda la economía. Por supuesto, esta cuestión debe estar indisolublemente ligada a la de la *conquista del poder por la clase trabajadora*.

Las distintas empresas capitalistas, nacionales y extranjeras, conspirarán inevitablemente, junto con las instituciones estatales, para obstaculizar la administración obrera de la industria nacionalizada. Por su parte, las organizaciones obreras que manejen las distintas ramas de la industria nacionalizada deben unirse para intercambiar experiencias, darse mutuo apoyo económico, y actuar unidas ante el gobierno, por las condiciones de crédito, etc. Por supuesto, esa dirección central de la administración obrera de las ramas nacionalizadas de la industria debe estar en estrecho contacto con los sindicatos.

Para resumir, puede afirmarse que este nuevo campo de trabajo implica las más grandes oportunidades y los mayores peligros. Estos consisten en que el capitalismo de estado, por medio de sindicatos controlados, puede contener a los obreros, explotarlos cruelmente y paralizar su resistencia. Las posibilidades revolucionarias consisten en que, basándose en sus posiciones en ramas industriales de excepcional importancia, los obreros lleven el ataque contra todas las fuerzas del capital y del estado burgués. ¿Cuál de estas posibilidades triunfará? ¿Y en cuanto tiempo? Naturalmente, es imposible predecirlo. Depende totalmente de la lucha de las diferentes tendencias en la clase obrera, de la experiencia de los propios trabajadores, de la situación mundial. De todos modos, para utilizar esta nueva forma de actividad en interés de los trabajadores y no de la burocracia y aristocracia obreras, sólo se necesita una condición: la existencia de un partido marxista revolucionario que estudie cuidadosamente todas las formas de actividad de la clase obrera, critique cada desviación, eduque y organice a los trabajadores, gane influencia en los sindicatos y asegure una representación obrera revolucionaria en la industria nacionalizada.

(Trotsky, 12 mayo de 1939, publicado sin firma en *Fourth International*, agosto de 1946; *Escritos*, Tomo X, Volumen 2, Editorial Pluma, Bogotá-Buenos Aires, 1976, páginas 482-487)

Trotsky, *Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista* (borrador inconcluso)

La fusión de las organizaciones sindicales con el poder estatal

Hay un aspecto común, en el desarrollo, o para ser más exactos en la degeneración, de las modernas organizaciones sindicales de todo el mundo; su acercamiento y su vinculación cada vez más estrecha con el poder estatal.

Este proceso es igualmente característico de los sindicatos neutrales, socialdemócratas, comunistas y “anarquistas”. Este solo hecho demuestra que la tendencia a “estrechar vínculos” no es propia de tal o cual doctrina sino que proviene de condiciones sociales comunes para todos los sindicatos.

El capitalismo monopolista no se basa en la competencia y en la libre iniciativa privada sino en una dirección centralizada. Las camarillas capitalistas que encabezan los poderosos trusts, monopolios, bancas, etc. encaran la vida económica desde la misma perspectiva que lo hace el poder estatal, y a cada paso requiere su colaboración. A su vez los sindicatos de las ramas más importantes de la industria se ven privados de la posibilidad de aprovechar la competencia entre las distintas empresas. Deben enfrentar un adversario capitalista centralizado, íntimamente ligado al poder estatal. De ahí la necesidad que tienen los sindicatos (mientras se mantengan en una posición reformista, o sea de adaptación a la propiedad privada) de adaptarse al estado capitalista y de luchar por su cooperación. A los ojos de la burocracia sindical, la tarea principal es la de “liberar” al estado de sus ataduras capitalistas, de debilitar su dependencia de los monopolios y volcarlos a su favor. Esta posición armoniza perfectamente con la posición social de la aristocracia y la burocracia obreras, que luchan por obtener unas migajas de las superganancias del imperialismo capitalista.

Los burócratas hacen todo lo posible, en las palabras y en los hechos por demostrarle al estado “democrático” hasta que punto son indispensables y dignos de confianza en tiempos de paz, y especialmente en tiempos de guerra. Al transformar los sindicatos en organismos del estado el fascismo no inventó nada nuevo: simplemente llevó hasta sus últimas consecuencias las tendencias inherentes al imperialismo.

Los países coloniales y semicoloniales no están bajo el dominio de un capitalismo nativo sino del imperialismo extranjero. Pero este hecho fortalece, en vez de debilitarla, la necesidad de lazos directos, diarios, prácticos entre los magnates del capitalismo y los gobiernos que, en esencia, dominan, los gobiernos de los países coloniales y semicoloniales.

Como el capitalismo imperialista crea en las colonias y semicolonias un estrato de aristócratas y burócratas obreros, éstos necesitan el apoyo de gobiernos coloniales y semicoloniales, que ejerzan el rol de protectores, de patrocinantes y a veces de árbitros. Esta es la base social más importante del carácter bonapartista y semibonapartista de los gobiernos de las colonias y de los países atrasados en general. Esta es también la base de la dependencia de los sindicatos reformistas respecto al estado.

En México los sindicatos se han transformado por ley en instituciones semiestatales, y han asumido, como es lógico, un carácter semitotalitario. Según los legisladores, la estatización de los sindicatos se ha hecho en bien de los intereses de los obreros, para asegurarles cierta influencia en la vida económica y gubernamental. Pero mientras el imperialismo extranjero domine el estado nacional y pueda, con la ayuda de fuerzas reaccionarias internas, derrocar a la inestable democracia y reemplazarla con una dictadura fascista abierta, la legislación sindical puede convertirse fácilmente en una herramienta de la dictadura imperialista.

Consignas por la independencia de los sindicatos

A primera vista, podría deducirse de lo antedicho que los sindicatos dejan de serlo en la era imperialista. Casi no dan cabida a la democracia obrera que, en los buenos tiempos, en que reinaba el libre comercio, constituía la esencia de la vida interna de las organizaciones obreras. Al no existir la democracia obrera, no hay posibilidad alguna de luchar libremente por influir sobre los miembros del sindicato. Con esto desaparece, para los revolucionarios, el campo principal de trabajo en los sindicatos. Sin embargo, esta posición sería falsa hasta la médula. No podemos elegir a nuestro gusto y placer el campo de trabajo ni las condiciones en que desarrollaremos nuestra actividad. Luchar por lograr ejercer influencia sobre las masas obreras dentro de un estado totalitario o semitotalitario es infinitamente más difícil que en una democracia. Esto se aplica también a los sindicatos cuyo destino refleja el cambio producido en el de los estados capitalistas. No podemos renunciar a la lucha para lograr influencia sobre los obreros alemanes meramente porque el régimen totalitario hace allí muy difícil esta tarea. Del mismo modo no podemos renunciar a la lucha dentro de las organizaciones obreras de afiliación obligatoria creadas por el fascismo. Menos aún podemos renunciar al trabajo interno sistemático dentro de los sindicatos de tipo totalitario o semitotalitario solamente porque dependan directa o indirectamente del estado corporativo o porque la burocracia no les dé a los revolucionarios la posibilidad de trabajar libremente en ellos. Hay que luchar bajo todas estas condiciones creadas por la evolución anterior, en la que hay que incluir los errores de la clase obrera y los crímenes de sus dirigentes. En los países fascistas y semifascistas es imposible llevar a cabo un trabajo revolucionario que no sea clandestino, ilegal, conspirativo. En los sindicatos totalitarios o semitotalitarios es imposible o casi imposible llevar a cabo un trabajo que no sea conspirativo. Tenemos que adaptarnos a las condiciones existentes en cada país dado para movilizar a las masas no sólo contra la burguesía sino también contra el régimen totalitario de los propios sindicatos y contra los dirigentes que sustentan ese régimen. La primera consigna de esta lucha es: *independencia total e incondicional de los sindicatos respecto del estado capitalista*. Esto significa luchar por convertir los sindicatos en organismos de las grandes masas explotadas y no de la aristocracia obrera.

La segunda consigna es: *democracia sindical*. Esta segunda consigna se desprende directamente de la primera y presupone para su realización la independencia total de los sindicatos del estado imperialista o colonial.

En otras palabras, los sindicatos actualmente no pueden ser simplemente los órganos democráticos que eran en la época del capitalismo libre y ya no pueden ser políticamente neutrales, o sea limitarse a servir a las necesidades cotidianas de la clase obrera. Ya no pueden ser anarquistas, es decir que ya no pueden ignorar la influencia decisiva del estado en la vida del pueblo y de las clases. Ya no pueden ser reformistas, porque las condiciones objetivas no dan cabida a ninguna reforma seria y duradera. Los sindicatos de nuestro tiempo pueden servir como herramientas secundarias del capitalismo imperialista para la subordinación y adoctrinamiento de los obreros y para frenar la revolución, o bien convertirse, por el contrario, en las herramientas del movimiento revolucionario del proletariado.

La neutralidad de los sindicatos es total e irreversiblemente cosa del pasado. Ha desaparecido junto con la libre democracia burguesa.

Necesidad del trabajo en los sindicatos

De todo lo anterior se desprende claramente que, a pesar de la degeneración progresiva de los sindicatos y de sus vínculos cada vez más estrechos con el estado imperialista, el trabajo en los sindicatos no solo no ha perdido su importancia sino que la mantiene y, en cierta medida, hasta es incluso más importante que nunca para todo partido revolucionario. Se trata esencialmente de luchar para ganar influencia sobre la clase obrera. Toda organización, todo partido, toda fracción que se permita tener una posición ultimativista respecto a los sindicatos, lo que implica darle la espalda a la clase obrera sólo por no estar de acuerdo con su organización, está destinada a perecer. Y hay que señalar que merece esa suerte.

Los marxistas y los sindicatos
En los países “atrasados”

Como en los países atrasados el papel principal no lo juega el capitalismo nacional sino el extranjero, la burguesía nacional ocupa, en cuanto a su ubicación social, una posición muy inferior a la que corresponde el desarrollo de la industria. Como el capital extranjero no importa obreros sino proletariza a la población nativa, el proletariado nacional comienza muy rápidamente a ejercer el rol más importante en la vida nacional. Bajo tales condiciones, en la medida en que el gobierno nacional intenta ofrecer alguna resistencia al capital extranjero, se ve obligado en mayor o menor grado a apoyarse en el proletariado. En cambio los gobiernos de países atrasados que consideran inevitable o más provechoso marchar mano a mano con el capital extranjero, destruyen las organizaciones obreras e implantan un régimen más o menos totalitario. De modo que la debilidad de la burguesía nacional, la ausencia de una tradición de gobierno comunal propio, la presión del capitalismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado, corta de raíz toda posibilidad de un régimen democrático estable. El gobierno de los países atrasados, o sea coloniales o semicoloniales, asume en general un carácter bonapartista o semibonapartista. Difieren entre sí en que algunos intentan orientarse hacia la democracia, buscando el apoyo de obreros y campesinos, mientras que otros implantan una cerrada dictadura policíaco militar. Esto determina también la suerte de los sindicatos: o están bajo el patrocinio especial del estado o sujetos a una cruel persecución. Este tutelaje del estado está determinado por dos grandes tareas que éste debe encarar: en primer lugar atraer a la clase obrera para, así, ganar un punto de apoyo para la resistencia a las pretensiones excesivas por parte del imperialismo y al mismo tiempo disciplinar a los mismos obreros poniéndolos bajo control de una burocracia.

El capitalismo monopolista y los sindicatos

El capitalismo monopolista cada vez tiene menos interés en transigir con la independencia de los sindicatos. Exige que la burocracia reformista y la aristocracia obrera, que picotean las migajas que caen de su mesa, se transformen en su policía política a los ojos de la clase obrera.

Cuando no se puede lograr esto, se reemplaza la burocracia por el fascismo. Dicho sea de paso, todos los esfuerzos que haga la aristocracia obrera al servicio del imperialismo no podrán salvarla, a la larga, de la destrucción.

La intensificación de las contradicciones de clase dentro de cada país, de los antagonismos entre un país y otro, producen una situación en que el capitalismo imperialista puede tolerar (claro que por cierto lapso de tiempo) una burocracia reformista, siempre que ésta le sirva directamente como un pequeño pero activo accionista de sus empresas imperialistas, de sus planes y programas, tanto dentro del país como en el plano mundial. El social-reformismo debe convertirse en social-imperialismo para poder prolongar su existencia, pero para prolongarla y nada más. Ese camino no tiene, en general, una salida.

¿Significa esto que en la era del imperialismo la existencia de sindicatos independientes es, en general, imposible? Sería básicamente erróneo plantear así esta cuestión. Lo que es imposible es la existencia de sindicatos reformistas independientes o semiindependientes. Es muy posible la existencia de sindicatos revolucionarios que no sólo no sean agentes de la política imperialista sino que se planteen como tarea directamente el derrocamiento del capitalismo dominante. En la era de la decadencia imperialista los sindicatos solamente pueden ser independientes en la medida en que sean conscientes de ser en la práctica los organismos de la revolución proletaria. En este sentido, el programa de consignas de transición adoptado por el último congreso de la IV Internacional no es sólo un programa para la actividad del partido sino que, en sus líneas esenciales, es el programa para la actividad de los sindicatos.

En los países coloniales o semicoloniales

El desarrollo de los países atrasados se caracteriza por su carácter combinado. En otras palabras: la última palabra en tecnología, economía y política imperialistas se combina en esos

Los marxistas y los sindicatos

países con el primitivismo y el atraso tradicionales. El cumplimiento de esta ley puede ser observado en las esferas más diversas del desarrollo de los países coloniales y semicoloniales, incluso en el movimiento sindical. El capitalismo imperialista opera aquí de la manera más cínica y desnuda. Transporta a un terreno virgen los métodos más perfeccionados de su tiránica dominación.

En Inglaterra

En el último período se puede notar en el movimiento sindical de todo el mundo un giro a la derecha y la supresión de la democracia interna. En Inglaterra fue aplastado el Movimiento de la Minoría de los sindicatos (no sin ayuda de Moscú); los dirigentes sindicales son hoy, especialmente en el terreno de la política exterior, fieles agentes del Partido Conservador.

En Francia

En Francia no había cabida para la existencia independiente de sindicatos estalinistas. Se unieron a los llamados anarco-sindicalistas bajo la dirección de Jouhaux, y el resultado de esta unificación no fue un giro general a la izquierda, sino a la derecha.

La dirección de la CGT es el agente más directo y abierto del capitalismo imperialista francés.

En los Estados Unidos

En los Estados Unidos el movimiento sindical ha pasado en los últimos años por su período más borrascoso. El surgimiento del CIO (Congreso de Organizaciones Industriales) es una evidencia irrefutable de la existencia de tendencias revolucionarias en las masas obreras. Sin embargo, es significativo y muy importante de señalar el hecho que la nueva organización sindical izquierdista, apenas acabada de fundar, cayó en el férreo abrazo del estado imperialista. La lucha en las altas esferas entre la vieja y la nueva federación puede en gran medida reducirse a la lucha por la simpatía y el apoyo de Roosevelt y su gabinete.

En España

No menos significativo es, en un sentido diferente, el cuadro del desarrollo o degeneración del movimiento sindical en España. En los sindicatos socialistas quedaron todos los elementos que en alguna medida representaban dentro de la dirección la independencia del movimiento sindical. En cuanto a los sindicatos anarco-sindicalistas, se transformaron en instrumentos de los republicanos burgueses.

Sus dirigentes se convirtieron en ministros burgueses conservadores. El hecho que esta metamorfosis se produjera en condiciones de guerra civil no atenúa su significación. La guerra no es más que una continuación de la política de todos los días. Acelera procesos, deja a la vista sus rasgos esenciales, destruye lo corrompido, lo falso, lo equívoco y deja al desnudo lo esencial. El giro a la derecha de los sindicatos se debe a la agudización de las contradicciones de clase e internacionales. Los dirigentes del movimiento sindical sintieron o entendieron (o les hicieron entender) que no es el momento de jugar a la oposición. Todo movimiento de oposición dentro del movimiento sindical, especialmente en las altas esferas, amenaza con provocar una movilización borrascosa de las masas y crearle dificultades al imperialismo nacional. De ahí el giro a la derecha y la supresión de la democracia obrera en los sindicatos. El rasgo fundamental, el vuelco hacia un régimen totalitario, se da en el movimiento obrero de todo el mundo.

En Holanda

También deberíamos tener en cuenta a Holanda, donde no sólo el movimiento reformista y sindical eran los más seguros soportes del capitalismo imperialista, sino que también la llamada organización anarco-sindicalista estaba en realidad bajo el control del gobierno imperialista. El secretario de esta organización, Sneevliet, a pesar de su simpatía platónica hacia

Los marxistas y los sindicatos

la Cuarta Internacional, estaba muy preocupado como diputado del parlamento holandés para que la cólera del gobierno no cayera sobre su organización sindical.

En este país, el Ministerio de Trabajo, con su burocracia izquierdista, tenían como tarea la subordinación del movimiento sindical al estado democrático, y es preciso decir que hasta ahora la ha llevado a cabo con bastante éxito.

En México

La nacionalización de los ferrocarriles y de los campos petrolíferos en México no tiene, por supuesto, nada que ver con el socialismo. Es una medida de capitalismo de estado en un país atrasado que busca de este modo defenderse por un lado del imperialismo extranjero y por el otro de su propio proletariado. La administración de los ferrocarriles, campos petrolíferos, etcétera, por medio de organizaciones obreras no tiene nada que ver con el control obrero de la industria, porque en última instancia la administración se hace por intermedio de la burocracia obrera, que es independiente de los obreros pero depende totalmente del estado burgués. Esta medida tiene, por parte de la clase dominante, el objetivo de disciplinar a la clase obrera, haciéndola trabajar más al servicio de los intereses comunes del estado, que superficialmente parecen coincidir con los de la propia clase obrera. En realidad la tarea de la burguesía consiste en liquidar a los sindicatos como organismos de la lucha de clases y sustituirlos por la burocracia como organismos de dominación de los obreros por el estado burgués. En tales condiciones la tarea de la vanguardia revolucionaria es emprender la lucha por la total independencia de los sindicatos y por la creación de un verdadero control obrero sobre la actual burocracia sindical, a la que se le ha entregado la administración de los ferrocarriles, de las empresas petroleras, etc.

El anarquismo

Los sucesos de los últimos tiempos (antes de la guerra) han demostrado muy claramente que el anarquismo, que en cuanto teoría no es más que un liberalismo llevado hasta sus últimas consecuencias, no era en la práctica más que propaganda pacifista dentro de la república democrática, cuya protección necesitaba. Si hacemos abstracción de los actos de terrorismo individual, etcétera, el anarquismo, como sistema de movilización de masas y como política, no ofrece más que material de propaganda bajo la pacífica protección de las leyes. En situaciones de crisis los anarquistas siempre hacen lo contrario de lo que predicán en tiempos de paz. Esto ya lo había señalado el propio Marx refiriéndose a la Comuna de París. Y se ha repetido, en mucha mayor escala, en la experiencia de la Revolución Española.

Los sindicatos democráticos, en el viejo sentido del término, es decir de cuerpos en los que luchaban en el seno de la misma organización de masas más o menos libremente diferentes tendencias, ya no pueden existir. Del mismo modo que no se puede volver al estado democrático-burgués, tampoco es posible volver a la vieja democracia obrera. El destino de una refleja el de la otra. En realidad, la independencia de clase de los sindicatos en cuanto a sus relaciones con el estado burgués solamente puede garantizarla, en las condiciones actuales, una dirección de la Cuarta Internacional. Naturalmente, esta dirección debe y puede ser racional y asegurar a los sindicatos el máximo de democracia concebible bajo las condiciones concretas actuales. Pero sin la dirección política de la Cuarta Internacional la independencia de los sindicatos es imposible.

(Trotsky; según informa el número 69 de *Les cahiers du CERMTRI*, en su página 64, este texto corresponde con las notas encontradas sobre la mesa de Trotsky en el momento de su asesinato; solo son un inacabado borrador de un artículo que preparaba sobre las características generales del movimiento sindical en nuestra época. “Pero como tales, y a pesar de su forma inacabada y forzosamente incompleta, representan una análisis penetrante de la cuestión”; fechadas en agosto de 1940, los subtítulos son de la edición de *Les cahiers du CERMTRI*)